Mary Westmacott

conocida como

Agatha Christie

La rosa de sangre

La rosa de sangre relata la historia de John Gabriel, un Don Juan británico, cínico y arribista, cuya huella escandalosa revive en los momentos de su muerte, cuando los episodios tempestuosos de su anterior existencia parecían borrados por un arrepentimiento ejemplar.

La reconstrucción de la personalidad de John Gabriel, y del ambiente de la sociedad conservadora inglesa, constituyen un acierto más de la genial narradora.

Mary Westmacott

La rosa de sangre

ePub r1.1
Titivillus 30.12.14

Título: *The rose and the yew tree*
Mary Westmacott, 1948
Traducción: Mariano Tudela
Diseño de portada: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El momento de la rosa y el momento del tejo son de igual duración.

T. S. Eliot

Preludio

Me encontraba en París cuando Parfitt, mi criado, vino a decirme que una señora solicitaba verme. Añadió que le había dicho que se trataba de algo muy importante.

Por aquel entonces tenía la costumbre de no recibir a nadie sin una cita previa. La gente que solicita una entrevista para un asunto urgente lo único que pretende casi siempre es conseguir ayuda financiera. Por otra parte, quien realmente necesita dinero no suele pedirlo.

Pregunté a Parfitt cuál era el nombre de mi visitante y me entregó una tarjeta. En ella leí: «Catherine Yougoubian». Un nombre que jamás había oído y que francamente no me entusiasmaba demasiado. Deseché mi idea de que necesitaba ayuda económica y deduje que tenía algo que vender. Probablemente una de esas falsas antigüedades por las que se obtiene un precio mejor si las ofrece el mismo propietario, forzando al poco interesado comprador con la ayuda de una charla voluble.

Dije que lo sentía pero que no podía ver a *madame* Yougoubian, aunque podría escribirme y exponerme su caso.

Parfitt inclinó la cabeza y se retiró. Contaba con toda mi confianza —un inválido como yo necesita un ayudante absolutamente fiable— y a mí no me quedó la más mínima duda de que el asunto estaba zanjado. Sin embargo, para mi gran asombro, Parfitt volvió a aparecer diciendo que la dama insistía en verme. Era un asunto de vida o muerte y se relacionaba con un antiguo amigo mío.

Entonces se despertó mi curiosidad repentinamente. No por el mensaje que obviamente era una treta; vida, muerte y un viejo amigo son los tópicos acostumbrados. No, lo que estimuló mi curiosidad fue la conducta de Parfitt. No era propio de él regresar con un mensaje de ese tipo.

Llegué a la conclusión, completamente errónea, de que Catherine Yougoubian era increíblemente bella o, por lo menos, extraordinariamente atractiva. Pensé que solamente eso podía explicar la conducta de Parfitt.

Y puesto que un hombre es siempre un hombre, aunque tenga cincuenta años y sea un inválido, caí en la trampa. Deseé ver a esa radiante criatura que podía pasar por encima de las defensas del inexpugnable Parfitt. Por lo tanto le dije que hiciera subir a la dama. Cuando Catherine Yougoubian entró en la habitación, me produjo tal impresión que casi me quedé sin aliento.

Pues bien, entonces comprendí perfectamente el comportamiento de Parfitt. Su modo de juzgar la naturaleza humana era completamente infalible. Adivinó en Catherine esa persistencia de temperamento contra el cual, al final, ceden todas las defensas. Sabiamente capituló a tiempo y se libró de una larga y agotadora batalla. Porque Catherine Yougoubian tenía la tenacidad de un martillo de herrero y la monotonía de un soplete oxiacetilénico, combinadas con el efecto de desgaste del agua que cae sobre una piedra. Para ella, el tiempo era infinito si deseaba conseguir un objetivo. Podría permanecer sentada en mi vestíbulo durante todo el día. Pertenecía a ese tipo de mujeres que solo tienen sitio en la cabeza para una idea, lo cual les otorga una enorme ventaja sobre los individuos menos obstinados.

Como digo, el *shock* que recibí cuando entró en la habitación fue tremendo. Estaba dispuesto a enfrentarme con la belleza. Por el contrario, aquella mujer era de una vulgaridad monumental que casi causaba terror. Pero no era fea. La fealdad tiene su propio ritmo, su modo de ataque peculiar. Sin embargo, Catherine tenía una enorme cara achatada como un pastel, una cara como una especie de postre. Su boca era grande, con un ligero, muy ligero bigote en el labio superior. Sus ojos, pequeños y oscuros, le hacían pensar a uno en la grosella de clase inferior de un bollo de mala calidad. Tenía el pelo abundante, mal recogido y grasiento. Su figura era tan indescriptible que prácticamente no era en modo alguno una figura. Sus ropas la tapaban adecuadamente y se acomodaban a ella en todos los lugares. No se notaba si era delgada u opulenta. Tenía una gran mandíbula y, como pude comprobar cuando abrió la boca, una voz áspera y desagradable.

Lancé a Parfitt una mirada de profundo reproche, que él recibió imperturbable. Claramente daba a entender que, como siempre, sabía lo que estaba haciendo.

—*Madame* Yougoubian, señor —dijo y se retiró cerrando la puerta y dejándome a merced de aquella fémina de aspecto tan determinante.

Catherine avanzó resueltamente hacia mí. Nunca me había sentido tan desamparado, tan consciente de mi situación de inválido. Me encontraba ante una mujer de la que convenía salir corriendo y yo no podía hacerlo. Habló con voz fuerte y firme:

—Por favor, ¿sería tan bueno como para venir conmigo?

Se trataba más de una orden que de una petición.

—Le pido que me disculpe… —contesté, sorprendido.

—Me temo que no hablo bien el inglés. Pero no hay tiempo que perder. No, no hay tiempo. Le pido que venga a ver al señor Gabriel. Está muy enfermo. Pronto, muy pronto morirá y ha preguntado por usted. Así que tiene que verle enseguida.

Me quedé mirándola fijamente. Con franqueza, pensé que estaba loca. El nombre de «Gabriel» no me había producido ninguna impresión, en parte, debo confesarlo, porque lo había pronunciado mal. No sonó en absoluto como «Gabriel», pero, aunque hubiera sonado así, no creo que hubiera suscitado en mí ningún recuerdo. Todo había pasado hacía mucho tiempo. Por lo menos habían transcurrido diez años desde la última vez que se me ocurriera pensar en John Gabriel.

—¿Dice usted que alguien se está muriendo? ¿Alguien que yo conozco…?

Me dirigió una mirada de infinito reproche.

—Claro que sí, usted le conoce. Le conoce muy bien y él pregunta por usted.

Evidentemente estaba tan convencida que comencé a devanarme los sesos. ¿Qué nombre había dicho? ¿Gable? ¿Galbraith? Había conocido a un Galbraith, un ingeniero de minas, pero solo de manera casual, por lo que me parecía muy improbable que quisiera verme en su lecho de muerte.

Sin embargo, el que yo no dudara ni un momento de la veracidad de su afirmación, suponía un tributo a la firmeza de carácter de Catherine.

—¿Qué nombre ha dicho usted? —pregunté—. ¿Galbraith?

—No, no. Gabriel. ¡Gabriel!

Reflexioné. Ahora había escuchado perfectamente la palabra, pero solo me sugirió la visión mental del *arcángel* Gabriel con un enorme par de alas. La visión concordaba muy bien con Catherine Yougoubian. Tenía un aspecto semejante a esa clase de mujeres fervorosas que usualmente se encuentran arrodilladas en el extremo izquierdo de un cuadro antiguo italiano. Poseía esa peculiar simplicidad de forma, combinada con la mirada de ardiente devoción.

Añadió con persistencia y tenacidad:

—¡John Gabriel!

Y entonces me acordé.

Todo volvió a mí. Me sentí como mareado y ligeramente enfermo. St. Loo, las viejas señoras, Milly Burt y John Gabriel con su pequeño, feo y dinámico rostro, meciéndose con suavidad sobre sus talones. Y Rupert, alto y guapo como un joven dios. Y, desde luego, Isabella…

Recordé la última vez que había visto a John Gabriel en Zagrade y lo que había sucedido allí, despertándose en mí un antiguo sentimiento de ira y repugnancia.

—Así que se está muriendo, ¿no? —pregunté salvajemente—. ¡Me encanta oírlo!

—¿Perdón?

Hay cosas que no se pueden repetir fácilmente cuando alguien dice «¿perdón?» con voz cargada de amabilidad. Catherine Yougoubian parecía completamente confundida. Me limité a repetir la pregunta:

—¿Dice usted que se está muriendo?

—Sí. Y sufre, sufre terriblemente.

Pues bien, también me sentía encantado de oír aquello. Ningún sufrimiento de John Gabriel podría compensar todo lo que había hecho. Pero no podía decírselo a alguien que evidentemente era devota admiradora de él.

Me pregunté irritado qué tendría aquel tipo para que las mujeres se volvieran siempre locas por él. Era feo como el pecado. Pretencioso, vulgar y fanfarrón. Sin embargo, tenía un cerebro brillante y era, en determinadas circunstancias (sucias

circunstancias), buen compañero. También poseía humor. Pero ninguna de esas cualidades era una característica que llamase particularmente la atención de las mujeres.

Catherine interrumpió el curso de mis pensamientos.

—Por favor, ¿vendrá conmigo? ¿Vendrá enseguida? No hay tiempo que perder.

La mujer era porfiada, pero yo no desesperé.

—Lo siento, querida señora —dije—, pero me temo que no puedo acompañarla.

—Pero él pregunta por usted —insistió la mujer.

—No voy a ir —aseguré.

—Usted no me comprende —dijo—. Está enfermo. Se está muriendo y pregunta por usted.

Me preparé lo mejor que pude para la lucha. Había empezado a darme cuenta (cosa que Parfitt había comprendido a primera vista) de que no era nada fácil deshacerse de Catherine Yougoubian.

—Está usted cometiendo un error —aclaré—. John Gabriel no es amigo mío.

La mujer afirmó con la cabeza muy convencida.

—Sí, claro que lo es. Leyó su nombre en el periódico. Y se enteró de que usted estaba aquí como miembro de la Comisión. Me dijo que tenía que enterarme de dónde vivía y conseguir que me siguiera. Y por favor, tiene usted que venir rápidamente, porque el doctor afirma que ya le queda poco. ¿Vendrá?

Me pareció que lo más oportuno era sincerarme. Contesté:

—¡Por lo que a mí respecta, ese condenado se puede ir al infierno!

—¿Perdón?

Se me quedó mirando con ansiedad, arrugando su gran nariz e intentando comprender sin perder su amabilidad.

—John Gabriel no es amigo mío —dije despacio y con toda la claridad que me fue posible—. Es un hombre al que odio. ¡Qué odio! ¿Comprende por fin?

Se quedó perpleja. Parecía que comenzaba a comprender.

—¿Dice usted que odia a John Gabriel? —preguntó con lentitud, como un niño que repite una lección difícil—. ¿Eso es lo que quiere darme a entender?

—Exactamente —contesté.

Esbozó una sonrisa de desconcierto.

—No, no —dijo con indulgencia—. No es posible… Nadie puede odiar a John Gabriel. Es un gran hombre. Un hombre muy bueno. Todos los que le conocemos moriríamos por él con alegría.

—¡Dios santo! —exclamé exasperado—. ¿Qué es lo que ha hecho ese hombre para que la gente opine así de él?

No puedo quejarme porque había sido yo quien lo había preguntado. Catherine olvidó la urgencia de su misión. Se sentó, retiró un mechón de pelo grasiento de su frente y sus ojos brillaron con entusiasmo. Abrió la boca y las palabras comenzaron a fluir como un torrente.

Creo que habló por espacio de un cuarto de hora, más o menos, y sin interrupción. Lo que decía era a veces incomprensible a causa de las dificultades de la pronunciación. Otras veces sus palabras fluían como una corriente cristalina. Pero, en conjunto, su declamación tuvo el efecto de un gran poema épico.

Habló con reverencia y temor, con humildad y devoción. Habló de John Gabriel como quien habla del Mesías —y sin duda, para ella lo era—. Dijo cosas sobre él que a mí me parecieron ferozmente fantásticas y completamente imposibles. Se refirió a un hombre tierno, valiente y fuerte. ¡Un líder y un salvador! Un hombre que arriesgaba su vida para que otros no murieran. Alguien que odiaba la crueldad y la injusticia con santa y ardiente pasión. Para ella, John Gabriel era un profeta, un rey y un sabio. Un hombre que descubría en las personas el valor interior que ellas mismas ignoraban poseer. Había sido torturado más de una vez; mutilado y medio muerto. Pero de algún modo su débil cuerpo había superado todas las calamidades gracias a una enorme fuerza de voluntad y había continuado realizando lo imposible.

—¿Dice usted que ignora lo que ha hecho? —preguntó al final completamente incrédula—. ¡Pero si todo el mundo conoce al padre Clement! ¡Todo el mundo!

Me quedé perplejo porque lo que decía era verdad. Todo el mundo había oído hablar del padre Clement. Solo su nombre era la conjuración del mal, aunque algunas personas sostenían que únicamente era un nombre, un mito y que el hombre real nunca había existido.

¿Cómo podría describir la leyenda del padre Clement? Imaginen

una mezcla de Ricardo Corazón de León, el padre Damián y Lawrence de Arabia. Un hombre que tan pronto es guerrero como santo y que posee la inocente sed de aventuras de un niño. En los años subsiguientes a la guerra de
1939-1945
, Europa y Oriente habían caído en un negro período. El miedo crecía por doquier y ese mismo miedo engendraba un nuevo tropel de crueldades y salvajadas. La civilización había comenzado a resquebrajarse. En India y en Persia sucedían cosas abominables. Por todas partes masacres, hambre, torturas y anarquía…

Y de la oscuridad y la niebla surgió una figura, una figura casi legendaria —el hombre que se llamaba a sí mismo «padre Clement»—, que salvaba niños, libraba a la gente de la tortura, conducía a su rebaño por intransitables caminos a través de las montañas, dirigiéndolo a zona segura y estableciéndolo en comunidades. Admirado, querido y adorado, más que un hombre era una leyenda.

Y según Catherine Yougoubian, el padre Clement era John Gabriel. En un principio miembro del Parlamento por St. Loo, mujeriego y bebedor. Un hombre que siempre había intrigado para su propio provecho. Un aventurero y un oportunista. Un hombre que no tenía ninguna virtud, a no ser la del valor físico.

De repente, aunque no sin cierto desasosiego, mi incredulidad comenzó a tambalearse. Por imposible que me pareciera en la historia de Catherine había un punto de plausibilidad. Tanto el padre Clement como John Gabriel eran hombres de un valor físico poco frecuente. Algunas de las hazañas de la legendaria figura, la audacia de los rescates, las claras baladronadas y, ¿por qué no?, la imprudencia de sus métodos coincidían con la forma de obrar de John Gabriel.

Pero John Gabriel había sido siempre un comediante. Todo lo que hacía, lo hacía con un ojo puesto en la galería. Si John Gabriel era el padre Clement, el mundo entero estaría enterado del hecho.

No, no lo creía, no podía ser…

Pero cuando Catherine se detuvo sin aliento, cuando la llama de sus ojos se apagó y cuando con su tono de voz monótono y persistente me volvió a preguntar «¿Vendrá ahora, por favor?», llamé a Parfitt.

Con su ayuda me levanté y agarré las muletas. Parfitt me ayudó a bajar las escaleras y a meterme en un taxi. Catherine se acomodó a mi lado.

Como veis tenía que enterarme de la verdad. ¿Era simple curiosidad o mi actitud se debía a la insistencia de Catherine Yougoubian? Quizá hubiera conseguido deshacerme de ella, pero deseaba ver a John Gabriel. Quería saber si podría conciliar al padre Clement y toda su historia con lo que yo conocía del John Gabriel de St. Loo. Y quizá deseara ver también lo que Isabella había visto, lo que tenía que haber visto para hacer lo que había hecho…

No sabía lo que me esperaba mientras seguía a Catherine Yougoubian. Subí los estrechos peldaños y entré en el pequeño dormitorio de la parte de atrás de la casa. Allí se encontraba un doctor francés con barba y modales de pontífice. Estaba inclinado sobre su paciente, pero alzó la vista hacia mí y me indicó con gesto cortés que avanzara.

Advertí que sus ojos me miraban con curiosidad. Yo era la persona a quien un gran hombre moribundo solicitaba ver.

Recibí una gran impresión cuando vi a John Gabriel. ¡Había pasado tanto tiempo desde aquel día de Zagrade! No habría podido reconocer la figura que yacía tranquilamente en la cama. Me di cuenta de que se estaba muriendo. Su fin estaba próximo. En la cara del hombre que estaba allí tendido, no aparecía ninguno de los antiguos rasgos que yo conocía. Porque tengo que reconocer que, por lo menos aparentemente, Catherine había estado en lo cierto. Aquel rostro demacrado era el rostro de un santo. Tenía las señales del sufrimiento y de la agonía… Denotaba ascetismo. Y también poseía paz espiritual…

Y ninguna de esas cualidades correspondían al hombre que yo había conocido como John Gabriel.

Abrió los ojos y me vio, sonriendo burlonamente. Era la misma mueca y los mismos ojos. Unos ojos hermosos en una diminuta y fea cara de payaso.

Su voz sonó muy débil:

—¡Así que lo encontró! ¡Los armenios son estupendos! —dijo.

Sí, era John Gabriel. Hizo una seña al doctor. Con voz débil por el sufrimiento, pero en tono imperioso, pidió un prometido

estimulante. El doctor vaciló. Gabriel insistió. Sospeché que el estimulante aceleraría el final, pero Gabriel dio a entender claramente que un postrer derroche de energía le era necesario. Tenía gran importancia para él.

El doctor se encogió de hombros y accedió. Le administró la inyección y entonces Catherine y él me dejaron a solas con el paciente.

Gabriel comenzó inmediatamente:

—Quiero que sepa cómo murió Isabella.

Le dije que lo sabía.

—No. No creo que lo sepa —dijo.

Fue entonces cuando me describió aquella escena final en el café de Zagrade.

La contaré a su debido tiempo.

Después de eso sólo dijo una cosa más. Por causa de esa cosa más decidí escribir esta historia.

El padre Clement sólo pertenece a la historia. Su increíble vida de heroísmo, entrega, compasión y valor se presta para ser descrita por ese tipo de gente que gusta de relatar vidas de héroes. Las comunidades que ha fundado son la base de nuestros nuevos experimentos de forma de vida y se escribirán muchas biografías del hombre que las imaginó y creó.

Ésta no es la historia del padre Clement. Es la historia de John Merryweather Gabriel, Cruz de la Victoria en la guerra; un oportunista, un hombre de pasiones sensuales y de gran encanto personal. Los dos, cada cual a nuestro modo, hemos amado a la misma mujer.

Todos comenzamos como la figura central de nuestra propia historia. Luego nos hacemos preguntas, dudamos y nos llenamos de confusión. Así ocurrió conmigo. Primero era mi historia. Luego pensé que era la historia de Jennifer y también la mía. La historia de los dos. Romeo y Julieta, Tristán e Isolda. Y después, en mi oscuridad y desilusión, surgió ante mí Isabella, como la luna en una noche oscura. Se convirtió en el tema central de la trama y yo únicamente fui el telón de fondo a punto de cruz. Nada más. Nada más, pero tampoco nada menos, porque sin el difuso telón de fondo la forma no se destacaría.

Ahora, otra vez ha variado el personaje central. No es mi

historia. No es la historia de Isabella. Es la historia de John Gabriel.

La historia termina aquí, donde la estoy comenzando. Termina con John Gabriel. Pero también comienza con él.

1

¿Dónde comenzar? ¿En St. Loo? ¿En la reunión del Memorial Hall cuando el posible candidato conservador, mayor John Gabriel, VC[1], fue presentado por un viejo, muy viejo general? En aquella misma reunión había pronunciado su discurso, desagradándonos a todos debido, en parte, a su voz monótona y vulgar, en parte, a su feo rostro. No tuvimos más remedio que hacernos fuertes fijándonos en su cortesía y recordándonos a nosotros mismos que se hacía necesario el contacto con el pueblo. ¡Las clases privilegiadas se iban haciendo cada vez más lastimosamente escasas!

¿O comenzaré por Polnorth House? Todavía recuerdo el gran salón de techo bajo, cara al mar, con la terraza exterior adonde, los días buenos, podía salir con mi coche de inválido. Allí disfrutaba contemplando el Atlántico con sus resonantes rompientes, y el peñasco gris oscuro que cortaba la línea del horizonte y sobre el que se alzaban los muros y las torres del castillo de St. Loo, semejando —esta impresión la tuve siempre— un dibujo a la acuarela hecho por una joven romántica del año 1960, más o menos.

Porque el castillo de St. Loo tiene ese duende, ese aire de teatralidad y de falso romance que solamente puede ser producido por algo que, en realidad, es genuino. Resulta claro que ha sido construido cuando la naturaleza humana era lo suficientemente inconsciente como para disfrutar del romanticismo sin avergonzarse por ello. Sugiere asedios y dragones, cautivas princesas y caballeros armados y todo el aparato de una película histórica mala. Y por supuesto, la realidad es que la historia es exactamente una mala película.

Cuando mirabas el castillo de St. Loo, esperabas algo como *lady* St. Loo y *lady* Tressilian, como la señora Bigham Charteris e Isabella. ¡Y lo sorprendente era que estaban allí!

¿Comenzaré, pues, con la visita de esas tres ancianas de porte

distinguido, vestidas extravagantemente y con diamantes y joyas al viejo estilo? ¿Cuando le dije a Teresa con voz fascinada «Pero no pueden, es que no pueden ser reales»?

¿O empezaré un poco más atrás en el tiempo, en el momento en que, por ejemplo, me metí en el coche y me dirigí al aeropuerto de Northolt para reunirme con Jennifer?

Pero detrás de eso está mi vida, la que había comenzado treinta y ocho años antes y se acercaba a su final ese día…

Ésta no es mi historia. Ya lo dije antes. Pero comienza como mi historia. Comienza conmigo, Hugh Norreys. Mirando atrás, veo que mi vida ha sido muy parecida a la de otros hombres. Ni más interesante ni menos. Hubo los inevitables disgustos y desilusiones, y las secretas agonías infantiles. También se dieron las excitaciones, las armonías y las intensas satisfacciones que surgen extrañamente de las causas más inesperadas. Puedo elegir el ángulo desde donde contemplar mi vida. Desde el de la frustración o como una crónica triunfal. Ambos son verdaderos. Siempre es, al final, una cuestión de selección. Está el Hugh Norreys tal como se ve a sí mismo y el Hugh Norreys como lo ven los demás. También tiene que existir, naturalmente, el Hugh Norreys que se presenta ante Dios. El Hugh Norreys esencial. Pero esta historia es la historia que solamente podría escribir el ángel custodio. Volvemos a lo mismo, ¿hasta qué punto conozco ahora al joven que subió al tren en Penzance, en los viejos días de 1945, camino de Londres? Tengo que decir, si me lo preguntaran, que llevaba una vida placentera, donde todo el mundo me trataba bien. Me gustaba mi apacible trabajo de maestro de escuela. Había sabido aprovechar mis experiencias bélicas —el trabajo esperaba mi regreso— y contaba con la perspectiva de un centro y la dirección del mismo en el futuro. Había tenido complicaciones amorosas que me habían dañado y otras de las que estaba satisfecho, pero nada de eso me había marcado. Mis relaciones familiares eran las adecuadas, pero no demasiado estrechas.

Contaba treinta y siete años y en ese día especial era consciente de algo que había estado esperando durante mucho tiempo. Esperaba algo… Una experiencia, un acontecimiento supremo…

Hasta entonces, todo en mi vida, me daba cuenta de repente, había sido superficial —ahora estaba esperando algo real—.

Probablemente todo el mundo experimenta esa sensación alguna vez en su vida. Es un momento que corresponde al instante en que en una partida de criquet te toca golpear… A veces llega pronto y a veces llega tarde… Subí al tren en Penzance y cogí un billete para el tercer turno del restaurante (porque justamente acababa de desayunar en abundancia). Cuando el mozo llegó por el pasillo del tren gritando con voz nasal: «Tercer almuerzo, por favor, solo billetes…», me levanté y me dirigí al coche restaurante. El mozo me pidió el billete y me indicó un asiento, de espaldas a la locomotora, frente al lugar donde estaba sentada Jennifer.

Así, ya lo veis, es como suceden las cosas. No puedes controlarlas ni puedes hacer planes. Me senté al lado opuesto de Jennifer y Jennifer estaba llorando.

Al principio no me di cuenta. Luchaba tenazmente por conservar el control. No se la oía, no había ninguna señal externa. No nos miramos. Nos comportamos con el debido respeto a las convenciones que gobiernan el encuentro de desconocidos en un coche restaurante. Le pasé la lista del menú. Una cortesía pero sin ningún significado, puesto que solo se leía lo de siempre: «Sopa, pescado o carne, pastel o queso. 4/6».

Aceptó mi gesto con una mueca de cortesía ritual y una inclinación de la cabeza. El mozo preguntó qué queríamos beber. Los dos pedimos cerveza.

Entonces hubo una pausa. Yo ojeé la revista que llevaba conmigo. El mozo llegó del otro extremo del vagón con los platos de la sopa y nos los puso delante. Portándome aún como un pequeño caballero, adelanté la sal y la pimienta unos centímetros en dirección a Jennifer. Hasta aquel momento no la había mirado —quiero decir que no la había mirado realmente—, aunque, por supuesto, conocía ciertos hechos básicos. Era joven, pero no mucho, pocos años más que yo, de mediana estatura y morena, pertenecía a mi misma clase social y era lo suficientemente atractiva para resultar agradable. Pero no era tan deslumbrantemente atractiva como para provocar un sentimiento perturbador.

En aquel instante tenía la intención de observarla más detenidamente y, si me parecía oportuno, intentaría un motivo de conversación. Dependía.

Pero lo que, de repente, desbarató todos mis cálculos fue el

hecho de que mis ojos, perdidos en la sopa del plato de mi vecina, advirtieron que algo insospechado estaba cayendo dentro de él. Sin el más mínimo ruido y sin ninguna indicación de dolor, las lágrimas brotaban de sus ojos y caían en la sopa.

Me quedé perplejo. La miré disimuladamente. Las lágrimas se detuvieron. La muchacha consiguió retenerlas y sorbió la sopa. En un impulso imperdonable, pero irresistible, pregunté:

—Es usted muy desgraciada, ¿verdad?

Entonces ella, sorprendentemente, contestó con furia:

—Soy una perfecta idiota.

Ninguno de los dos habló. El camarero retiró los platos. Colocó unas pequeñas porciones de pastel de carne frente a nosotros y nos sirvió una monstruosa ración de col. Luego añadió dos grandes patatas asadas con el aire del que nos está haciendo un gran favor.

Miré por la ventanilla e hice una observación acerca del paisaje. Proseguí con unos cuantos comentarios sobre Cornualles. Comenté que no lo conocía muy bien. ¿Lo conocía ella? Dijo que sí. Que lo conocía perfectamente, había vivido allí. A continuación, comparamos Cornualles con Devonshire y con Gales. Llegamos hasta la costa del este. Nada de lo que decíamos tenía sentido. Servía tan solo para borrar el hecho de que nos sentíamos culpables: ella por dejar escapar las lágrimas en un lugar público y yo por haberlo advertido.

Hasta que no tuvimos el café en la mesa y yo le ofrecí un cigarrillo que ella aceptó, no volvimos a nuestro punto de partida.

Dije que lo sentía, que había sido un estúpido, pero que no lo había podido evitar. Ella dijo que yo debería de haber pensado que era una tonta de remate.

—No —contesté—. Lo único que pensé es que usted había llegado al límite de sus fuerzas y que no podía más. ¿Es cierto?

La muchacha asintió:

—Sí. Así es. Es humillante que haya llegado a tener tan poca compasión de mí misma que no me importe que usted me haya visto o no.

—Claro que le importa. Usted luchaba desesperadamente por contenerse.

—No llegué a gritar. Si es a lo que se refiere —me atajó ella.

Le pregunté si era tan malo lo que le ocurría.

Me contestó que era terrible. Que había llegado al final de todo y que no sabía qué hacer.

Creo que yo había intuido algo así. En torno a ella flotaba un aire de tensa desesperación. No iba a dejarla irse mientras estuviera en aquellas condiciones. Le dije:

—¡Vamos, cuéntemelo! Soy un extraño, puede decir cosas a un extraño. No traerá consecuencias.

—No hay nada que contar, excepto que me hice un tremendo lío con todo. ¡Con todo!

Le dije que probablemente no era tan grave como le parecía. Que podía darme cuenta de que necesitaba confianza. De que necesitaba una nueva vida, nuevo valor y nuevas energías para superar aquel lastimoso estado de sufrimiento y crispación y poner de nuevo los pies en tierra. Y que yo estaba seguro de que era la persona más indicada para ayudarla… Sí, todo sucedió así de rápidamente.

Jennifer me miró llena de dudas, como un niño inseguro. Luego lo soltó todo.

En medio de la conversación, por supuesto, el mozo vino con la cuenta. Entonces me alegré de que estuviéramos en el tercer turno del almuerzo. No nos echarían a puntapiés del coche restaurante. Añadí diez chelines a la nota y el mozo hizo una inclinación y se retiró discretamente.

Continué escuchando a Jennifer.

Había recibido un trato injusto. Armándose de mucha paciencia, había soportado bastantes cosas, pero ya eran demasiadas y ella no era psíquicamente fuerte. Todo había ido mal en su vida, de niña, de jovencita y en su matrimonio. Su alegría, su dulzura se habían ido enterrando poco a poco en el fondo de ella misma. Se le habían presentado oportunidades para escapar y no las había aprovechado. Había preferido resignarse y aceptar lo mejor de un mal asunto. Y cuando esa táctica falló y se le presentó una escapatoria sin buscarla, ésta resultó una mala solución, por lo que se había sumido en una desesperación más profunda que antes.

De todo lo que le había sucedido, se culpaba a sí misma. Mi corazón se conmovía por aquel adorable rasgo de ella. No juzgaba ni tampoco estaba resentida.

—De algún modo tiene que ser culpa mía —decía patéticamente

a cada momento.

Me daban ganas de gritar:

«¡Por supuesto que no es culpa suya! ¿No ve que es usted la víctima? Siempre lo ha sido y lo seguirá siendo hasta que no deje de adoptar esa terrible actitud de culparse por todo…».

Estaba adorable allí sentada, quejándose, sintiéndose miserable y derrotada. Mirándola a través de la estrecha mesa, creo que me di cuenta de que aquello era lo que había estado esperando. Esperaba a Jennifer… No a Jennifer como una posesión, sino dar a Jennifer el dominio de su propia vida, ver a Jennifer feliz, verla en su totalidad.

Sí, entonces lo supe… Aunque tuvieron que pasar muchas semanas antes de admitir que me había enamorado perdidamente de ella.

Como veis, la cosa fue bastante más complicada.

No hicimos planes para volver a vernos. En realidad, ella pensaba que no nos volveríamos a ver nunca. Yo estaba seguro de lo contrario. Me dijo su nombre. Me lo dijo con tono suave, cuando por fin abandonamos el restaurante.

—Llegó la hora del adiós. Pero, por favor, créame que nunca le olvidaré a usted ni lo que ha hecho por mí. Estaba desesperada, muy desesperada…

Estreché su mano y le dije adiós. Pero sabía que no era un adiós. Estaba tan seguro que no quise ponerme de acuerdo con ella para volvernos a ver. Por casualidad, ella tenía amigos que también lo eran míos. No se lo dije, pero encontrarla me resultaría fácil. Lo raro era que no nos hubiéramos conocido antes de aquel momento.

Nos encontramos una semana más tarde en el cóctel de Caro Strangeways. Y después de eso, ya no hubo más dudas. Ambos sabíamos lo que nos había sucedido.

Nos veíamos, nos separábamos y nos volvíamos a encontrar. Coincidíamos en fiestas, en las casas de otras personas y en pequeños y tranquilos restaurantes. Viajábamos en tren por el país y caminábamos juntos en un mundo que era un halo brillante de irreal felicidad. Fuimos a un concierto y oímos la canción de Elizabeth Schumann: «Y en ese sendero donde nuestros pies errarán perdidos, nos encontraremos olvidados del mundo y sumidos en un sueño proclamaremos juntos un amor que nadie podrá destruir…».

Y cuando salimos al estruendo y al bullicio de Wigmore Street, yo repetí las últimas palabras de la canción de Strauss: «En amor y felicidad sin fin…». Y nuestros ojos se encontraron.

Jennifer dijo:

—¡Oh, no, no es para nosotros!

—Sí, sí es para nosotros… —aseguré yo.

Porque, como yo le subrayaba, teníamos que pasar juntos el resto de nuestras vidas…

Ella no podía, según decía, tirar todo por la borda. Estaba segura de que su marido no consentiría que se divorciara de él.

—Pero ¿se divorciaría él de ti?

—Sí, supongo… ¡Oh, Hugh! ¿No podemos seguir como hasta ahora?

Yo le contesté que no. Había estado esperando, vigilando su lucha por volver a la salud y a la felicidad. No había querido obligarla a tomar decisiones hasta que no volviera a ser la gozosa criatura que la naturaleza había creado. Bien, ya lo era. Otra vez era fuerte. Fuerte mental y físicamente. Y tendríamos que tomar una decisión.

No resultaba empresa fácil. Jennifer ponía las más raras y estrambóticas objeciones. Fundamentalmente, eran mi vida y mi *carrera*, lo que la detenía. Significaría un enorme trastorno para mí. Le dije que ya lo sabía. Lo había pensado bien y no me importaba. Era joven y había otras cosas que podía hacer aparte de dar clases.

Entonces Jennifer dio un grito y dijo que nunca se perdonaría echar a perder mi vida. Le dije que nada se perdería, a no ser que ella me dejara. Sin ella, la vida se habría acabado para mí.

Pasamos por un montón de altibajos. Jennifer parecía aceptar mi punto de vista, pero, repentinamente, al separarse de mí, se volvía atrás. Como veis, no tenía ninguna confianza en sí misma.

Finalmente, y poco a poco, acabó por compartir mi idea. No solo había pasión entre nosotros; existía algo más. Esa armonía de mente y de pensamiento, ese placer que se siente cuando dos mentes se entienden. Las cosas que ella decía estaban siempre a punto de salir de mis labios, nos compenetrábamos hasta en los más mínimos detalles.

Por último admitió que yo tenía razón, que nos pertenecíamos enteramente el uno al otro. Sus defensas se vinieron abajo.

—¡Es verdad! No sé cómo puede ser… ¿Cómo puedo significar para ti lo que dices que significo? Pero, en realidad, no tengo dudas…

La cosa estaba ensayada y probada. Hicimos planes. Los planes necesarios respecto al mundo.

Fue una mañana clara y fría cuando me levanté y me di cuenta de que nuestra nueva vida comenzaba aquel día. A partir de aquel momento, Jennifer y yo estaríamos juntos. Siempre había temido que su extraña y morbosa desconfianza en sus propias capacidades la hiciera desistir.

Incluso aquella mañana, la última de la vieja vida, tenía que andar pisando seguro. La llamé por teléfono.

—¿Jennifer?

—¿Hugh…?

Era su voz, suave y ligeramente temblorosa… Todo era verdad. Me disculpé:

—Perdóname, querida, tenía que oír tu voz. ¿Todo es verdad?

—Todo es verdad…

Íbamos a reunimos en el aeropuerto de Northolt. Canturreé mientras me vestía y me afeité cuidadosamente. En el espejo vi un rostro irreconocible, con una expresión idiota de felicidad. Aquél era el día. El día que había estado esperando durante treinta y ocho años. Desayuné, recogiendo a continuación los billetes y el pasaporte. Fui a coger el coche. Normalmente conducía Harriman, pero esta vez le dije que lo haría yo, que podía sentarse atrás.

Doblé el Mews y me dirigí a la carretera principal. El coche serpenteaba dentro y fuera del tráfico. Tenía mucho tiempo. Hacía una mañana gloriosa —una adorable mañana creada especialmente para Hugh y Jennifer—. Me sentía lleno de alegría, capaz de gritar y cantar.

El camión salió a sesenta kilómetros por hora de la carretera perpendicular. Ni lo vi ni pude intentar evitar el choque. No fue un fallo al conducir ni una reacción defectuosa. El conductor del camión estaba borracho, me lo dijeron después. ¡Pero qué poca importancia tiene el porqué de las cosas!

Chocó de costado contra el Buick, destrozándolo e incrustándose debajo de los despojos. Harriman murió.

Jennifer esperaba en el aeropuerto. El avión se fue… Yo no

acudí a la cita.

2

No viene a cuento describir lo que sucedió después. No hubo continuación ni continuidad. Solo confusión, oscuridad y sufrimiento… Vagaba sin cesar por lo que a mí me parecían enormes corredores subterráneos. A intervalos, me daba cuenta confusamente de que me hallaba en la sala de un hospital. Tenía conciencia de los doctores, de las enfermeras de tocas blancas, del olor de los antisépticos y también del relampagueo de los instrumentos de acero, pequeños tubos de cristal relucientes girando con viveza…

La conciencia me llegó paulatinamente, disminuyendo la confusión y el sufrimiento… Pero todavía no podía pensar en personas o lugares. El animal que sufre conoce solo el sufrimiento o el cese del sufrimiento, pero no se puede concentrar en nada más. Las drogas que atenúan maravillosamente el sufrimiento físico enturbian la mente, realzando la impresión de caos.

Pero comenzaron a producirse intervalos de lucidez y llegó el momento en que me dijeron que había tenido un accidente.

Por fin recobré el conocimiento —el conocimiento de mi desamparo—, de mi cuerpo roto y destrozado… Para mí, ya no existía vida como hombre entre los hombres.

Vino gente a verme: mi hermano, atontado, con la lengua de trapo y sin saber qué decir. Nunca habíamos estado muy unidos. No le podía hablar de Jennifer.

Pero era en Jennifer en quien yo pensaba. Cuando mejoré me trajeron mi correspondencia. Cartas de Jennifer…

Solamente habían autorizado la visita de mi familia más allegada. Jennifer no tenía ningún derecho. Técnicamente no era más que una amiga.

«No me dejarán verte, querido Hugh —escribía—. Iré en cuanto me lo permitan. Te doy todo mi amor. Concéntrate en ponerte bien,

Jennifer». Y en otra decía:

«No te preocupes, Hugh, nada importa con tal de que tú y yo no estemos muertos. Eso es lo que cuenta. Pronto estaremos juntos —para siempre—. Tuya, Jennifer».

Le escribí con trazo débil y tortuoso que no debía venir a verme. ¿Qué podía ofrecer yo a Jennifer entonces?

No volví a ver a Jennifer hasta que salí del hospital y fui a casa de mi hermano. Sus cartas tenían siempre el mismo tono. ¡Nos amábamos! Aunque yo nunca me recuperara, estaríamos siempre juntos. Cuidaría de mí. Todavía tendríamos felicidad —no la felicidad con la que habíamos soñado en otro tiempo—, pero felicidad al fin y al cabo.

Y aunque mi primera reacción había sido romper cruelmente, decir a Jennifer «Vete y nunca vuelvas a mi lado», vacilé. Porque creía, lo mismo que ella, que nuestra unión no era solo sexual. Todavía poseíamos todos los encantos de la compañía mental. Ciertamente, lo mejor para ella era irse y olvidarme, pero ¿y si no quería irse?

Pasó mucho tiempo antes de que le permitiera visitarme. Nos escribíamos con frecuencia y nuestras cartas eran verdaderas cartas de amor. Estaban inspiradas en un tono heroico.

Y al final, le permití venir…

Pues bien, vino.

Le fue imposible permanecer conmigo mucho tiempo. Ya entonces lo supimos, creo yo, pero no lo quisimos admitir. Vino a verme otra vez. Y una tercera vez. Después, yo ya no la podía soportar por más tiempo. Su tercera visita solo duró diez minutos y a mí me pareció que había transcurrido hora y media. Apenas si podía creerlo cuando después consulté el reloj. A mí me había parecido, no había duda, tan larga como a ella…

Porque, como veis, no teníamos nada que decirnos el uno al otro…

Sí, exactamente eso…

En lo nuestro, después de todo, no había nada más.

¿Existe amargura semejante al paraíso de un tonto? Toda esa comunión de mente con mente, nuestros pensamientos que se ajustaban perfectamente, nuestra amistad y nuestro compañerismo no eran nada. Nada sino ilusión. La ilusión que crece con la mutua

atracción del hombre y la mujer. El reclamo de la naturaleza. La última y más astuta pieza de engaño. Entre Jennifer y yo solo había existido la atracción de la carne, de la que había brotado la monstruosa fábrica de autoengaño. Solamente había sido pasión, nada más que pasión. Y aquel descubrimiento me avergonzaba, me volvía huraño. Casi llegué a odiarla y a odiarme a mí mismo. Nos mirábamos el uno al otro con desolación, preguntándonos qué había quedado de aquel milagro en el que tanto habíamos confiado. Y cada uno se hacía la pregunta a su modo.

Ella era una mujer joven y bien parecida; eso estaba claro. Pero cuando me hablaba, me aburría. Y yo le aburría a ella. Nos resultaba imposible hablar o discutir de algo y extraer el más mínimo placer.

Jennifer seguía echándose la culpa de todo lo sucedido y yo ansiaba que no lo hiciera. Parecía innecesario y absurdamente histérico. Yo pensaba en mi interior, ¿por qué demonios tiene que atormentarse así?

Cuando se despidió en su tercera visita dijo con el tono perseverante que la caracterizaba:

—Hasta pronto, querido Hugh. Volveré.

—No, no vuelvas —le rogué.

—Claro que vendré —Su voz sonaba artificial, no era sincera.

Sin miramientos, estallé:

—¡Por el amor de Dios, no te esfuerces, Jennifer! Todo se acabó.

Contestó que nada había terminado, que no sabía lo que yo quería decir. Insistió en que iba a pasar su vida cuidando de mí y seríamos felices. Estaba decidida a autoinmolarse y eso me hizo enrojecer de ira. Temía que hiciese lo que decía. Quizá la iba a tener siempre delante, charlando, intentando ser amable y haciendo comentarios completamente estúpidos… Me entró pánico, un pánico que nacía de la enfermedad y de la debilidad.

Le grité que se fuera, que se fuera. Se fue como disgustada. Pero advertí un brillo de alivio en sus ojos.

Cuando mi cuñada entró poco después a correr las cortinas, comencé a hablar. Dije:

—Se marchó, Teresa. Se marchó… No volverá más, ¿verdad?

Con su voz tranquila Teresa me contestó:

—No, no volverá.

—¿Crees, Teresa, que es mi debilidad la que me hace ver las cosas equivocadas? —le pregunté.

Teresa sabía lo que yo quería decir. Repuso que, en su opinión, mi debilidad me hacía ver las cosas como exactamente eran.

—¿Crees que estoy viendo a Jennifer como realmente es?

Teresa dijo que no quería decir tanto como eso. Probablemente yo no pudiera saber ahora cómo era Jennifer en esencia. Pero conocía exactamente el efecto que Jennifer producía en mí, aparte del amor que había sentido por ella.

Le pregunté qué opinaba de Jennifer.

Dijo que siempre había pensado que era atractiva, aunque nada interesante.

—¿Crees que es muy desgraciada, Teresa? —pregunté morboso.

—Sí, Hugh, lo es.

—¿Por mi causa?

—No, a causa de sí misma.

Dije:

—Se culpa de mi accidente. Dice continuamente que si yo no hubiese ido a reunirme con ella, no habría sucedido nada. ¡Es completamente estúpido!

—Más bien sí.

—No quiero que se atormente por eso. No deseo que sea desgraciada, Teresa.

—Realmente, Hugh, creo que es mejor que dejes a la muchacha ser como es.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que le gusta sentirse desgraciada. ¿No te has dado cuenta de ello?

En los procesos mentales de mi cuñada hay una fría claridad que yo encuentro muy desconcertante.

Le dije que lo que decía era brutal. Teresa reconoció pensativamente que quizá lo fuera, pero que, en realidad, ya no importaba que lo dijese ahora.

—Ya no te contarás a ti mismo historias de hadas. A Jennifer siempre le ha encantado sentarse a pensar que todo marcha mal. Se alimenta y se atormenta con esos pensamientos. Pero si a ella le gusta ese tipo de vida, ¿por qué impedírselo? —Hablaba con convicción, luego añadió—: ¿Sabes, Hugh? No puedes sentir lástima

por una persona desgraciada, si ella no se compadece antes. Una persona debe compadecerse antes de que lo hagan los demás. La compasión ha sido siempre tu punto débil. A causa de ella no puedes ver las cosas con claridad.

Momentáneamente encontré una satisfacción muy grande diciendo a Teresa que era una mujer odiosa. Dijo que posiblemente lo fuera.

—Nunca sientes lástima por nadie.

—Sí, la siento. En cierto modo, Jennifer me inspira lástima.

—¿Y yo? —le grité airado.

—No lo sé, Hugh.

Pregunté sarcásticamente:

—¿El hecho de que sea un inválido roto y destrozado, sin ningún aliciente para vivir, no te afecta en absoluto?

—No sé si siento lástima por ti o no. Tu situación significa que vas a comenzar tu vida partiendo de cero, viviendo desde un ángulo completamente distinto. Eso podría ser interesante.

Le dije a Teresa que era inhumana y se fue sonriendo. Me había hecho mucho bien.

3

Poco después nos mudamos a St. Loo, en Cornualles.

Teresa acababa de heredar allí una casa de una tía segunda. El doctor quería que yo saliese de Londres. Mi hermano Robert es pintor, con eso que muchas personas consideran una pervertida visión de los paisajes. Su servicio de guerra, como el de la mayoría de los artistas, había sido en la reserva, en el Departamento de Agricultura. Así que todo se ajustaba perfectamente.

Teresa se marchó para Cornualles con objeto de preparar la casa y después de cumplir con un sinfín de formalidades, se me trasladó en una ambulancia especial.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —pregunté a Teresa la mañana siguiente a mi llegada.

Teresa estaba bien informada. Me dijo que había tres mundos perfectamente diferenciados. Por un lado, el pueblo de pescadores, agrupado en torno al puerto, con sus casas de altos tejados de pizarra alzándose en derredor y los letreros escritos tanto en inglés como en flamenco y francés. A lo largo de la costa se encontraban desparramados el moderno turismo y las residenciales excrecencias. Amplios hoteles de lujo, cientos de pequeños *bungalows* y cantidad de pequeñas casas de huéspedes. Todo era muy bullicioso y activo en verano, y tranquilo en invierno. En tercer lugar estaba el castillo de St. Loo, regentado por una vieja viuda, *lady* St. Loo. Era un núcleo en el que aún persistía otra forma de vida, con ramificaciones que se extendían a través de sinuosas callejas y senderos hacia las casas arracimadas anárquicamente sobre los valles, junto a las viejas iglesias pueblerinas. Lo que constituía la campiña, según aseguró Teresa.

—¿Y a dónde pertenecemos nosotros?

Teresa dijo que también pertenecíamos al campo, pues Polnorth House había sido de su tía abuela, la señora Amy Tregellis; ahora

era suya por herencia y no por compra. De modo que formábamos parte del conjunto.

—¿Incluyendo a Robert? —pregunté—. ¿A pesar de ser pintor?

—Eso requerirá más tiempo —admitió Teresa—. En verano, hay muchos pintores en St. Loo —Y añadió con soberbia—: Además es mi marido y su madre era una Bolduro, descendiente de la línea Bodmy.

Fue entonces cuando le pregunté a Teresa que qué íbamos a hacer nosotros en la nueva casa —o más bien, qué iba a hacer ella —. Mi papel estaba claro. Yo era un mirón.

Teresa dijo que iba a participar en todos los movimientos locales.

—¿Cuáles son?

Teresa contestó que, según creía, los de política y jardinería. Existían, además, una serie de Institutos de Mujeres y una institución dedicada a la noble causa de dar a los soldados la bienvenida al lugar.

—Pero principalmente me interesaré por la política —dijo—. Después de todo, tendremos las elecciones generales encima en cualquier momento.

—¿Alguna vez sentiste interés por la política, Teresa? —pregunté.

—No, Hugh, no lo he sentido. Siempre la tuve por algo innecesario. Me limité a votar al candidato que me parecía menos perjudicial.

—¡Una admirable política! —murmuré.

Pero Teresa dijo que ahora iba a hacer todo lo posible por tomarse la política en serio. Naturalmente tendría que ser conservadora. Nadie que fuese propietario de Polnorth House podría ser otra cosa. La última señora, Amy Tregellis, se levantaría de su tumba si su sobrina, a quien había legado sus tesoros, votaba a los laboristas.

—¿Y si crees que el partido laborista es el mejor?

—No lo creo —contestó Teresa—. No creo que haya nada que haga preferible elegir a uno o a otro.

—Nada podría ser más razonable que esa contestación —dije.

Cuando hacía quince días que nos habíamos establecido en Polnorth House, vino a visitarnos *lady* St. Loo.

Apareció con su hermana *lady* Tressilian, su cuñada la señora Bigham Charteris y su nieta Isabella.

Una vez que se hubieron marchado, le dije a Teresa con voz cargada de fascinación que aquellas mujeres no podían ser reales.

Como veis, eran lo que se esperaba que saliera del castillo de St. Loo. También podían ser protagonistas de una historia de hadas: Las tres hechiceras y la mansión encantada.

Adelaida St. Loo era la viuda del séptimo barón. Su marido había muerto en la guerra de los bóers. Sus dos hijos habían caído en la de
1914-1918
. No dejaron hijos, pero el más joven de los dos tenía una hija, Isabella, cuya madre había muerto al darla a luz. El título pasó a un primo, por entonces residente en Nueva Zelanda. El noveno lord St. Loo había arrendado con mucho gusto el castillo a la vieja viuda. A Isabella la llevaron allí, vigilada de cerca por sus guardianas, su abuela y sus dos tías abuelas. La hermana viuda de *lady* St. Loo, *lady* Tressilian y su cuñada viuda, la señora Bigham Charteris, se fueron a vivir con ella. Compartían los gastos y así había sido posible que Isabella se trasladara a lo que las ancianas señoras consideraban su hogar. Todas andaban sobre los setenta y parecían tres urracas negras. *Lady* St. Loo tenía la cara grande y huesuda, la nariz aguileña y la frente despejada. *Lady* Tressilian era regordeta, de cara ancha y redonda, con unos pequeños ojos saltones. La señora Bigham Charteris estaba encorvada y artrítica. Su apariencia producía un efecto de época eduardiana, como si el tiempo se hubiera detenido allí para las tres. Lucían joyas, más bien ennegrecidas pero indudablemente auténticas, colocadas en los lugares más insólitos. De todos modos no llevaban muchas y casi todas tenían forma de media luna, de herradura o de estrella. Así eran las tres ancianas señoras del castillo de St. Loo. Con ellas vino Isabella, un ejemplar propio de una casa encantada. Era alta y delgada, de cara alargada y fina, y frente muy despejada. La melena, de un rubio ceniciento, le caía sobre los hombros. Parecía una figura sacada de una antigua vidriera descolorida. Realmente no se podría decir que fuera linda, ni tampoco atractiva, pero, a su alrededor, flotaba algo que se podía considerar como belleza —aunque solo fuese la belleza de un tiempo ya pasado—. Sin

embargo, no respondía definitivamente a la idea moderna de belleza. En ella no había animación, ni calor de colorido, ni irregularidad de facciones. Su belleza era la severa belleza de una buena estructura, de una buena formación ósea. Parecía medieval, severa y austera. Pero su cara tenía personalidad. Lo que podría describirse como nobleza.

Después de decirle a Teresa que las ancianas no eran reales, añadí que la muchacha tampoco lo era.

—¿La princesa aprisionada en el castillo ruinoso? —sugirió Teresa.

—Exactamente. Tenía que haber llegado aquí en un corcel blanco como la leche y no en un viejísimo Daimler. —Y añadí con curiosidad—: Me gustaría saber lo que piensa.

Porque Isabella apenas había hablado durante la visita oficial. Se había sentado muy envarada, con una sonrisa dulce y más bien lejana. Había respondido con amabilidad cuando las insinuaciones de la conversación habían recaído sobre ella, pero no había tenido necesidad de hablar mucho para sostener la conversación, puesto que su abuela y sus tías habían monopolizado la mayor parte de la charla. Me preguntaba si le habría aburrido la visita o si, por el contrario, le habría interesado la novedad de los que acababan de instalarse en St. Loo. Me imaginaba que su vida debería de ser muy insípida.

Pregunté con curiosidad:

—¿No la han llamado para nada durante la guerra? ¿Se quedó en su casa todo el tiempo?

—Sólo tiene diecinueve años. Ha estado trabajando aquí para la Cruz Roja desde que abandonó la escuela.

—¿Escuela? —Me quedé perplejo—. ¿Quieres decir que ha estado en una escuela? ¿En un internado?

—Sí. En St. Ninian.

Todavía me quedé más sorprendido. Porque St. Ninian es una escuela cara y moderna, no coeducacional ni desequilibrada en ningún sentido, pero sí un establecimiento orgulloso de sus puntos de vista modernos. No recuerda en absoluto a las escuelas a la antigua usanza.

—¿Lo encuentras sorprendente? —preguntó Teresa.

—Sí, y tú lo sabes —contesté lentamente—. Esa muchacha da la

impresión de que nunca ha salido de su casa, de que siempre se ha movido en un ambiente trasnochado y medieval, sin ningún punto de contacto con el
siglo XX
.

Teresa movió la cabeza pensativamente:

—Sí —dijo—. Sé lo que quieres decir.

Entonces mi hermano Robert metió baza:

—Lo que demuestra que solo el ambiente del hogar es lo que cuenta. Y la disposición hereditaria.

—Todavía me pregunto —insistí curiosamente— qué piensa ella sobre…

—Quizá no piense… —respondió Teresa.

Me reí de la sugerencia de Teresa. Pero en el interior de mi mente todavía me sentía intrigado por aquella curiosa y misteriosa muchacha.

Por aquel tiempo lo estaba pasando mal a causa de una morbosa autoconciencia de mi propia condición. Siempre había sido una persona saludable y atlética. Siempre me habían disgustado cosas como la enfermedad o la deformidad e incluso el hecho de que me llamaran la atención. Había sido capaz de sentir lástima, sí, pero de la lástima siempre había sentido una cobarde repulsión.

Y ahora era un objeto que inspiraba lástima y repulsión. Un inválido, un tullido, un hombre postrado en una silla de ruedas con los miembros retorcidos y con una pequeña manta de viaje encima.

E instintivamente aguardaba, estremecido, toda reacción sobre mi estado. Las miradas de amable conmiseración me resultaban horribles. Pero no menos horrible era la evidente discreción con que se las ingeniaban para pretender que yo era un ser completamente normal y que el visitante no había advertido nada extraño. Y a pesar del tenaz deseo de Teresa, me habría encerrado en mí mismo y no habría visto a nadie en absoluto. Pero Teresa, cuando toma una determinación, no es fácil de repeler. Estaba decidida a que yo no me convirtiera en un recluso. Se las arreglaba, sin la ayuda de la palabra hablada, para sugerir que encerrarme en mí mismo era como hacer un misterio sobre mí, crear una forma de autonotificación. Yo sabía lo que estaba haciendo y por qué lo hacía, pero aun así respondía. Espantosamente me armé de valor

para demostrarle que podía resistirlo, ¡lo que fuera! Simpatía, tacto, extrema amabilidad, evitar conscientemente cualquier alusión a accidentes o enfermedades y la pretensión de que yo era como cualquier otro hombre… Encaraba todo con un semblante impasible.

No me pareció demasiado fastidiosa la reacción de las ancianas señoras sobre mi estado. *Lady* St. Loo había adoptado la línea de evitar cualquier alusión al respecto. *Lady* Tressilian, del tipo maternal, no había podido por menos que emanar compasión maternal. Había insistido en hablar de los más recientes libros. Me preguntó si por casualidad había hecho alguna crítica. Y la señora Bigham Charteris, de tipo más rudo, dio a entender su situación de enterada porque, cuando hablaba de los deportes más activos, ejercía un severo control sobre sí misma. (¡Pobre demonio, no poder charlar de cacerías y de sabuesos!).

Solamente la muchacha, Isabella, me sorprendió por su forma natural de comportarse. Parecía no sentir la tentación de mirarme a hurtadillas. Me dio la sensación de que su mente me registraba junto con los demás ocupantes de la habitación y con el mobiliario. «Un hombre de unos treinta años, tullido…». Un elemento más en un catálogo, un catálogo de cosas que no tenían que ver con ella.

Cuando acabó conmigo, sus ojos se posaron en el gran piano y luego en el caballo de la dinastía Tang de Robert y Teresa, que se sostenía airosamente sobre una mesa. El caballo Tang parecía despertar cierto interés en ella. Me preguntó qué era y le contesté.

—¿Le gusta? —le pregunté.

Lo pensó muy cuidadosamente antes de responder. Luego dijo:

—Sí.

Y dio a su monosílabo un gran énfasis, como si se tratara de algo muy importante. Me pregunté si no sería una deficiente mental.

Luego quise saber si le gustaban los caballos.

Me contestó que era la primera vez que veía uno.

—No —le aclaré—. Me refiero a los caballos de verdad, no a las porcelanas.

—¡Oh, comprendo! Sí. Pero no me puedo permitir el lujo de ir de caza.

—¿Le gustaría cazar?

—No particularmente. Ésta no es una comarca muy apropiada.

Le pregunté a continuación si había navegado alguna vez y me dijo que sí. Después, *lady* Tressilian comenzó a hablarme de libros, e Isabella retornó a su silencio. Tenía, lo advertí entonces, un arte altamente desarrollado; el arte del reposo. No fumaba, no cruzaba las piernas ni las movía, no jugaba con sus manos ni se arreglaba el pelo. Estaba sentada, completamente inmóvil y rígida, en el gran sillón del abuelo, con sus largas y estrechas manos sobre el regazo. Permanecía tan inmóvil como el caballo Tang. Él en su mesa y ella en su silla.

Pensé que ambos tenían la misma cualidad —altamente decorativa y estática— perteneciente a un tiempo pasado.

Me reí cuando Teresa sugirió que la muchacha no pensaba, pero más tarde se me ocurrió que podía ser verdad. Los animales no piensan: sus mentes están relajadas, pasivas, hasta que ocurre una emergencia que tienen que resolver. Pensar (en el sentido especulativo del término) es en realidad un proceso muy artificial que nos hemos enseñado a nosotros mismos con alguna dificultad. Reflexionamos sobre lo que hicimos ayer, debatimos lo que vamos a hacer hoy y lo que ocurrirá mañana. Pero el ayer, el hoy y el mañana existen independientemente de nuestra especulación. Han sucedido y van a suceder sin que importe lo que nosotros hagamos sobre la cuestión.

Los pronósticos de Teresa sobre nuestra vida en St. Loo fueron singularmente agudos. Casi enseguida nos metimos hasta el cuello en política. Polnorth House era grande y encantadora. La señorita Amy Tregellis, cuya renta había disminuido por los impuestos, había levantado un tabique en una de las alas, aislándola del resto de la casa y dotándola de una cocina independiente. Originariamente había sido construida para evacuados de las áreas bombardeadas. Pero los evacuados, llegados de Londres a mediados de invierno, no habían podido digerir los horrores de Polnorth House. En el mismo St. Loo, con sus tiendas y sus *bungalows*, quizá hubieran podido soportar la vida, pero a una milla de la ciudad, a lo largo de «aquel sendero sucio y batido por el viento», con una cantidad de barro imposible de imaginar y sin luz, con el constante temor de ver a alguien saltando el seto, las cosas se ponían difíciles. Las verduras de la huerta estaban completamente enfangadas, y la maleza crecía por todas partes. La leche —que venía directamente

de la vaca— casi siempre demasiado caliente, resultaba desagradable al paladar. ¡Y no tenían la menor ocasión de conseguir un bote de leche condensada!

Todo aquello fue demasiado para la señora Price, la señora Hardy y sus acompañantes. Se marcharon en secreto un amanecer, llevándose a sus polluelos de vuelta a los peligros de Londres. Eran buenas mujeres. Dejaron la casa limpia y aseada, además de una nota encima de la mesa:

> Gracias a usted, señorita, por su amabilidad. Sabemos que ha hecho todo lo que ha podido, pero esto del campo es demasiado pesado y los niños tienen que llenarse de barro para ir a la escuela. Pero gracias de todos modos. Esperamos que todo haya quedado en orden.

El oficial de alojamiento no intentó otra experiencia. Fue un hombre sabio. Más adelante, la señorita Tregellis arrendó el ala separada al capitán Carslake, delegado del partido conservador, que también ejercía como encargado del servicio de vigilancia aérea y como oficial del cuerpo de voluntarios para la defensa nacional.

Robert y Teresa estaban perfectamente de acuerdo con que los Carslake continuaran como inquilinos. En realidad, era muy dudoso que hubieran podido protestar o intentar echarlos. Pero ello significó que una gran parte de la actividad preelectoral estuviera centrada en Polnorth House y sus alrededores, así como en las oficinas del Partido Conservador, en la calle principal de St. Loo.

Teresa, como ella misma había previsto, estaba metida en todo. Conducía coches, distribuía panfletos e incluso trató de hacer una pequeña tentativa de encuesta. La reciente historia política de St. Loo estaba sin estudiar. En su calidad de lugar veraniego de moda, alrededor de un puerto pesquero y con actividades agrícolas en toda la región, casi siempre había sido un bastión de los conservadores. Los distritos agrícolas adyacentes eran conservadores como un solo hombre. Pero el carácter de St. Loo había cambiado en los últimos quince años. Se había convertido en un centro de atracción turística durante los veranos, con multitud de apartamentos por todas partes. Contaba con una gran colonia de artistas que vivían en los *bungalows*. Éstos habían proliferado como un sarpullido y se

extendían a lo largo de los acantilados. Las personas que constituían la población actual eran serias, artistas, cultas y, en política, definitivamente rosas, si es que no eran rojas.

En 1943 se habían celebrado unas elecciones parciales, cuando *sir* George Borrodaile se había retirado a los sesenta y nueve años, después de su segundo ataque. Y para horror de los viejos habitantes, y por primera vez en su historia, fue elegido un laborista miembro del Parlamento.

—Dese cuenta —decía el capitán Carslake, balanceándose hacia delante sobre los tobillos, mientras nos hablaba de la historia pasada del pueblo a Teresa y a mí—. No trato de decir que no se lo pidiéramos…

Carslake era un hombre delgado y pequeño, oscuro, que parecía un caballo. Tenía unos ojos ásperos y furtivos. Había llegado a ser capitán en 1916, cuando entró en el Army Service Corps. En asuntos políticos era competente y conocía su trabajo.

Tienen que disculparme y comprender que yo era entonces un novato en política. Nunca había entendido su jerga. Mi relato de la elección en St. Loo es con toda probabilidad completamente inexacto. Guarda con la realidad el mismo tipo de relación que los árboles pintados por Robert con los árboles concretos que le sirven de modelo. Los árboles reales son entidades con tronco, ramas y hojas, bellotas o castañas. Los árboles de Robert son trazos y más trazos de pintura al óleo, aplicados según una cierta medida, y colores salvajes y sorprendentes sobre un área limitada de lienzo. Las dos cosas no son en absoluto iguales. En mi opinión los árboles de Robert no son siquiera reconocibles como árboles. Quizá se parezcan más a un plato de espinacas. Pero constituyen la idea que Robert tiene de los árboles. Mi relato de la actividad política de St. Loo es mi impresión de unas elecciones políticas. Es probable que sea irreconocible para un político. Pero no me importa acertar o no con los términos y el procedimiento adecuado. Para mí las elecciones fueron solo el telón de fondo, trivial y confuso, de donde surgió una figura humana, la figura de John Gabriel.

4

La primera mención a John Gabriel se produjo la noche que Carslake explicaba a Teresa todo lo relacionado con el resultado de las elecciones parciales, por las que Teresa estaba interesada.

Sir James Bradwell, de Torington Park, había sido el candidato conservador. Residía en el distrito, tenía algún dinero y era un *tory* intransigente con principios ortodoxos. Era un hombre de carácter severo. Como *sir* George Borrodaile, ya retirado, éste también tenía sesenta y dos años cuando se presentó a la candidatura. Carecía de fogosidad intelectual y de reacciones rápidas. No tenía dotes de orador brillante y se veía en grandes apuros cuando se le interrumpía en un discurso.

—Despreciable sobre un estrado —dijo Carslake—. Totalmente despreciable. «Hum, desde luego, hum», sin expresiones así no podía seguir hablando. Naturalmente escribíamos sus discursos y teníamos un buen locutor en las reuniones importantes. Todo habría marchado bien diez años antes. Era un tipo de la localidad, honesto y bueno, recto como la misma muerte y un caballero… Pero hoy en día todos piden más que eso.

—¿Desean un tipo con un buen cerebro? —sugerí.

Carslake no parecía tener mucha fe en los buenos cerebros.

—Lo que desean es un tipo moldeable, adulador, que conozca todas las respuestas y que pueda desplegar una amplia sonrisa. Y por supuesto, alguien que prometa el mundo entero. Un tipo del viejo estilo, como Bradwell, es demasiado consciente para decir determinado tipo de cosas. Es incapaz de asegurar que todo el mundo tendrá casas, que la guerra terminará mañana y que todas las mujeres conseguirán agua caliente y una lavadora…

Carslake pareció meditar.

El movimiento pendular comenzó y nuestro vecino nos siguió informando:

—Hay que reconocer que hemos estado en el poder demasiado tiempo. Se acercaba el cambio. El otro tipo, el laborista Wilbraham, era un fulano competente, muy activo, antiguo maestro de escuela, que figuraba en el registro de mutilados del ejército. No hacía más que hablar sobre lo que se haría al regreso de los hombres y cargaba las tintas, como era habitual en él, en el tema de la nacionalización y los esquemas sanitarios. Lo que quiero decir es que supo poner el dedo en la llaga. Triunfó con una mayoría de más de dos mil votos. La primera vez que ocurría algo semejante en St. Loo. Les puedo asegurar que causó una verdadera conmoción. Nos hemos comprometido a hacerlo mejor esta vez. Nos hemos comprometido a derribar a Wilbraham.

—¿Es popular?

—Así, así… No se gasta mucho dinero en la comarca, pero es muy consciente y sabe comportarse agradablemente. Será muy difícil deshacerse de él. Estamos decididos a ponernos el país por montera.

—¿Cree usted que los laboristas no conseguirán el triunfo?

Carslake nos confesó que antes de las elecciones de 1945 nadie creía en esa posibilidad. Los laboristas no tenían nada que hacer, la comarca se agrupaba en torno a Churchill.

—Sin embargo, no tendremos la misma mayoría en todo el país. Depende, desde luego, de cómo funcione la campaña liberal. Unidos usted y yo, señora Norreys, no me sorprendería que se produjera un gran incremento de votos liberales.

Miré de reojo a Teresa. Intentaba hacerse la entendida en política.

Teresa murmuró:

—Me temo que no soy una experta en política.

Carslake contestó con jovialidad:

—Todos tendremos que trabajar duro…

Me miró con gesto calculador. Inmediatamente me ofrecí para poner direcciones en los sobres.

—Todavía puedo utilizar las manos —afirmé.

Pareció inquietarse y volvió a balancearse sobre los talones.

—¡Espléndido! —dijo—. ¡Espléndido! ¿Dónde le ocurrió eso? ¿En el norte de África?

Le dije que me había ocurrido en la carretera de Harrow. Eso

acabó con él. Era tanta su intranquilidad que parecía estar atrapado.

Fingiendo que la cosa no le importaba nada, se dirigió a Teresa:

—¿Su marido nos ayudará también?

Teresa negó con la cabeza.

—Me temo que es comunista… —dijo.

Si hubiera dicho que Robert era una cobra negra, Carslake no se hubiera estremecido más. Estaba seriamente impresionado.

—Usted comprenderá… —dijo Teresa en tono explicativo—, es un artista.

Carslake se tranquilizó un poco con la explicación. Artistas, escritores, ¡ese tipo de gente…!

—Comprendo —dijo con mentalidad liberal—. Comprendo perfectamente.

Más tarde Teresa me aclaró:

—De ese modo dejo a Robert al margen…

Le dije que era una mujer sin escrúpulos.

Cuando Robert llegó, Teresa le informó de su militancia política.

—¡Pero yo nunca he sido miembro del partido comunista! —protestó—. Es decir, me gustan sus ideas. Pienso que su ideología es razonable.

—Exactamente —dijo Teresa—. Eso es lo que le dije a Carslake. Y de vez en cuando dejaremos un libro de Marx encima del brazo de tu sillón y así estarás a salvo de cualquier pregunta.

—Todo eso está muy bien, Teresa —dijo Robert dubitativo—. Pero suponte que me agarran los del otro bando.

Teresa le tranquilizó.

—No lo harán. Desde mi punto de vista, el partido laborista está más disgustado con los comunistas que los mismos *tories*.

—Me pregunto —dije yo—, cómo será nuestro candidato.

Porque Carslake se había mostrado un poco evasivo al respecto.

Teresa le había preguntado si *sir* James iba a disputar de nuevo el escaño y Carslake había negado con la cabeza.

—No. Esta vez no. Hemos decidido presentar una dura batalla —había contestado—. No sé cómo se moverá, no estoy seguro. No es un hombre de esta localidad…

—¿Quién es?

—El mayor Gabriel. Tiene la Cruz de la Victoria.

—¿La obtuvo en esta guerra o en la anterior?

—¡Oh, en ésta! Es un tipo muy joven. Tiene treinta y cuatro años. Un historial de guerra excepcional. Recibió la Cruz de la Victoria por su «serenidad desacostumbrada, heroísmo y devoción hacia el deber». Estuvo al mando de una posición de artillería que sufrió el asedio constante del enemigo en la batalla de Salerno. Todos sus hombres habían muerto menos uno y, aunque estaba herido, defendió la posición hasta que se le acabaron las municiones. Después se retiró a la posición principal, se deshizo de varios enemigos con granadas de mano y arrastró con serenidad al único de sus hombres, que estaba herido, hasta zona segura. Un buen espectáculo, ¿no les parece? Desgraciadamente no tiene buena apariencia. Es un tipo pequeño, insignificante…

—¿Cómo soportará la prueba de la tribuna política? —pregunté.

La cara de Carslake se alegró.

—¡Oh, se mueve muy bien allí! Positivamente astuto, si sabe lo que quiero decir. Es rápido como la luz, y además tiene una sonrisa amplia y agradable. Todas esas cosas, compréndalo, constituyen un material bastante barato.

Por un momento la cara de Carslake mostró un desagrado instintivo. Me di cuenta de que era un verdadero conservador que prefería el más soberano aburrimiento a una diversión de meretrices.

Se quedó un rato callado, como pensando; por fin dijo lentamente:

—Pero tiene fama de bueno. ¡Sí! Tiene fama de bueno… Aunque, desde luego, carece de telón de fondo.

—¿Se refiere a que no nació en Cornualles? —pregunté—. ¿De dónde viene?

—A decir verdad no tengo ni idea… No viene de ningún sitio concreto, si sabe lo que quiero decir… Mantendremos en la oscuridad todo lo referente a ese tema. Trabajaremos la cuestión de la guerra, su impresionante servicio y todas esas cosas. Puede servir para el hombre de la calle, el inglés corriente. Desde luego no responde a nuestro tipo usual… Y me temo que la señora St. Loo no lo aprobará realmente.

Teresa preguntó con delicadeza si importaba demasiado que *lady* St. Loo no lo aprobara. Por su contestación resultaba evidente que

sí. *Lady* St. Loo era la cabeza visible de la Asociación de Mujeres Conservadoras y dicha asociación era muy poderosa en St. Loo. Se metían en todo, manejaban toda clase de asuntos y sacaban a relucir todos los temas. Según Carslake, tenían una gran influencia en el voto de las mujeres. Y aseguró que el voto de las mujeres resultaba vital.

Al decir esto último, pareció alegrarse un poco.

—Ésa es una de las razones por la que me siento optimista respecto a John Gabriel —dijo—. Le va bien con las mujeres.

—Pero no con *lady* St. Loo…

—*Lady* St. Loo se está portando maravillosamente —aseguró Carslake—. Reconoce que pertenece al viejo estilo. Pero apoya de todo corazón lo que el partido considera necesario.

Antes de marcharse, Carslake había dicho con tristeza:

—Después de todo, los tiempos ya no son los mismos. Teníamos la costumbre de meter en política a caballeros. Pero ya quedan muy pocos. Deseaba que este tipo fuese también un caballero, pero no lo es y hay que rendirse ante la evidencia. Si no se puede contar con un caballero, supongo que lo más aconsejable es un héroe.

Cuando Carslake desapareció, comenté con Teresa que sus últimas palabras eran prácticamente un epigrama.

—¿Cómo supones que es? ¿Terriblemente gallardo?

—No. Me imagino que se trata de un tipo agradable…

—¿Lo dices por su Cruz de la Victoria?

—¡En absoluto! ¡Por Dios! Esas cruces se pueden obtener solo con ser simplemente temerario e incluso por ser estúpido. Como sabes, siempre se aseguró que el viejo Freddy Elton consiguió ese honor por ser demasiado estúpido para saber cuándo había que retirarse de una posición avanzada. Así, llamaron dar la cara a una insuperable casualidad. En realidad el viejo no tenía la menor idea de que los demás se habían ido.

—No seas ridículo, Hugh. ¿Por qué crees que ese tal John Gabriel tiene que ser agradable?

—Pues porque no le gusta a Carslake. El único tipo que le podría gustar a Carslake sería un fulano tremendamente pretencioso.

—Lo que equivale a decir que no te gusta el pobre capitán Carslake.

—Nada de pobre. Carslake se acomoda tan bien a su trabajo

como una pulga a un perrillo de lanas. ¡Y vaya un trabajo!

—¿Es mejor que cualquier otro? Es un trabajo sumamente duro…

—Sí, eso es verdad. Pero si empleas toda tu vida calculando qué efecto tendrá esto sobre aquello, terminarás no sabiendo lo que «esto» y «aquello» son en realidad.

—¿Te refieres a un divorcio de la realidad?

—Sí. Y a fin de cuentas, ¿no es a eso a lo que llegan todos los políticos? Siempre preocupados por lo que la gente puede llegar a creer, por lo que puede aguantar y por lo que se les puede inducir a que crean. Nunca piensan en el hecho en sí.

—¡Ah, qué bien hice en no tomarme la política en serio!

—Tú siempre tienes razón, Teresa. —Y le tiré un beso con la mano.

No conseguí ver al candidato conservador hasta el gran mitin de Drill Hall.

Teresa me había conseguido un coche de inválido muy moderno. Podía salir con él a la terraza y tenderme allí en un lugar soleado y resguardado. De vez en cuando me llevaban hasta St. Loo. El mitin de Drill Hall se celebró una tarde y Teresa se empeñó en que yo fuera. Según me aseguró, me divertiría. Le repliqué que tenía una curiosa idea de la diversión.

—Ya verás —dijo Teresa—, te entretendrá enormemente ver a la gente hablarse con tanta seriedad. —Y continuó—: Además llevaré puesto mi sombrero.

Teresa, que nunca llevaba sombrero, como no fuera para asistir a una boda, había hecho una expedición a Londres y había regresado con ese tipo de tocado que convenía a una mujer conservadora.

—¿Cómo es el sombrero que conviene a una mujer conservadora? —traté de informarme.

Teresa me contestó con todo detalle.

Debía ser un sombrero de buen material, ni demasiado coqueto ni demasiado moderno. Tenía que adaptarse bien a la cabeza y tener buena apariencia.

Se lo puso, y Robert y yo aplaudimos. Realmente era como Teresa lo había descrito.

—Te sienta endemoniadamente bien, Teresa —dijo Robert—. Te

hace parecer seria, como si tuvieses un propósito bien definido en la vida.

Comprenderéis que el ver a Teresa sentada en la plataforma con su sombrero me arrastró irresistiblemente al Drill Hall aquella tarde de verano tan maravillosa.

El Drill Hall estaba lleno de gente mayor, de aspecto próspero. Todo el mundo por debajo de los cuarenta años, se encontraba disfrutando de las delicias del mar, lo cual me parecía muy sabio. Cuando mi coche de inválido fue empujado por un *boy scout* hasta una posición privilegiada, protegida por la pared, y al lado de los asientos de primera fila, me puse a especular sobre la utilidad de tales mítines. Todos los que se encontraban en aquel salón estaban seguros de votar por nuestra causa. Nuestros oponentes, en aquel momento, estaban realizando un mitin en la escuela de chicas. Con toda probabilidad gozarían también de una reunión atiborrada de firmes defensores de su causa. Así pues, ¿cómo se dejaba influenciar la opinión pública? ¿Mediante la radio? ¿Con mítines al aire libre?

Mis especulaciones fueron interrumpidas por el paso desordenado de un pequeño grupo de gente que subió a la tarima, donde hasta aquel momento no había más que sillas, una mesa y un vaso de agua.

Hablaron, gesticularon y por fin se sentaron en los sitios convenidos. Teresa, con su sombrero, fue relegada a la segunda fila, entre las personalidades menores. El presidente, varios caballeros viejos y ruinosos y el representante del cuartel general del partido, así como *lady* St. Loo, dos mujeres más y el candidato, se sentaron en la fila de delante.

El presidente comenzó a hablar con voz suave, casi dulce. Sus referencias a lugares comunes resultaban prácticamente inaudibles. Era un general muy viejo, que se había distinguido en la guerra de los bóers. En mi interior me puse a dudar si no habría sido en la de Crimea. De todas formas, tenía que haber sucedido hacía muchísimo tiempo. El mundo del que estaba hablando ya no existía.

La tenue y dulce voz se detuvo. Se produjo un aplauso espontáneo y entusiasta —el aplauso que siempre se dedica en Inglaterra al amigo que ha aguantado impasible la prueba del tiempo—. En St. Loo todo el mundo conocía al general S. Se decía de él que era un buen anciano, un viejo de la antigua escuela.

Con sus últimas palabras, el general S. presentó a un miembro de la nueva escuela, el candidato conservador, mayor Gabriel, poseedor de la Cruz de la Victoria.

Fue entonces cuando con un suspiro profundo y borrascoso *lady* Tressilian, a quien descubrí de repente sentada en el extremo de una fila junto a mí —sospecho que fue su instinto maternal el que la colocó allí—, me susurró con mordacidad:

—¡Qué lástima que tenga unas piernas tan vulgares!

Supe inmediatamente a lo que se refería. Aunque si me pidiesen que definiera qué es o qué no es una pierna vulgar no podría contestar, aun estando en juego mi vida. Gabriel no era un hombre alto. Tenía, a mi entender, unas piernas normales para su estatura. No eran ni excesivamente largas ni excesivamente cortas. Llevaba un traje de buen corte. Sin embargo, e indudablemente, aquellas piernas cubiertas por sus pantalones no eran las piernas de un caballero. ¿Es quizá en la estructura y conformación de los miembros inferiores donde reside la esencia de la elegancia? Buena pregunta para los cerebros electrónicos.

La cara de Gabriel no decía nada bueno para él. Era un rostro feo, aunque interesante, con unos ojos bellos y notables. Sus piernas le traicionaban en cada momento. Se levantó. Esbozó una sonrisa convencional. Abrió la boca y rompió a hablar con una voz ligeramente chabacana.

Habló durante veinte minutos y lo hizo bien. No me pregunten lo que dijo. Sin rodeos, puedo decir que oímos las cosas usuales y que las dijo más o menos de la forma acostumbrada. Pero fue más allá. Aquel hombre tenía algo dinámico. Te hacía olvidar su apariencia, su voz desagradable y su feo acento. Se percibía una grata impresión de seriedad, de un propósito meditadísimo. Uno quedaba convencido de que aquel tipo se había comprometido a hacer todo lo posible. Sinceridad, eso era. Emanaba sinceridad. Te dabas cuenta de que estaba interesado. Sí, interesado en el problema de las jóvenes parejas que no encontraban vivienda. Interesado en la situación de los soldados que habían pasado muchos años en ultramar y que volvían al hogar. Interesado en la cuestión de la seguridad industrial, en la lucha contra el desempleo… Le interesaba desesperadamente ver a su país en la prosperidad. Porque esa prosperidad significaría la felicidad y el

bienestar de todos los pequeños componentes del mismo país. De vez en cuando, repentinamente, dejaba escapar un destello de burla, una pequeña broma rápidamente interpretada como signo de buen humor. Eran bromas muy fáciles, bromas que se habían hecho antes infinidad de veces. Se escuchaban con comodidad porque resultaban muy familiares. Pero no era el humor lo que realmente contaba, sino su seriedad. Cuando la guerra hubiera acabado, cuando Japón estuviera fuera de combate, llegaría la paz. Y entonces se haría vital defender todas las cosas. Y él, si ellos le apoyaban, quería bajar hacia las cosas…

Eso fue todo. Y fue, me di cuenta perfectamente, un récord personal. No me refiero a que ignorara las instrucciones del partido, de ningún modo. Dijo todo lo correcto. Habló del jefe con la debida admiración y entusiasmo, mencionando al Imperio. Fue muy correcto. Pero pedía que diéramos nuestro apoyo, no tanto al candidato del partido conservador como al mayor John Gabriel, que iba a conseguir que se cumplieran todos los propósitos y que estaba profundamente interesado en que se hicieran realidad.

A la audiencia le gustó. Naturalmente, habían venido predispuestos a su favor. Todos, hombres y mujeres, eran *tories* y John Gabriel era su candidato. Pero me dio la impresión de que había gustado más de lo previsto. El auditorio parecía incluso estar como más despierto. Y me dije a mí mismo, disfrutando un poco con la idea: «Desde luego, este hombre es una dinamo».

Después del aplauso, que fue verdaderamente entusiasta, se presentó al portavoz del cuartel general. Era excelente. Dijo todas las cosas adecuadas. Hizo todas las pausas convenientes y provocó las risas necesarias en los momentos precisos. Debo confesar que le seguí con atención.

El mitin concluyó con las formalidades usuales.

Cuando todo el mundo se levantó y comenzó a salir, *lady* Tressilian vino y se me plantó delante. Yo estaba en lo cierto. Se consideraba un ángel guardián. Dijo con su voz delicada y más bien asmática:

—¿Qué opina usted? ¿Me dirá su opinión?

—Es bueno —dije—. Decididamente es bueno.

—Me alegra que piense así. —Suspiró con alivio.

Me pregunté por qué mi opinión le interesaría. Fue ella misma

quien me iluminó parcialmente cuando me dijo:

—¿Sabe usted? No soy tan lista como Addie o como Maud. En realidad nunca hice estudios políticos y estoy pasada de moda. No me gusta la idea de que se pague a los parlamentarios. No me acostumbro a ello. Lo que debería importar es servir al país, no ser recompensado.

—No siempre se puede uno permitir el lujo de servir a su país, *lady* Tressilian —señalé.

—No, ya lo sé. Sobre todo en estos tiempos. Pero me da pena. Nuestros legisladores debieran ser elegidos de la clase que no necesitara trabajar para vivir, la única clase que realmente puede ser indiferente a las ganancias.

Me pregunté si debía decirle: «Mi querida señora, baje usted de las nubes».

Pero resultaba interesante encontrarse con un reducto en Inglaterra, donde todavía sobrevivían las viejas ideas. La clase dirigente, la clase gubernamental, la clase alta. Todas esas clases odiosas. Pero seamos honestos, ¿todavía queda algo de eso?

Lady Tressilian siguió hablando:

—Mi padre estuvo en el Parlamento. Fue parlamentario por Garavissey durante treinta años. Lo consideraba una gran carga para su tiempo y muy fastidioso. Pero pensaba que era su obligación.

Mis ojos se posaron en la tarima de la presidencia. El mayor Gabriel estaba hablando con *lady* St. Loo. Sus piernas, definitivamente, se movían con poca naturalidad. ¿Pensaba el mayor Gabriel que ir al Parlamento era su deber? Realmente lo dudaba mucho.

—Me dio la impresión de que parecía muy sincero; ¿verdad? —me dijo *lady* Tressilian siguiendo la dirección de mi mirada.

—Eso fue lo que más me impresionó.

—¡Y habló tan bellamente de nuestro querido *mister* Churchill! Pienso que no hay duda de que todo el país está al lado de *mister* Churchill. ¿No está usted de acuerdo?

Yo estaba de acuerdo. O mejor dicho, pensaba que los conservadores volverían a ocupar el poder con una pequeña mayoría.

Teresa se reunió conmigo y a continuación apareció mi *boy scout*

preparado para empujar mi carrito.

—¿Estás contenta? —pregunté a Teresa.

—Sí, lo estoy.

—¿Qué opinas de nuestro candidato?

No me respondió hasta que estuvimos fuera del salón. Una vez en la calle, me dijo:

—No sé qué decirte.

5

Conocí al candidato un par de días después, cuando vino a entrevistarse con Carslake. Éste lo trajo a nuestra casa para tomar una copa.

Surgió un asunto relacionado con el trabajo de oficina realizado por Teresa, y mi cuñada salió de la habitación con nuestro vecino para aclarar la cuestión.

Me excusé con Gabriel por no poder levantarme. Le indiqué dónde estaban las bebidas y le dije que se sirviera. Como pude observar, se sirvió una buena cantidad.

Me trajo mi copa al mismo tiempo que me preguntaba:

—¿La guerra, por casualidad?

—No —contesté—. Harrow Road.

Ésta era la respuesta que daba siempre. Había llegado a conseguir divertirme con las variadas reacciones que provocaba. A Gabriel le hizo mucha gracia.

—Es una lástima que diga eso —comentó—. Ahí tiene usted una auténtica mina.

—¿Espera que me invente una historia heroica?

Me dijo que no había necesidad de inventar nada.

—Solo tendrá que decir: «Estuve en el norte de África». O en Birmania. O dondequiera que usted estuviera en realidad. ¿Ha estado usted en ultramar?

Respondí afirmativamente.

—En El Alamein y toda esa zona.

—¿Así que estuvo por allá? Mencione entonces El Alamein. Eso es suficiente. Nadie le preguntará por los detalles, los darán por sabidos.

—¿Vale la pena hacerlo?

Se quedó pensando un momento.

—Bueno, será útil con las mujeres. Les encantan los héroes

heridos.

—Ya lo sé —le dije con amargura.

Asintió con una comprensión inmediata.

—Sí. En ocasiones le será muy útil. Hay muchas mujeres por aquí. Algunas con gran instinto maternal. —Cogió su vaso vacío—. ¿Le importa si me sirvo otra copa?

Le rogué que lo hiciera.

—Voy a cenar al castillo —explicó—. ¡Esa vieja zorra me da un pánico cerval!

Podríamos haber sido los amigos más íntimos de *lady* St. Loo, pero supongo que sabía perfectamente que no lo éramos. John Gabriel rara vez cometía errores.

—¿Se refiere a *lady* St. Loo? ¿O a todas ellas en general?

—Me trae sin cuidado la gorda. Es ese tipo de mujer a la que puedes manejar como quieras, y la señora Bigham Charteris es prácticamente un caballo. Lo único que tienes que hacer con ella es relinchar. Pero esa St. Loo pertenece al tipo de mujer que puede ver a través de ti; el otro lado. ¡Con ella hay que andarse con cuidado!

Yo le miré lleno de curiosidad. Y al mismo tiempo sorprendido. Sin embargo debió de notar en mí comprensión, porque siguió explayándose.

—Con ella no valen las bromas —añadió pensativo—. Compréndame, cuando se choca con una aristócrata de verdad, se queda uno encadenado. No puedes hacer nada.

—No estoy seguro de haberle comprendido —dije.

Sonrió.

—Bien. En cierto modo estoy en el bando equivocado.

—¿Quiere decir usted que, en realidad, no es un *tory* en política?

—No, no. Lo que quiero decir es que yo no soy de su clase. Lo que a ellos les gusta. No pueden evitar que se les note, es la unión de la vieja escuela. Naturalmente, hoy en día no pueden ser demasiado exigentes, y se ven obligados a cargar con tipos como yo —añadió en tono vacilante—. Mi padre era fontanero. Y ni siquiera un buen fontanero.

Me miró y frunció el entrecejo. Le sonreí. En aquel momento sucumbí a su encanto.

—Sí —continuó—. El partido laborista es el que me corresponde.

—Pero ¿no tiene fe en su programa? —me atreví a sugerir.

Contestó con soltura:

—¡Oh, no tengo creencias! Conmigo se trata de efectividad. Necesito un trabajo. La guerra es buena mientras dura, pero las golosinas se acaban pronto. Siempre pensé que podría hacerme un nombre con la política. Verá como lo consigo.

—¿Así que por eso es usted un *tory*? ¿Prefiere estar en el partido que llegar al poder?

—¡Por Dios! —exclamó—. No creerá que los *tories* van a llegar al poder, ¿verdad?

Confesé que ciertamente lo creía así. Con una pequeña mayoría.

—De ningún modo —dijo—. Los laboristas van a meterse al país en el bolsillo. Su mayoría será aplastante.

—Pero… entonces, si usted piensa así…

Me callé.

—¿Por qué no quiero estar en el bando que va a ganar? —sonrió —. Mi querido amigo, justamente por eso no soy laborista. No quiero hundirme en la multitud. La oposición es el sitio que me conviene. ¿Qué significa hoy el partido *tory* en resumidas cuentas? Siendo caritativo con él, no es más que una gran multitud de cabezas embotadas de caballeros ineficaces, combinada con inexpertos hombres de negocios. No tienen esperanza. En realidad tampoco poseen una política determinada. Y todos andan por los sesenta y los setenta años. Cualquiera que tenga la mínima habilidad les sacará una milla de ventaja. Esté pendiente. ¡Me dispararé como un cohete!

—Si consigue introducirse —dije.

—¡Oh, me introduciré perfectamente!

Le miré con curiosidad.

—¿Realmente lo cree así?

Volvió a sonreír.

—Si no me convierto en un tonto. Tengo mis zonas débiles — Apuró lo que le quedaba de la bebida—. Sobre todo las mujeres. Debo mantenerme alejado de las mujeres. Aquí no será muy difícil. Aunque en el pueblo, en el *pub* St. Loo Arms hay unas cuantas bastante agradables. ¿No se ha dado usted cuenta al pasear por la ciudad? Lo siento, desde luego que no. —Sus ojos repararon en mi estado de inmovilidad. No tuvo más remedio que añadir con un

acento que parecía de verdadero sentimiento—: Tremenda imposibilidad.

Fue la primera vez que no despertó en mí ningún resentimiento. Había surgido con la mayor naturalidad.

—Dígame —le pregunté—. ¿Habla usted con Carslake con esta sinceridad?

—¿Con ese estúpido? ¡Dios santo! No.

Entonces me pregunté por qué John Gabriel había decidido ser tan franco conmigo la primera tarde que nos tratábamos. La conclusión a la que llegué era que se sentía solo. Estaba llevando a cabo una campaña muy buena, pero no tenía oportunidad de relajarse entre acto y acto. Además sabía, tenía que saberlo, que un inválido y un hombre inmóvil siempre cae al final en el papel de auditor. Yo necesitaba entretenimiento. John Gabriel estaba muy deseoso de proporcionármelo, transportándome al teatro de su vida. Aparte de que era un hombre franco por naturaleza.

Le pregunté con bastante curiosidad cómo se comportaba con él *lady* St. Loo.

—Muy bien —contestó—. Perfectamente. ¡Malditos sean sus ojos! Ésa es su manera de meterse bajo mi piel. No hay nada que se pueda librar de su mirada inquisitiva. Es imposible. Y ella conoce su poder. Esas viejas brujas… Si quieren ser descorteses, lo son hasta tal punto que te cortan la respiración. Y si no quieren ser descorteses, no puedes conseguir que lo sean.

Me sorprendió un poco su vehemencia. No veía qué le podía importar en realidad el que una vieja dama, como *lady* St. Loo, fuera o no descortés con él. Posiblemente a ella le traía sin cuidado. Pertenecía a otra época ya pasada.

Se lo dije así y me lanzó una extraña mirada de soslayo.

—Usted no lo puede comprender —dijo.

—No. Creo que no.

John Gabriel afirmó con lentitud:

—Piensa que soy basura.

—¡Mi querido amigo!

—Esa gente te mira dándotelo a entender. Miran a través de ti. Tú no cuentas. No estás allí. No existes para ellos. Solo eres el chico que vende el periódico o el chico que trae el pescado.

Entonces me di cuenta de que era el pasado de Gabriel lo que

todavía estaba presente. Alguna ligera y casual ofensa que habían infligido hacía mucho tiempo al hijo del fontanero.

Pareció leer mis pensamientos.

—¡Oh, sí! —exclamó—. Siempre la tuve. Tengo conciencia de clase. Odio a esas arrogantes mujeres de la clase alta. Me hacen sentir que nada de lo que haga me pondrá a su nivel. Que en su consideración siempre seré basura. Entiéndame, saben perfectamente lo que en realidad soy.

Me quedé perplejo. Esa repentina floración de un fondo de resentimientos era completamente inesperada. Reflejaba odio. Un odio real e implacable. Me pregunté qué incidente concreto del pasado fermentaba y rebullía todavía en el subconsciente de John Gabriel.

—Sé que ya no cuentan —continuó—. Sé que sus días terminaron. Viven por todo el país en casas que se están viniendo abajo, de hipotecas que ya no valen nada. Muchos de ellos no tienen lo suficiente para comer. Viven de las verduras que cultivan en su huerta. Hacen sus propias faenas domésticas, cosa impensable en otra época. Pero todavía tienen algo que me es imposible soportar, que nunca podré soportar: ese condenado sentimiento de superioridad. Soy tan bueno como ellos, en muchos terrenos soy mejor, pero cuando me encuentro en su compañía no lo siento así.

Se interrumpió con una risa repentina. Paseó por la habitación y se detuvo a mirar por la ventana.

Yo callaba y esperaba que volviera a hablar. Por fin dijo:

—No me haga mucho caso. Solo estoy soltando vapor. Un viejo castillo artificial y de mal gusto. Tres viejos cuervos que graznan, y una muchacha que parece un palo, tan estúpida que no encuentra nada que decirte. Supongo que se trata de la típica muchacha a la que le interesan un comino todas las cosas importantes.

Sonreí.

—Siempre pensé —dije— que *La princesa y el guisante* es una historia que está muy lejos de ser intrascendente.

Una de mis palabras le llamó la atención.

—¡Princesa! Así es como se comporta y así es como ellas la tratan. Como algo real salido de un libro de cuentos. No es una princesa, es una chica corriente de carne y hueso. Lo tiene que ser a la fuerza, la traiciona esa boca.

En aquel momento regresaron Teresa y Carslake. Inmediatamente Carslake y Gabriel se marcharon.

—Me gustaría que no hubiera tenido que irse —dijo Teresa—. Me gustaría haber charlado con él.

—Espero que le veamos por aquí con frecuencia —comenté.

Ella se me quedó mirando.

—Estás muy interesado, ¿verdad?

Me quedé pensando en la pregunta de mi cuñada.

—Es la primera vez —dijo Teresa—, la primera vez de verdad que te he visto interesado en algo desde que llegamos aquí.

—Debo de estar más interesado por la política de lo que me imaginaba.

—¡Oh, no es la política! —aseguró ella—. Es el hombre.

—Ciertamente tiene una personalidad dinámica —admití—. Es una lástima que sea tan feo.

—Supongo que es feo —concedió Teresa pensativa—, aunque es muy atractivo.

Me quedé un tanto atónito.

Teresa se dio cuenta y dijo:

—No me mires así. Es atractivo. Cualquier mujer te diría lo mismo.

—Bien —concedí—. Me sorprendes. Jamás se me habría ocurrido pensar que fuese de ese tipo de hombres que las mujeres encuentran atractivos.

—Pues estás equivocado —aseguró Teresa.

6

Al día siguiente apareció Isabella Charteris con una nota de *lady* St. Loo para el capitán Carslake. Yo me encontraba en la terraza, tomando el sol. Después de entregar la nota, salió a la terraza y se sentó cerca de mí en un asiento de piedra.

Si se hubiera tratado de *lady* Tressilian, habría sospechado la amabilidad que se tiene con un perro lisiado. Pero Isabella, estaba claro, no se interesaba por mi situación. Nunca había visto a nadie que me prestara menos atención. Estuvo sentada un rato en silencio. Después dijo que le gustaba el sol.

—A mí también —admití—. Pero veo que no se pone usted muy morena.

—Nunca me pongo morena.

Su piel era adorable a la luz del día. Tenía la blancura de la magnolia. Advertí cómo erguía orgullosamente la cabeza sobre sus hombros. Podía entender por qué Gabriel la había llamado «princesa».

El pensar en Gabriel me hizo preguntar:

—El mayor Gabriel cenó con ustedes anoche, ¿verdad?

—Sí.

—¿Asistió usted a su mitin en el Drill Hall?

—Sí.

—No la vi por allí.

—Estaba sentada en la segunda fila.

—¿Le gusta ese tipo de cosas?

Estuvo pensando un momento antes de contestar.

—No.

—¿Entonces por qué fue?

Volvió a meditar unos instantes antes de que respondiera.

—Es una de las cosas que hacemos —dijo por fin.

Me sentí lleno de curiosidad.

—¿Le gusta vivir aquí? ¿Es feliz?

—Sí.

De repente me di cuenta de lo extraño que resultaba recibir respuestas monosilábicas. La mayoría de la gente las elabora un poco. Las respuestas normales hubieran sido: «Me gusta vivir cerca del mar». O «Éste es mi hogar…», «… Me gusta el campo». «Me gusta vivir aquí…». Pero aquella muchacha se contentaba con decir sí. Y lo raro era que ese «sí» era vigoroso. En realidad significaba exactamente «sí». Era una aseveración firme y definitiva.

Sus ojos habían mirado en dirección al castillo. Y una sonrisa muy tenue brilló en sus labios.

Entonces supe qué era lo que me recordaba. Aquella muchacha era como esas doncellas de la Acrópolis del
siglo V
a. C. Tenía la misma sonrisa, inhumana y exquisita.

Así que Isabella Charteris era feliz viviendo en el castillo de St. Loo con las tres viejas. Ahora, sentada al sol y mirando hacia el castillo, era feliz. Casi podía sentir la felicidad, tenue e íntima, que la embargaba. Y de repente tuve miedo, miedo por ella.

Pregunté:

—¿Siempre ha sido feliz, Isabella?

Conocía la respuesta antes de que saliera de sus labios, a pesar de que ella estuviese un rato meditando antes de decir «sí».

—¿En la escuela?

—Sí.

Me era de todo punto imposible imaginarme a Isabella en la escuela. Era completamente distinta al producto corriente de una escuela inglesa de enseñanza media. Claro que era de presumir que a una escuela asistieran todo tipo de personas.

A través de la terraza vino corriendo una ardilla marrón. Se sentó delante de nosotros y se nos quedó mirando. Estuvo rechinando los dientes durante un rato y luego se lanzó corriendo a lo alto de un árbol.

De repente me sentí como si me hubiera trasladado a un universo caleidoscópico, como si me hallara dentro de un patrón distinto. Lo que en aquel momento vi fue el patrón de un mundo sensitivo, donde la existencia lo es todo, mientras que el pensamiento y la especulación no significan nada. En aquel mundo

había mañanas y tardes, días y noches, comidas y bebidas, frío y calor. Allí había movimiento, intención, conciencia que todavía no se sabía consciente. Aquél era el mundo de la ardilla, el mundo de la hierba verde que crece con suavidad hacia arriba, de los árboles que viven y respiran. Y allí, en aquel mundo, Isabella Charteris tenía su lugar. Por extraño que pueda parecer, yo, la ruina de un hombre, también podía encontrar mi sitio…

Por primera vez desde mi accidente dejé de rebelarme… La amargura, la frustración y la morbosa conciencia de mi propio estado, me abandonaron. Ya no era el Hugh Norreys arrojado del camino de su humanidad activa y llena de proyectos. Era Hugh Norreys, el tullido, consciente de la luz del sol, de un mundo que gime y respira, de mi propia y rítmica respiración, del hecho de que aquél era un día más en la eternidad que seguía su camino hacia el sueño…

Aquella sensación no permaneció. Pero durante un momento, bastante largo, conocí el mundo al que pertenecía. Sospeché que aquél también era el mundo donde Isabella vivía siempre.

7

Creo que fue uno o dos días después, cuando un niño cayó en el puerto de St. Loo. Un grupo de niños estaba jugando al borde del muelle y uno de ellos resbaló y cayó de cabeza desde el muelle, yendo a parar al agua que estaba unos seis metros más abajo. La marea era media y había unos tres metros de profundidad.

El mayor Gabriel, que casualmente se hallaba paseando por el muelle en aquel momento, no lo dudó. Se tiró inmediatamente a por el niño. En el borde del muelle se amontonaron unas veinticinco personas. Por una rampa lateral un pescador empujó un bote al agua y comenzó a remar hacia ellos. Pero antes de que hubiese podido llegar, otro hombre había intervenido en el rescate, al ver que el mayor Gabriel no sabía nadar.

El incidente terminó bien. Gabriel y el niño fueron recogidos. Éste había perdido el conocimiento, pero pronto se recuperó al serle practicada la respiración artificial. La madre del pequeño, completamente histérica, se echó al cuello de Gabriel, colmándole de agradecimientos y bendiciones. Gabriel quitó importancia a la cosa, le dio unas palmaditas en la espalda y se fue aprisa al St. Loo Arms para buscar ropa seca y tomarse una copita.

Aquel mismo día Carslake lo trajo a casa a tomar el té.

—Lo más valiente que he visto en mi vida —comunicó a Teresa —. Ni un instante de duda. Podía haberse ahogado. Es increíble que se haya salvado.

Gabriel se mostraba ciertamente modesto y despreciativo.

—En realidad fue una cosa bastante tonta —dijo—. Hubiera sido mucho más práctico pedir ayuda o coger un bote. Lo malo es que uno no se para a pensar.

Teresa le dijo:

—Cualquier día hará usted algo demasiado precipitado.

Lo dijo con cierta hosquedad. Gabriel le lanzó una rápida

mirada.

Después de que Teresa se fue con las cosas del té y Carslake se excusó con una disculpa del trabajo, Gabriel dijo pensativamente:

—Es brusca, ¿verdad?

—¿Quién?

—La señora Norreys. Sabe lo que son las cosas. No se la puede engañar fácilmente.

A continuación añadió que habría que andarse con cuidado con ella.

Estuvo un rato callado, como pensando, y luego me preguntó:

—¿Estuvo bien?

Quise saber a qué demonios se refería y se lo dije.

—Mi actitud. Fue la correcta, ¿verdad? Quiero decir, despreciar el asunto. Dejar entrever que había sido un irreflexivo. —Sonrío atractivamente y añadió—: No se toma en serio mi pregunta, ¿no es así? Pero para mí es tremendamente importante saber si resultan bien mis efectos.

—¿Tiene que calcular los efectos? ¿No puede ser natural?

Después de pensarlo bastante me dijo que resultaría demasiado peligroso.

—No me reportaría beneficios el entrar aquí frotándome las manos de satisfacción y diciendo: «¡Menuda chiripa!». ¿No le parece?

—¿Piensa, en verdad, que fue así? ¿Una chiripa?

—Mi querido amigo, estuve paseando por ahí durante mucho tiempo, esperando que sucediera algo de ese tipo. Ya me comprende, caballos desbocados, edificios en llamas o sacar a un niño de debajo de las ruedas de un coche. Los niños son estupendos para estas cuestiones sentimentales. Se podría pensar, por lo que cuentan los periódicos de todas esas muertes en las carreteras, que con el tiempo encontraría una oportunidad. Pero nada. Por culpa de la mala suerte o porque los niños de St. Loo son tan endemoniadamente prevenidos como los animales.

—¿No le pagaría usted a ese niño un chelín para que se tirara al puerto, verdad? —inquirí.

Recibió mi comentario con toda naturalidad y seriedad, contestándome que todo había sucedido de forma casual e imprevisible.

—De cualquier forma no me arriesgaría a hacer una cosa semejante. El niño se lo contaría probablemente a su madre y entonces, ¿en qué situación hubiese quedado yo?

Casi reviento de risa.

—Oiga una cosa —quise saber—. ¿Es cierto que no sabe nadar?

—En efecto, pero puedo mantenerme a flote durante unos segundos.

—Pero entonces… ¿Por qué corrió un riesgo tan grande? Podía haberse ahogado…

—Supongo que sí, que podía haberme ahogado. Pero mire, Norreys, no se pueden tener todas las cartas en la mano. Y no se puede hacer algo heroico si no se está más o menos preparado para ser héroe. De todas formas había mucha gente por los alrededores. Nadie quería mojarse, desde luego, pero alguien lo tendría que hacer sin remedio. Si no por mí, lo habrían hecho por el niño. Y había barcas. El tipo que se tiró después de que lo hiciera yo, agarró al niño y el que venía en el bote llegó antes de que yo me hundiera. ¡Te devuelven a la vida aunque estés parcialmente ahogado!

Su habitual y atractiva mueca se extendió por todo el rostro. Yo estaba realmente fascinado por su audacia. Continuó:

—Todo es terriblemente estúpido, ¿verdad? Quiero decir que la gente es tan condenadamente tonta… Con seguridad conseguí mucha más fama tirándome a por el niño sin saber nadar, que si hubiera estado trabajando como científico para salvar la vida a la humanidad. El tipo que en realidad lo hizo todo, el que se tiró detrás de mí y nos salvó a los dos obtendrá como mucho la mitad de la fama que yo. Es un nadador de primera clase. Echó a perder un buen traje, ¡pobre diablo! Y el que yo me debatiera en el agua tanto como el niño, solo contribuyó a hacer las cosas más difíciles para él. Pero nadie lo verá de esa manera, a no ser quizá gente como su cuñada. Afortunadamente no hay muchas personas así. La mayor parte del pueblo estará pregonando ahora lo valiente que fui. Si tuvieran sentido común, dirían que fue algo completamente insensato, cosa que es verdad…

Hizo una pausa y comenzó a pasear por el salón. Luego añadió:

—Pero por suerte para los políticos, no abundan mentes claras como la de su cuñada. Lo único que se desea en unas elecciones es un montón de colaboradores que piensen bien las cosas y utilicen la

cabeza.

—¿No sintió ningún reparo antes de saltar? ¿Una especie de desagradable nudo en la boca del estómago?

—No tuve tiempo. Lo único que sentí fue una gran alegría al ver que se me servía la oportunidad en bandeja.

—No estoy muy seguro de entender por qué piensa usted así… que ese tipo de espectáculo es necesario…

El aspecto de su rostro cambió. Se volvió duro y determinado.

—¿No se da usted cuenta de que es mi único triunfo? No tengo presencia para hablar en público. No soy un orador de primera clase. No tengo apoyos ni influencia. No tengo dinero. Nací con un único talento —me puso una mano sobre la rodilla—, valor físico. ¿Usted cree que sin una Cruz de la Victoria estaría ahora aquí como candidato conservador?

—Querido amigo, ¿no es suficiente para usted una cruz?

—No sabe nada de psicología, Norreys. Una cosa tan tonta como la de esta mañana tiene mucho más efecto que una cruz ganada en el sur de Italia. Italia está muy lejos. Ellos no me vieron ganar esa cruz y por desgracia yo no les puedo contar cómo la gané. Podría hacer que lo vieran en caso de poderlo contar… Los arrastraría conmigo y cuando hubiera acabado mi relato, la cruz ya sería de todos. Pero las convenciones de este país no me permiten hacerlo. He tenido que parecer modesto y mascullar entre dientes que no tuvo importancia. Que cualquier tipo podría hacer lo mismo. Lo cual no tiene sentido, muy pocos tipos podrían hacer lo que yo hice. Como mucho, media docena en todo el regimiento. Se necesita juicio, ya me comprende, cálculo y conservar la sangre fría. Además hay que colocarse en posición de disfrutar de lo que se está haciendo. —Se quedó en silencio un buen rato. Luego añadió muy convencido—: Intentaba conseguir una Cruz de la Victoria desde que me incorporé.

—¡Mi querido Gabriel! No exagere.

Volvió hacia mí su rostro feo y pequeño, con sus brillantes ojos.

—Tiene razón. No se puede decir de modo definitivo que se conseguirá una cosa así. Hay que tener suerte. Yo me propuse hacer lo posible por conseguirla. Ya por entonces comprendía que era mi gran oportunidad. La valentía es la última cosa que se necesita en la vida cotidiana. Rara vez se exige y es muy difícil, si se posee,

encontrar ocasión de emplearla. En la guerra es distinto. En la guerra el valor se encuentra en su elemento. Y no es que intente alardear. Todo es cuestión de nervios, glándulas o algo por el estilo. Pero te permite el hecho de no tener miedo a morir. Como puede ver, eso da una gran ventaja sobre otro hombre en una guerra.

Por supuesto se expresaba con claridad. Su disertación hasta era razonable. No me daba ocasión de interrumpirle.

Continuó:

—Desde luego, yo no podía estar seguro de que mi oportunidad fuera a llegar… Se puede ser un valiente durante toda una guerra y salir de ella sin una simple medalla. O se puede ser atrevido en el momento equivocado y volar en pedazos sin que nadie te lo agradezca.

—La mayoría de las condecoraciones son póstumas —murmuré.

—¡Ya lo sé! Y me extraña no contarme entre los que la recibieron de esa forma. Cuando pienso en los proyectiles que silbaban sobre mi cabeza, me cuesta trabajo imaginar por qué estoy aquí. Me alcanzaron cuatro, ninguno en un sitio vital. Estúpido, ¿verdad? Nunca olvidaré el dolor que sentía al arrastrarme con la pierna rota. Eso y la pérdida de sangre por una herida en el hombro. Además, tirar del viejo Spider James, al que nunca dejaba de maldecir. Y su peso… —Gabriel estuvo meditando un minuto, después suspiró y dijo—: En fin, días felices…

Fue a servirse una copa.

—Tengo con usted una deuda de gratitud —dije—. Me hizo pedazos la creencia popular de que todos los hombres valientes son modestos.

—¡Es una vergüenza! —dijo Gabriel—. Si eres un magnate de la ciudad y llevas a cabo un buen negocio, puedes alardear de ello y todo el mundo siente más respeto por ti. También puedes admitir que pintaste un cuadro muy bueno. Y en el golf, si haces un recorrido completo con el mínimo de golpes, todo el mundo se entera del acontecimiento. ¡Pero este asunto de los héroes de la guerra…! —Movió la cabeza—. Tienes que conseguir que otro tipo toque la trompeta por ti. Y la verdad es que Carslake no es nada bueno para este tipo de cosas. Está demasiado sujeto por la reticencia de la chinche *tory*. Todo lo que saben hacer es atacar al rival, en vez de hacer sonar su propia trompeta… —Se volvió a

quedar pensativo—. He pedido a mi brigadier que baje hasta aquí para hablar la próxima semana. Quizá ponga un poco más de énfasis al señalar que soy un tipo realmente notable. Por descontado que no se lo puedo pedir. ¡Sería horrible!

—Con eso, y con el pequeño incidente de hoy, creo que no lo está usted haciendo nada mal —dije.

—No subestime el incidente de hoy —aconsejó muy serio Gabriel—. Ya lo verá. Traerá como consecuencia que todo el mundo vuelva a hablar de mi cruz. ¡Bendito sea ese niño! Mañana, me daré una vuelta por allí para entregarle un juguete o algo por el estilo. Además será una buena publicidad.

—Hay algo que me interesaría saber —dije—. Si no hubiese habido nadie allí para ver lo que ocurría, nadie en absoluto, ¿se habría lanzado usted a salvarle?

—¿Quiere saber lo que hubiera sucedido si no hubiera estado presenciándolo nadie? Nos habríamos ahogado los dos y nadie se hubiera enterado hasta que la marea nos hubiera devuelto a la superficie en alguna parte.

—Entonces, ¿se habría marchado a casa dejando que el niño se ahogara?

—No, claro que no, ¿por quién me toma? Soy un ser humano. Habría corrido como un loco hasta la rampa, hubiera cogido un bote y remado con furia hasta donde hubiese caído el niño. Con un poco de suerte lo podría haber sacado del agua y todo hubiera terminado bien. Desde luego haría lo que creyese mejor para la criatura. Me gustan los niños. ¿Cree que el Departamento de Comercio me dará algunos cupones extra por el traje que se me estropeó? Créame, no puedo volverme a poner ese traje. Se ha encogido hasta quedarse en nada. Estos departamentos del gobierno son muy tacaños.

Con este comentario práctico se despidió.

Especulé mucho sobre John Gabriel. No podía decidir si el hombre me gustaba o no. Su oportunismo vocinglero más bien me desagradaba, pero su franqueza era atractiva. Respecto a la exactitud de su juicio, pronto tuve amplia confirmación de que había calibrado la opinión pública muy bien.

Lady Tressilian fue la primera persona que me comunicó sus puntos de vista. Vino a verme para traerme unos libros.

—¿Sabe? —dijo con su respiración fatigosa—. Siempre estuve segura de que había algo realmente hermoso en el mayor Gabriel. Esto lo prueba, ¿no lo cree así?

Yo pregunté:

—¿En qué medida?

—No le importó el riesgo. Se tiró directamente al agua, aunque no sabe nadar.

—Lo que no hubiera servido de mucho, ¿verdad? Quiero decir que jamás habría rescatado al niño sin ayuda.

—No, pero no se paró un solo instante a pensar en eso. Lo que yo admiro es su valiente impulso, la ausencia total de cálculo.

Podría haberle dicho que estaba equivocada.

Continuó hablando con su redonda cara de pastel, sonrojada como si fuera la de una niña:

—Admiro a los hombres realmente valientes…

Una que ya está en el bote de John Gabriel, pensé para mí.

La señora Carslake, una mujer felina y exagerada que no me gustaba, estaba positivamente trastornada.

—¡La cosa más valiente que jamás escuché! ¿Sabe? Ya me habían dicho que el arrojo de John Gabriel durante la guerra fue sencillamente increíble. Desconocía por completo lo que era el miedo. Todos sus hombres le adoraban. Su historial de heroísmo marca un récord fabuloso. El jueves llegará su jefe. Le voy a sonsacar descaradamente. Desde luego, el mayor Gabriel se enfadaría si supiera lo que intento hacer. Es demasiado modesto, ¿verdad?

—Ciertamente, ésa es la impresión que pretende dar —dije.

La mujer no advirtió la menor ambigüedad en mis palabras.

—Pienso que esos muchachos nuestros, tan maravillosos, no deberían disimular tanto su valía. Deben conocerse las espléndidas cosas que han hecho. ¡Los hombres son tan incoherentes…! Creo que es el deber de las mujeres sacar a relucir estas cosas. Nuestro actual miembro del Parlamento, Wilbraham, ¿sabe?, nunca salió de una oficina durante la guerra.

En resumidas cuentas, pensé que John Gabriel diría que la señora Carslake tenía las ideas correctas, pero a mí no me gustaban. Era demasiado efusiva. E incluso en su efusión sus pequeños ojos negros eran intencionados y calculadores.

Al cabo de un rato dijo:

—Es una pena, ¿verdad?, que el señor Norreys sea comunista.

—Toda familia tiene su oveja negra —contesté.

—Tienen unas horribles ideas. Atacan la propiedad.

—Y atacan también otras cosas —le dije—. En Francia el movimiento de resistencia está formado, en su mayor parte, por comunistas.

Aquello supuso un problema demasiado difícil para la señora Carslake. Y se retiró.

La señora Bigham Charteris, que había venido para distribuir unas circulares, tenía también su opinión sobre el incidente del puerto.

—Debe de tener sangre noble procedente de alguna parte —dijo.

—¿Lo cree así?

—Supongo que sí.

—Su padre era fontanero —dije.

La señora Bigham Charteris no pareció sorprenderse mucho.

—Me imaginé algo de ese tipo. Pero le viene sangre noble de algún sitio. Quizá de más atrás. Tenemos que conseguir que venga al castillo con más frecuencia. Hablaré con Adelaida. A veces se comporta de un modo desafortunado y pone a la gente incómoda. Personalmente, a mí me cae muy bien y creo que debemos darnos cuenta de que el mayor Gabriel está haciendo todo lo que puede.

—En general parece que se está haciendo muy popular.

—Sí, lo está haciendo muy bien. Fue una buena elección. El partido necesita sangre nueva, la necesita desesperadamente. —Hizo una pausa para luego continuar—: Tal vez llegue a ser otro Disraeli.

—¿Cree que llegará tan lejos?

—Creo que puede llegar a la cumbre. Rebosa vitalidad.

El comentario que del asunto hizo *lady* St. Loo lo supe por Teresa, que había estado en el castillo.

—¡Hum! —había dicho—. Por supuesto que lo hizo cara a la galería.

Comprendí perfectamente por qué Gabriel, normalmente, se refería a *lady* St. Loo como a una vieja zorra.

8

El tiempo seguía siendo bueno. Yo me pasaba la mayor parte de las horas en la terraza soleada, en la que había rosales y un añoso tejo en uno de los extremos. Desde mi atalaya podía mirar al mar y ver las murallas almenadas del castillo de St. Loo. E incluso podía contemplar a Isabella, paseando por los campos, yendo desde el castillo hasta Polnorth House.

Tenía la costumbre de pasear casi todos los días. A veces llevaba perros; otras veces iba sola. Cuando llegaba sonreía, me daba los buenos días y se sentaba en el gran banco de piedra, cerca de mi silla de inválido.

Era una amistad extraña, pero era amistad. No se trataba de amabilidad respecto a un inválido. Ni de lástima. Tampoco era la simpatía la que traía a Isabella a mi lado. Se trataba, desde mi punto de vista, de algo mucho mejor. Era compenetración. Se sentía a gusto conmigo y por eso venía y se sentaba en el jardín a mi lado. Lo hacía de modo tan natural y deliberado como lo habría hecho un animal.

Cuando hablábamos, lo hacíamos generalmente de las cosas que estábamos viendo: la forma de una nube, el color del mar o la manera de comportarse de un pájaro…

Fue precisamente un pájaro quien me mostró otra faceta de la naturaleza de Isabella. El pájaro estaba muerto. Se había estrellado la cabeza contra el cristal de la ventana del salón. Y allí se había quedado, debajo de la ventana, sobre la terraza, con las patas estiradas patéticamente, tensamente extendidas al aire, y con sus brillantes y suaves ojos cerrados.

Isabella lo vio primero y la impresión y el horror de su voz me sorprendieron.

—¡Mire! —dijo—. Es un pájaro muerto.

Fue la nota de pánico en su voz lo que hizo que la mirara

inquisitivamente. Tenía el aspecto de un potro nervioso. Sus labios temblaban.

—Cójalo —dije.

Negó con la cabeza vehementemente.

—No puedo tocarlo.

—¿Le desagrada tocar pájaros? —pregunté.

Sabía que a algunas personas les sucedía eso.

—No puedo tocar nada muerto.

Me quedé mirándola atónito.

—Tengo miedo a la muerte, un miedo horrible —dijo—. No puedo soportar que algo se muera. Supongo que es porque me recuerda que yo misma me moriré algún día.

—Todos estaremos muertos algún día —dije.

(Yo estaba pensando en lo que se escondía en aquel momento, convenientemente tapado, cerca de mi mano).

—¿Y eso no le preocupa? ¿No le obsesiona terriblemente? Pensar que se cierne sobre su cabeza y que cada día que pasa está más y más cerca…

Sus hermosas y largas manos se estrecharon contra su pecho en un movimiento dramático.

—¡Un día llegará! El final de la vida.

—¡Qué chica tan extraña es usted, Isabella! —exclamé—. Nunca imaginé que pensara en estas cosas.

Isabella comentó con amargura:

—Tengo suerte, ¿verdad?, en ser una muchacha y no un chico. Tendría que haber ido a la guerra y habría sido la vergüenza de todo el mundo, porque hubiera desertado o algo por el estilo. Sí, es terrible ser cobarde.

Yo me eché a reír un tanto desconcertado.

—Supongo que no hubiera sido cobarde llegado el momento. A mucha gente le ocurre lo mismo. En realidad tienen miedo a tener miedo.

—¿Tuvo usted miedo en la guerra?

—¡Por Dios, claro que sí!

—¿Y cuando llegó el momento todo fue bien?

Retrocedí mentalmente a un momento determinado —la tensión de esperar en la oscuridad—, aguardando la orden de avanzar… La horrible sensación en la boca del estómago…

—No —dije—. No diría exactamente que todo fue bien. Pero encontré que más o menos podría resistirlo. Es decir, que lo podría resistir tan bien como cualquiera. Vea, al cabo de un rato se adquiere la certidumbre de que uno no es nunca el blanco de los disparos. Puede ser, quizá, el tipo de al lado, pero tú no.

—¿Cree que el mayor Gabriel sintió también eso?

Rendí a Gabriel su tributo:

—Más bien creo —dije— que Gabriel es una de las raras y afortunadas personas que simplemente no saben lo que es el miedo.

—Sí —asintió ella—. Yo también pienso eso.

Había una misteriosa expresión en su rostro.

Le pregunté si siempre había temido a la muerte. Si había sufrido alguna emoción particular que le hubiera originado terror especial.

Ella negó con la cabeza.

—No lo creo. Claro que a mi padre lo mataron antes de que yo naciera. No sé si eso…

—Sí —admití—, creo que pudiera ser. Por lo menos supongo que influiría.

Isabella estaba pensando. Su mente se encontraba en el pasado.

—Mi canario murió cuando yo tenía cinco años. Estaba perfectamente bien la noche anterior y a la mañana siguiente yacía en la jaula, con las patas duras y estiradas, igual que ese pájaro. Lo cogí con la mano, sentí un escalofrío, estaba helado… —Luchaba con las palabras—. Ya no era real, solo una cosa… No veía ni oía ni sentía… ¡Ya no estaba allí!

Se calló. Yo no sabía qué decirle. De repente, casi patéticamente, me preguntó:

—¿No cree que es una cosa estúpida el tener que morirse?

No sabía qué decir.

En vez de pensar una respuesta escupí una verdad, mi propia y particular verdad:

—A veces es la única cosa que un hombre espera con satisfacción.

Me miró con ojos de incomprensión.

—No sé lo que quiere decir.

—¿De verdad? —le pregunté con amargura—. Utilice sus ojos, Isabella. ¿Cree que la vida es algo parecido a la que yo llevo?

Lavarse, vestirse, levantarse por las mañanas como un bebé, ser arrastrado por ahí como un saco de carbón… Un armatoste inanimado, inútil, roto, tirado aquí, al sol, sin nada que hacer, nada que esperar y nada que desear… Si se tratara de una mesa o de una silla vieja, ya me habrían tirado a la basura. Pero como soy un hombre me ponen ropas civilizadas, me cubren con una manta lo más destrozado que tengo y me sacan a tomar el sol.

Se agrandaron sus ojos a causa de la sorpresa y de la interrogación. Por primera vez, me pareció, me miraban detenidamente, me enfocaban… Pero no veían ni comprendían nada aparte del puro hecho físico.

Dijo:

—De todas formas usted está ahí, al sol… Está vivo. Podría haberse muerto fácilmente.

—Muy fácilmente. ¿Y no puede entender el que yo pida a Dios la muerte?

No, no lo entendía. Para ella yo estaba hablando en una lengua desconocida. Dijo, más bien tímidamente:

—¿Es que sufre mucho? ¿Por eso?

—Lo paso muy mal de vez en cuando. Pero Isabella, no es por eso. ¿No puede comprender que no tengo ninguna razón para vivir?

—Sé que soy estúpida, pero ¿es necesario tener una razón para vivir? ¿Entiende lo que quiero decir? ¿No puede uno simplemente vivir?

Se me cortó la respiración ante aquella ingenuidad.

Y entonces, cuando me di la vuelta, o intenté dar la vuelta a mi coche, un gesto torpe por mi parte hizo salir el tubo de aspirinas del lugar donde lo guardaba, cayendo sobre la hierba. En la caída se salió el tapón y las pequeñas tabletas se esparcieron por el césped.

Casi pegué un grito. Oí mi propia voz sonando histérica y artificialmente. Por primera vez comencé a tutear a la muchacha:

—¡No dejes que se pierdan! ¡Recógelas! ¡Búscalas, que no se pierdan!

Isabella se agachó y empezó a recoger las tabletas. Al volver la cabeza, vi a Teresa que se asomaba por la ventana. Con voz casi sollozante, grité:

—¡Qué viene Teresa!

Y en ese momento, para mi sorpresa, Isabella hizo algo de lo

cual nunca la habría creído capaz. Con un movimiento rápido, pero sin perder su naturalidad, se quitó el pañuelo de colores que llevaba alrededor del cuello de su traje de verano y lo extendió sobre la hierba, cubriendo las tabletas que quedaban desparramadas.

Al mismo tiempo, dijo con voz tranquila, como si estuviese en medio de una conversación:

—¿Sabe? Todo será muy distinto cuando venga Rupert a casa.

Teresa vino hacia nosotros y preguntó:

—¿Qué les parece si traigo algo de beber para los dos?

Yo insinué algo más bien complicado. Cuando Teresa volvía a casa se agachó para recoger el pañuelo de Isabella. Pero ésta le dijo con voz tranquila:

—Déjelo, señora Norreys. Los colores hacen muy bonito sobre la hierba.

Teresa sonrió y se fue.

Me quedé perplejo mirando a Isabella.

—Mi querida niña —dije—, ¿por qué hiciste eso?

La joven me miró con cierta reserva.

—Pensé —dijo— que no quería que las viera…

—Pensaste bien —contesté lacónicamente.

En los primeros días de mi convalecencia había trazado un plan. Preveía que mi estado de desvalido y mi total dependencia de los demás iba a resultar insoportable.

Buscaba encontrar un sistema para poder salir de la situación.

Mientras me inyectaban morfina no podía hacer nada. Pero llegaría el momento en que la morfina fuese sustituida por somníferos. Era mi oportunidad, y más adelante, cuando ya estaba con Robert y Teresa y la asistencia médica no era tan frecuente, el doctor me recetó pastillas para dormir. Creo que Seconal o quizá Amytal. Acordamos que yo intentaría pasar sin pastillas, pero me dejaban un par de ellas a mano por si no conseguía dormir. Poco a poco había ido acumulando un montón. Continué quejándome de insomnio y me prescribieron nuevas pastillas. Aguanté largas noches de dolorosa lucidez, reconfortado al saber que mi puerta de salida se abría cada vez más.

Hacía tiempo que ya tenía las suficientes, y aún más, para llevar a cabo mis propósitos.

Con el logro de mi proyecto retrocedió la urgente necesidad de

realizarlo. Me sentía contento de irlo retrasando. Pero no era mi intención rechazarlo definitivamente.

Durante unos cuantos minutos de agonía había visto mi plan comprometido, retardado, quizá arruinado definitivamente, pero la rápida actuación de Isabella me había salvado de aquel desastre. Ahora recogía las pastillas que quedaban y las volvía a meter en el tubo. Me las dio.

Volví a colocar el tubo en su sitio y suspiré aliviado.

—Gracias, Isabella —dije emocionado.

En su rostro no había señales de curiosidad ni de ansiedad. Había sido lo suficientemente astuta como para darse cuenta de mi agitación y acudir en mi ayuda. Me recriminé mentalmente por haber pensado una vez que era deficiente mental. No era tonta.

¿Qué estaría pensando? Tenía que haberse dado cuenta de que aquellas pastillas no eran aspirinas.

Me quedé mirándola. No dejaba traslucir nada.

Encontré que era muy difícil comprenderla…

Y entonces surgió en mí una curiosidad repentina.

Había mencionado un nombre…

—¿Quién es Rupert?

—Rupert es mi primo.

—¿Te refieres a lord St. Loo?

—Sí. Quizá venga pronto. Se pasó en Birmania la mayor parte de la guerra. —Hizo una pausa y agregó—: Quizá venga a vivir aquí… El castillo de St. Loo es suyo, ya sabe. Nosotros solo lo tenemos en arrendamiento.

—Lo que me pregunto —dije— es por qué lo mencionaste de repente.

—Lo único que quería era decir algo, con rapidez, para que pareciera que sosteníamos una conversación. —Se quedó pensativa unos momentos—. Nombré a Rupert porque siempre estoy pensando en él…

9

Hasta ahora lord St. Loo había sido un nombre, una abstracción, el propietario ausente del castillo de St. Loo. Ahora se introducía en nuestra vida. Era una entidad viviente. Comencé a hacerme preguntas sobre él.

Lady Tressilian vino por la tarde para traerme lo que ella describió como «un libro que pienso pueda interesarle». No era —me di cuenta a primera vista— el tipo de libro que suele interesarme. Era de esa clase de escritos llenos de palabras de ánimo y de amabilidad, donde el autor pretende hacerte creer que puedes contribuir a que el mundo sea mejor, y más brillante, tumbándote boca arriba y pensando cosas bonitas.

Lady Tressilian, con sus frustrados instintos maternales a flor de piel, siempre estaba trayéndome cosas. Su idea predilecta era la de que yo podía llegar a convertirme en un autor de libros. Me había traído, por lo menos, tres cursos por correspondencia titulados *Cómo ganarse la vida escribiendo, en veinticuatro lecciones*, o algo por el estilo. La verdad es que era una de esas mujeres, agradables y encantadoras, que no pueden bajo ningún concepto dejar, al que sufre, que sufra solo.

No podía disgustarla. Pero lo que sí podía era intentar escabullirme de sus atenciones. Eso hacía. Algunas veces Teresa me ayudaba, otras veces no. En ocasiones me miraba, sonreía y deliberadamente me dejaba abandonado a mi destino. Cuando más tarde la maldecía, me aseguraba que un enfado, de vez en cuando, resulta muy saludable.

Aquella tarde, en concreto, Teresa había salido para un asunto relacionado con la campaña electoral, así que yo no tenía posibilidad de escapar.

Después de suspirar, *lady* Tressilian me preguntó cómo estaba, me dijo lo mucho que había mejorado de aspecto y después de que

yo le diera las gracias por el libro, diciéndole que lo encontraba muy interesante, nos enfrascamos en una charla sobre cuestiones locales. Por el momento toda nuestra conversación se centró en el tema político. Me contó cómo habían ido los mítines y lo bien que se las había arreglado John Gabriel para conseguir nuevos votos. Siguió diciéndome lo que el país quería realmente y lo terrible que sería el que se nacionalizase todo. Pasó a contarme los pocos escrúpulos que tenía el bando contrario y lo que los granjeros opinaban con exactitud de la Cámara de Comercialización de la Leche. La conversación fue exactamente idéntica a la que habíamos sostenidos hacía tres días.

Entonces fue cuando, después de una breve pausa y de un suspiro, *lady* Tressilian dijo lo maravilloso que resultaría que Rupert viniese pronto.

—¿Hay alguna posibilidad? —pregunté.

—Sí, resultó herido y lo sacaron de Birmania, ya sabe. Es horrible el que la prensa apenas hable del 14 Ejército. Ha permanecido en el hospital durante algún tiempo y le han concedido una larga temporada de permiso. Aquí tiene muchas cosas que arreglar. Nosotros lo hemos hecho lo mejor que hemos podido, pero las condiciones han cambiado por completo.

Me puse a pensar que con los impuestos y otras dificultades, lord St. Loo se vería muy pronto obligado a vender parte de sus tierras.

—La zona cercana al mar es buena tierra para construir, pero sería espantoso tener más casas de ésas, horribles y pequeñas, esparcidas por todas partes.

Yo estaba de acuerdo en que los constructores que habían edificado la costa este no lo habían hecho con sensibilidad artística.

Ella dijo:

—Mi cuñado, el séptimo lord St. Loo, cedió esas tierras a la ciudad. Quería que fuesen labradas por los campesinos, pero no pensó en incluir salvaguardias específicas y el ayuntamiento, consecuentemente, las vendió todas, trozo a trozo, para edificar. Fue completamente deshonesto, porque eso no era lo que mi cuñado deseaba.

Pregunté si lord St. Loo pensaba quedarse a vivir allí.

—No lo sé. No ha dicho nada definitivo —Suspiró—. Así lo espero. ¡Ojalá! —Y añadió—: No le hemos visto desde que tenía

dieciocho años. Tenía la costumbre de venir aquí, a pasar las vacaciones, cuando se encontraba en Eton. Su madre era neozelandesa, una muchacha encantadora que, cuando se quedó viuda, volvió con los suyos llevándose al niño. No se le puede reprochar nada. Yo siempre lamenté que el muchacho no fuera criado, desde el principio, como lo que era, como le correspondía a su clase. Se siente confinado cuando viene aquí, por eso tiende a situarse al margen. Yo me doy perfecta cuenta. Pero desde entonces todo está cambiando…

Su cara redonda y agradable parecía angustiada. Yo me manifesté interesado por la historia y la invité a continuar.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —prosiguió—. Las promesas póstumas son difíciles de cumplir. El padre de Isabella murió en la pasada guerra. La hacienda tuvo que ser alquilada. Uniéndonos Addie, Maud y yo nos las arreglamos para alquilarla nosotras. Fue mucho mejor que alquilársela a extraños. Siempre ha sido la casa de Isabella.

Su rostro se suavizó al inclinarse confidencialmente hacia mí.

Continuó:

—No me avergüenza decir que soy una vieja muy sentimental, pero he esperado tanto que Isabella y Rupert… Sería la solución ideal.

Yo no dije nada y ella siguió hablando:

—Es un chico muy guapo. Con mucho encanto y con mucho afecto por todas nosotras. Siempre pareció tener una inclinación especial hacia Isabella. Ella tenía once años. Acostumbraba a ir tras él a todas partes. Era una devota de su primo. Addie y yo solíamos mirarlos y nos decíamos: «Si por lo menos…». Maud, por supuesto, decía que eran primos carnales y que no podría ser. Y es que Maud piensa siempre las cosas desde el punto de vista del pedigrí. Muchos primos carnales se casan y todo sale bien. No es como si fuéramos una familia católica y tuviéramos que pedir dispensa…

Hizo otra pausa. Esta vez su rostro tenía esa expresión absorta, intensamente femenina, que ponen las mujeres cuando están casando a la gente.

—Rupert se acuerda todos los años del cumpleaños de Isabella. Escribe a la casa de Asprey. ¿No le parece conmovedor? Isabella es una chica estupenda y tiene un gran cariño a St. Loo —Dirigió su

mirada hacia las murallas del castillo—. Si se establecieran los dos aquí, juntos…

Vi cómo afloraban lágrimas a sus ojos.

(Aquella noche comenté con Teresa que ese lugar se parece más que nunca al de una historia de hadas. Un joven príncipe puede llegar en cualquier momento para casarse con la princesa. ¿Dónde estamos viviendo? ¿En un cuento de los hermanos Grimm?).

—Cuéntame cosas de tu primo Rupert —le pedí a Isabella cuando vino al día siguiente a sentarse en su banco de piedra.

—No creo que haya nada que contar.

—Has dicho que piensas en él todo el tiempo, ¿es verdad?

Isabella permaneció pensativa durante un rato.

—No, no pienso en él —respondió al fin—. Me refería a que está aquí, en mi mente. Creo que un día me casaré con Rupert.

Se volvió hacia mí como si mi silencio la intranquilizara.

—¿Le parece a usted absurdo? No he visto a Rupert desde que tenía once años y él dieciséis. Entonces me dijo que algún día volvería para casarse conmigo. Siempre lo he creído… Y todavía lo creo.

—Y lord y *lady* St. Loo se casaron y vivieron felices para siempre en el castillo de St. Loo, cerca del mar —dije.

—¿Usted cree que no será así? —preguntó Isabella.

Me miró como si mi opinión en aquel punto tuviera que ser definitiva. Suspiré profundamente.

—Me inclino a pensar que así ocurrirá. Se trata de una de esas historias de hadas.

Fuimos brutalmente transportados desde los cuentos de hadas a la realidad por la señora Bigham Charteris, que hizo una brusca aparición en la terraza.

Traía con ella un prominente paquete, que se puso a agitar a su lado, pidiéndome con brusquedad que se lo entregara al capitán Carslake.

—Creo que está en su despacho —empecé a decir, pero me interrumpió enseguida.

—Ya lo sé, pero no quiero entrar allí. No estoy en disposición de ver a esa mujer.

Personalmente, yo nunca estaba en disposición de ver a la señora Carslake, pero me di cuenta de que había algo más que eso

tras los modales casi violentos de la señora Bigham Charteris.

Isabella también se dio cuenta. Preguntó:

—¿Ocurre algo, tía Maud?

La señora Bigham Charteris, con el rostro rígido, gimió:

—Han atropellado a Lucinda.

Lucinda era la perra spaniel, color castaño, de la señora Bigham Charteris, a quien ella adoraba apasionadamente.

Continuó hablando, más nerviosamente todavía y manteniéndome a raya con una mirada de hielo para prevenir mi expresión de simpatía.

—Ha sido cerca del muelle… Uno de esos malditos turistas que conducía con demasiada velocidad. Ni siquiera se detuvo. Vamos, Isabella, tenemos que ir a casa.

Yo no le ofrecí ni té ni simpatía.

Isabella preguntó:

—¿Dónde está Lucy?

—La llevamos a casa de Burt. El mayor Gabriel me ayudó, fue muy amable. Verdaderamente muy amable.

Gabriel había entrado en escena cuando Lucinda estaba tumbada, sollozando en la carretera, y la señora Bigham Charteris arrodillada a su lado. El mayor se había arrodillado también y había examinado el cuerpo de la perra con dedos diestros y sensibles.

Había dicho:

—Hay una pérdida de fuerza en las patas traseras. La herida debe de ser interna. Tenemos que llevarla a un veterinario.

—Yo siempre voy a Johnson, el de Polwithen. Es estupendo con los perros. Claro que eso está muy lejos…

El mayor hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿Quién es el mejor veterinario de St. Loo?

—James Burt —repuso la señora Charteris—, pero es un bruto. Nunca confío en él; tratándose de perros, jamás los mando a su consulta. Bebe mucho, ya sabe usted. Pero está muy cerca de aquí… Lo mejor que podemos hacer es llevar a Lucy allá… ¡Con cuidado, que le puede morder!

Gabriel dijo, como si estuviera haciendo una confidencia:

—No me morderá. —Habló a la perra con cariño—: ¡Está bien, bonita, está bien!

Le pasó con toda suavidad sus brazos por debajo.

La multitud compuesta por niños pequeños, pescadores y mujeres jóvenes con la cesta de la compra al brazo, hizo murmullos de simpatía y ofreció consejos.

La señora Bigham Charteris dijo trágicamente:

—Buena chica, Lucy, buena chica…

Y dirigiéndose a Gabriel, añadió:

—Es muy amable de su parte. La casa de Burt está en la esquina de Western Place.

Era una de esas relamidas casas victorianas, con el tejado de pizarra y un deteriorado disco de metal en la puerta principal.

Abrió la puerta una mujer más bien hermosa, que tendría unos veintiocho años y que resultó ser la señora Burt.

—¡Oh, señora Bigham Charteris, lo siento muchísimo! Mi marido está fuera. Y su ayudante también.

—¿Cuándo volverán?

—Creo que el señor Burt regresará de un momento a otro. Por supuesto, las horas de cirugía son solo de nueve a diez y de dos a tres, pero estoy segura de que hará todo lo que esté en su mano. ¿Qué le ocurrió al perro? ¿Lo atropellaron?

—Exactamente. Un coche.

—Es horroroso, ¿verdad? —exclamó Milly Burt—. Van demasiado aprisa. Tráigalo a la sala de cirugía.

Hablaba con una voz suave, ligeramente refinada.

La señora Bigham Charteris permaneció al lado de Lucinda, acariciándola. Su compungida cara estaba contraída por el dolor. No podía prestar ninguna atención a Milly Burt, que seguía hablando, con mucha amabilidad, sin venir a cuento y perdiendo el tiempo.

Por fin dijo que telefonearía a Lower Grange Farm, para ver si el señor Burt estaba allí. El teléfono estaba en el vestíbulo. Gabriel fue con ella, dejando sola a la señora Bigham Charteris, con su perro y con su propia agonía.

La señora Burt marcó el número del teléfono y reconoció la voz que sonó al otro extremo.

—Sí, señora Whidden, es la señora Burt la que habla. ¿Está ahí el señor Burt?… ¡Bien, sí, hágalo si no le importa! —Hubo una pausa y luego Gabriel, mirándola, pudo notar su sonrojo y su sobresalto. Su voz cambió, se hizo defensiva, tímida—. Lo siento,

Jim. No, por supuesto —Al otro lado del teléfono Gabriel pudo oír el sonido de la voz de Burt, aunque no lo que decía; era una voz imperiosa y desagradable.

El tono de voz de Milly Burt se hizo todavía más defensivo. Continuó:

—Es la señora Bigham Charteris, la del castillo. Han atropellado a su perro… Sí, está aquí ahora.

Se sonrojó otra vez y colgó el auricular, pero antes Gabriel había podido escuchar la voz del veterinario, diciendo furiosamente:

—¿Por qué no has empezado por eso, tonta?

Hubo un momento de embarazo. Gabriel sintió lástima por la señora Burt, una graciosa y gentil persona atormentada por su marido. Dijo en la forma cordial y sincera que le caracterizaba:

—Es muy digno de admiración por su parte tener tantos problemas y ser tan simpática, señora Burt —Y le sonrió.

—Oh, no es nada, mayor Gabriel. Porque usted es el mayor Gabriel, ¿verdad? —Estaba un poco confusa por aquella aparición en su casa— Fui al mitin que dio en el instituto, la otra noche.

—Muy amable de su parte, señora Burt.

—Y deseo que consiga el escaño. Estoy segura de que lo conseguirá. Todo el mundo está mortalmente cansado del señor Wilbraham, se lo puedo asegurar. Como usted sabe, él no pertenece a esta tierra. No nació en Cornualles.

—Si se refiere a eso, yo tampoco.

—¡Oh, usted…!

Le miró con unos ojos que eran como los de Lucinda, llenos de admiración por el héroe. Tenía el pelo marrón, de un hermoso color castaño. Miraba a John Gabriel con los labios entreabiertos, viéndole con un telón de fondo de un lugar no determinado. Quizá como una figura en un campo de batalla. Desierto, calor, disparos, sangre, tambaleante en el campo abierto… Un paisaje de película, como el del cuadro que había visto la semana pasada.

¡Y él tan natural, tan gallardo, tan corriente!

Gabriel se esforzó en hablar. No quería que ella volviera a la sala de cirugía y se compadeciera de aquella pobre vieja larguirucha que quería estar a solas con su perra. Sobre todo cuando él tenía la razonable seguridad de que el perro está para eso. Lástima, una perrita adorable que no tenía más de tres o cuatro años.

La señora Burt era una mujer muy agradable, pero quería mostrar su simpatía hablando. Hablaría y hablaría, extendiéndose sobre los coches y el número de perros muertos cada año y sobre lo encantadora que era Lucinda. E incluso ofrecería una taza de té a la señora Bigham.

Para evitar todo esto, John Gabriel habló con Milly Burt y la hizo reír para que ella mostrara su hermosa dentadura y un bello hoyuelo que tenía a un lado de la boca. Ella empezaba a animarse cuando la puerta se abrió de repente y entró con brusquedad un hombre corpulento. Venía con pantalones de montar.

Gabriel se sorprendió ante el modo con que la mujer de Burt se acobardó y se estremeció.

—¡Oh, Jim, ya estás aquí! —exclamó nerviosa—. Éste es el mayor Gabriel.

James Burt asintió y su mujer prosiguió:

—La señora Charteris está en la sala de cirugía con la perra…

Burt la interrumpió:

—¿Por qué no sacaste fuera a la señora después de dejar allí a la perra? ¡No tienes el menor sentido!

—Ahora se lo diré.

—Deja, ya lo haré yo.

Al bajar la golpeó en el hombro y descendió las escaleras hacia la sala de cirugía.

Milly Burt dejó que sus ojos soltaran unas lágrimas ardientes.

Le preguntó al mayor Gabriel si deseaba una taza de té.

Porque sentía lástima de la señora Burt, y porque pensaba que su marido era un bruto sin modales, dijo que sí.

Y eso fue el comienzo de todo.

10

Fue, creo, al día siguiente —o posiblemente al otro— cuando Teresa trajo a la señora Burt a mi cuarto de estar.

Dijo Teresa:

—Éste es mi cuñado, Hugh. Hugh, ésta es la señora Burt, que se ha ofrecido amablemente a ayudarnos.

«Nos» no era personal, sino que se refería al partido conservador.

Miré a Teresa. Ella ni pestañeó.

La señora Burt ya estaba deseando hablar conmigo, mirándome con sus ojos marrones de mujer simpática.

Si yo ocasionalmente había caído en el lujo de compadecerme a mí mismo, trataba enérgicamente de evitar situaciones como aquélla. Contra la simpatía natural de la señora Burt no tenía defensa. Teresa abandonó vilmente la habitación.

La señora Burt se sentó a mi lado y se dispuso para charlar. Cuando me hube recobrado de mi autoconciencia y de mi descarnada miseria, me vi obligado a admitir que era muy bella.

—Tengo el convencimiento —empezó a decir— de que hemos de hacer todo lo que podamos en las elecciones. Sin embargo, temo que yo no pueda hacer mucho. No soy inteligente. No puedo ponerme a hablar a la gente, pero como le he dicho a la señora Norreys, si hay que hacer cualquier trabajo de oficina o hay que repartir propaganda, yo lo podré resolver. Opino que el mayor Gabriel habló maravillosamente en el instituto sobre el papel que las mujeres pueden desempeñar. Me hizo darme cuenta de lo terriblemente abandonada que he sido hasta ahora. Es un orador formidable, ¿no cree usted? ¡Oh, me olvidé! Supongo que usted…

Su angustia era realmente encantadora. Me miró con consternación.

Fui rápidamente en su ayuda:

—Oí su discurso de apertura en el Drill Hall. Ciertamente, consigue sus buenos efectos.

Ella no sospechó que hubiera ironía en mis palabras. Dijo con un sentimiento alborozado:

—¡Creo que es formidable!

—Eso es exactamente lo que nosotros, hum… queremos que todos crean.

—Por eso deberían elegirlo —dijo Milly Burt—. Quiero decir que será completamente distinto tener a un hombre como él representando a St. Loo. Un hombre de verdad. Un hombre que realmente estuvo en el ejército y luchó. El señor Wilbraham está muy bien, desde luego, pero siempre pensé que esos socialistas son demasiado fanáticos. Y después de todo, solo es un maestro de escuela o algo por el estilo. De aspecto muy aparente y con una voz muy afectada. Una no siente que él haya hecho cosas de verdad.

Yo escuchaba la voz del electorado con cierto interés y observaba que John Gabriel sabía ciertamente hacer las cosas.

La señora Burt estaba roja de entusiasmo.

—He oído que es uno de los hombres más valientes de todo el ejército. Dicen que podría haber ganado la Cruz de la Victoria cuantas veces hubiera querido.

Gabriel había tenido un éxito evidente, dejando correr la publicidad adecuada. Esto era cierto, aunque en el caso de la señora Burt no se tratara más que de entusiasmo personal. Estaba muy hermosa con las mejillas ligeramente sonrojadas y los ojos marrones encendidos por la adoración al héroe.

—Entró con la señora Bigham Charteris —me explicó—. El día que atropellaron a su perro. Fue un gesto hermoso por su parte, ¿verdad? ¡Se mostró tan interesado por el pobre animal!

—Probablemente es aficionado a los perros —dije.

Aquello resultaba demasiado vulgar para Milly Burt.

—No —dijo—. Lo hizo porque es muy amable, maravillosamente amable. ¡Y habló con tanta naturalidad y cortesía!

Tras una pausa, continuó:

—Me sentí un poco avergonzada. Quiero decir avergonzada por no haber colaborado más con la causa. Por supuesto, siempre he votado a los conservadores, pero solo votar no es suficiente, ¿verdad?

—Eso —dije— depende de la opinión de cada uno.

—Así sentí la necesidad de hacer algo y vine a preguntarle al capitán Carslake en qué podía ayudar. Tengo mucho tiempo libre, ¿sabe? Mi marido está ocupadísimo. Todo el día fuera de casa, excepto en las horas de cirugía. Y como no tengo hijos…

Durante un momento se dibujó en sus ojos una expresión diferente. Sentí pena por ella. Era el tipo de mujer que debería haber tenido hijos. Habría sido una madre excelente.

La maternidad frustrada todavía se reflejaba en su rostro cuando abandonó los recuerdos de John Gabriel para concentrarse inmediatamente en mí.

—Usted fue herido en El Alamein, ¿verdad? —preguntó.

—No —respondí furioso—. En Harrow Road.

—¡Oh! —exclamó sorprendida—. Es que el mayor Gabriel me dijo…

—Gabriel puede decir lo que quiera —le interrumpí—, pero no debe creer una palabra de lo que diga.

Sonrió vacilante. Lo admitió como una broma que no podía entender bien.

—Parece usted de muy buen humor —dijo armándose de valor.

—Mi querida señora Burt, ni parezco de buen humor ni lo tengo.

Ella dijo con gran encanto:

—Estoy terriblemente apesadumbrada, capitán Norreys.

Antes de que pudiera intentar el asesinato, se abrió la puerta e hicieron su irrupción Carslake y Gabriel.

Éste jugó muy bien sus cartas. Su cara se iluminó y fue al encuentro de ella.

—Hola, señora Burt. ¡Es muy hermoso de su parte! Realmente es un gran gesto.

Ella se mostró feliz y tímida.

—Oh, en realidad, mayor Gabriel, supongo que no seré de mucha utilidad. Pero quiero ayudar en algo.

—Ya lo creo que va a ayudar. Vamos a hacer que trabaje.

Todavía tenía las manos entre las suyas y la sonrisa se reflejaba en su rostro poco agraciado. Pude sentir el encanto y el magnetismo de aquel hombre. Y si yo lo sentía, la mujer lo sentía mucho más.

Se echó a reír y se sonrojó.

—Haré todo lo que pueda. Es importante, ¿verdad?, demostrar

que la región es leal a Churchill.

Yo podría haber dicho que lo importante era que fuéramos leales a John Gabriel y que se lo demostráramos con una buena mayoría.

—¡Éste es el espíritu! —dijo Gabriel cordialmente—. Son las mujeres quienes tienen el verdadero poder en las elecciones en estos días. Con tal de que ellas quieran utilizarlo…

—¡Oh, comprendo! —Se puso seria—. No nos interesamos lo suficiente…

—Bueno —dijo Gabriel—, después de todo, un candidato no es quizá mucho mejor que otro.

—¡Oh, mayor Gabriel! —La mujer estaba impresionada—. Por supuesto que existe toda la diferencia del mundo.

—Sí, desde luego, señora Burt —dijo Carslake—. Le puedo asegurar que el mayor Gabriel va a hacerlos sentar en Westminster.

Quise preguntar: «¿De verdad?»; pero me contuve.

Carslake se la llevó para entregarle panfletos, trabajos de máquina o algo así, y Gabriel, una vez que la puerta se cerró tras ellos, dijo:

—Una hermosa mujercita.

—Ciertamente, ha estado usted a punto de comerle la mano.

Frunció el ceño:

—¡Vamos, Norreys! Me gusta la joven señora Burt. Y siento lástima por ella. Si me lo pregunta, le diré que no lleva una vida muy agradable.

—Posiblemente sea así. No parece muy feliz.

—Burt es un tipo endemoniado. Bebe demasiado. No me extrañaría que pudiera llegar a ser brutal. Ayer noté que ella tiene un par de señales en un hombro. Apuesto a que él la golpea. Estas cosas me ponen rojo de ira.

Me quedé un poco sorprendido. Gabriel se dio cuenta de mi sorpresa e inclinó vigorosamente la cabeza.

—No puedo soportarlo, la crueldad siempre me ha indignado… ¿Alguna vez se ha puesto a pensar en el tipo de vida que tienen que llevar las mujeres? ¡Y además manteniendo cerrada la boca!

—Supongo que hay recursos legales —dije.

—No, no los hay, Norreys. Por lo menos no los hay hasta el último extremo. Sistemáticos malos tratos, escarnios, asperezas y líos tremendos si él tiene una copa de más. ¿Qué puede hacer una

mujer contra todo esto? ¿Qué puede hacer, sino doblegarse y sufrir sordamente? Las mujeres como Milly Burt no tienen dinero por ellas mismas. ¿Adónde irían si se separasen de sus maridos? Los parientes no quieren fomentar las discordias maritales. Las mujeres como Milly Burt están completamente solas. Nadie movería un dedo para ayudarlas.

—Sí —dije—. Eso es verdad.

Miré a Gabriel con curiosidad y le pregunté:

—¿Está muy excitado?

—¿Usted no cree que sea capaz de sentir un poco de sincera simpatía? —me contestó—. Me gusta esa niña. Me da pena. Me gustaría que hubiera algo que pudiera hacer por ella, pero imagino que no lo hay.

Me moví penosamente. O, mejor dicho, intenté moverme y fui recompensado con una dolorosa punzada. Pero al dolor físico se sumó otro, más sutil, el dolor de la memoria. Otra vez estaba sentado en un tren, viajando de Cornualles a Londres y viendo cómo caían unas lágrimas sobre un plato de sopa.

Así era como comenzaban las cosas. No como te imaginabas que iban a comenzar. Fue el desconsuelo pintado en un rostro lo que me dejó al descubierto para los asaltos de la vida, lo que me condujo… ¿adónde? En mi caso, a un coche de inválido sin tener futuro alguno por delante, y con un pasado que me atormentaba.

Le dije abruptamente a Gabriel (y en mi mente existía una conexión, aunque a él la transición debió de parecerle verdaderamente brusca):

—¿Qué tal le va con el pequeño grupito de hermosas mujeres del St. Loo Arms?

Sonrió burlonamente.

—Todo va bien, muchacho. Soy muy discreto. Mientras estoy en St. Loo me ocupo solo de negocios. —Suspiró—. Es una pena. Hay una que es justamente mi tipo… Pero ¡no se puede poseer todo! No se puede echar a perder la reputación ante el partido conservador.

Le pregunté si este partido era tan particular y él me contestó que existía un elemento puritano muy fuerte en St. Loo. Añadió que los pescadores tendían a ser religiosos.

—¿A pesar de tener una mujer en cada puerto?

—Eso es en la marina, viejo; no mezcle las cosas.

—Bien. ¿Con quién está usted mezclado, con el mujerío del St. Loo Arms o con la señora Burt?

Mis palabras le encolerizaron de repente.

—¿Qué intenta insinuar? La señora Burt es decente. Absolutamente decente. Es una buena chica.

Le miré con curiosidad.

—Ella es completamente recta, se lo aseguro —insistió—. No soportaría un lío de ese tipo.

—No —admití—. No creo que lo hiciera. Pero le admira mucho, ya sabe.

—¡Oh! Eso es la Cruz de la Victoria, lo del puerto y una serie de rumores que circulan por ahí.

—Precisamente iba a preguntarle sobre el particular. ¿Quién hace circular esos rumores?

Gabriel pestañeó.

—Le diré una cosa: son útiles, muy útiles. La artillería pesada contra Wilbraham, ¡pobre diablo!

—¿Y quién comenzó? ¿Carslake?

Gabriel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Carslake, no. Demasiado torpe. No podía confiar en él. Tuve que hacer el trabajo yo mismo.

Reventé de risa.

—¿Pretende decirme en serio que ha tenido agallas para decirle a la gente que podía haber ganado la Cruz de la Victoria tres veces más?

—No fue exactamente así. Utilizo a algunas mujeres. A las más tontas. Son las que me sacan los detalles, que yo doy de mala gana. Entonces, cuando me encuentro terriblemente preocupado y les pido que no se lo digan a nadie, ellas corren a decírselo a sus mejores amigos.

—Realmente es usted un sinvergüenza, Gabriel.

—Lucho en unas elecciones. Tengo que pensar en mi carrera. Estas cosas cuestan mucho más que si yo me destacase por ser justo en el asunto de los impuestos, o en el de las indemnizaciones, o por defender una paga igual para un trabajo igualmente malo. Las mujeres siempre buscan el elemento personal.

—Eso me recuerda una cosa, ¿qué demonios pretendía usted al decirle a la señora Burt que yo fui herido en El Alamein?

Gabriel suspiró.

—Supongo que usted la habrá desilusionado. No debió hacerlo. Utilice lo que pueda mientras funcione. Los héroes valen muchos puntos en estos tiempos. Ya se hundirán más tarde. Utilícelos mientras pueda.

—¿Aunque sea mentira?

—No es necesario decirles la verdad a las mujeres. Yo nunca lo hago. A ellas no les gusta, ya lo averiguará.

—Entre eso y contarles una mentira deliberada hay una pequeña diferencia.

—No es necesario mentir. Yo ya lo había hecho por usted. Solo tendría que haber murmurado: «¡Tonterías!»… Y luego agregar: «Todo es un error… Gabriel debiera tener quieta la lengua…». Y después, dando un giro a la conversación, empezar a hablar del tiempo, o de la pesca de la sardina, o de lo que se está cociendo en la oscura Rusia. Y la chica se lo hubiera tragado todo, con los ojos abiertos de entusiasmo. ¡Condenación! ¿Es que no quiere divertirse un poco?

—¿Qué diversión puedo tener en la actualidad?

—Ya, me doy cuenta de que actualmente no puede irse a la cama con ninguna —El mismo Gabriel midió sus palabras—. Pero un poco de material lacrimógeno es mejor que nada. ¿No le agrada que las mujeres se preocupen por usted?

—No.

—Extraño, a mí sí.

—Pues a mí me asombraría —dije.

La cara de Gabriel cambió de expresión. Frunció el ceño. Dijo con lentitud.

—Puede estar en lo cierto… Supongo que usted se refiere a que ninguno de nosotros se conoce realmente a sí mismo… Creo estar perfectamente informado sobre John Gabriel. Y usted insinúa que no lo conozco tan bien como creo. ¡Enfréntese con el mayor John Gabriel! ¡No creo que ustedes se conozcan el uno al otro!

Paseaba con rapidez de un lado a otro de la habitación. Sentí que mis palabras le habían causado una profunda intranquilidad. Me di cuenta de repente de que tenía el aspecto de un niño enfadado.

—Está usted equivocado —dijo—. Completamente equivocado.

Me conozco. Es lo último que conozco. De vez en cuando desearía que no fuera así… Sé exactamente lo que soy y de lo que soy capaz. Y me cuido de que las demás personas no lleguen a saberlo, ¿entiende? Sé de dónde vengo y adónde voy. Sé lo que quiero e intento estar seguro de que lo conseguiré. Por ello trabajo con una entrega total. Y no creo que corra el peligro de equivocarme. —Se mantuvo silencioso y pensativo durante un buen rato. Después concluyó—: No, creo estar bien asentado. ¡Voy a llegar a donde me proponga!

El tono de su voz me llamó la atención. Solo por un momento creí que John Gabriel era algo más que un charlatán. Le vi como una fuerza.

—¿Así que eso es lo que quiere? —dije—. Bien, quizá lo consiga.

—¿Conseguir qué?

—Poder. A eso se refería, ¿verdad?

Se me quedó mirando y soltó una carcajada.

—¡Dios mío, no! ¿Quién se cree que soy? ¿Hitler? No deseo poder. No tengo la ambición de reinar sobre mis encantadoras criaturas o sobre el mundo en general. ¡Por Dios, hombre! ¿Por qué cree usted que estoy en este lío? ¡Por el disparate del poder! Lo que yo quiero es un trabajo cómodo. Eso es todo.

Me quedé perplejo. Estaba desilusionado. Solo por un momento John Gabriel había adquirido proporciones gigantescas. Ahora se había reducido de nuevo al tamaño normal de la vida. Se dejó caer en una silla y cruzó las piernas. De pronto le vi como era, completamente despojado de su encanto. ¡Un vulgar, insignificante, pequeño hombrecillo! ¡Un hombrecillo codicioso!

—Y puede usted dar gracias al destino de que eso es todo lo que yo quiero. Los hombres que son codiciosos y que piensan en sí mismos no hacen daño al mundo. ¡El mundo es para ellos como una habitación! Y son, además, los hombres más apropiados para gobernar. ¡Qué el cielo ayude a todo país que tenga en el poder hombres con ideas! Un hombre que tenga una idea triturará a la gente corriente, matará de hambre a los niños, violará a las mujeres sin darse cuenta de nada de lo que está sucediendo. Ni siquiera le importará. Pero un bruto codicioso y egoísta no hará nunca daño. Únicamente desea procurarse un sitio confortable y, una vez que lo ha conseguido, estará dispuesto a tener contento al hombre medio.

En efecto, lo que él prefiere es tenerlo feliz y contento, y esto causa menos problemas. Sé perfectamente lo que quiere la mayoría de la gente, no es mucho. Solo sentirse importante y tener la oportunidad de hacerlo un poquitín mejor que su vecino, sin ser avasallado demasiado. Recuerde mis palabras, Norreys, aquí es donde el partido laborista tendrá su gran fallo, una vez que llegue al poder.

—Si es que llega —interrumpí.

—Llegarán sin dificultad —me dijo Gabriel confidencialmente—. Y le voy a decir en qué se equivocarán. Empezarán a meter prisa a la gente. Todo con la mejor intención. Los que no son unos intransigentes *tories*, son unos chiflados. ¡Y Dios nos libre de los chiflados! Es realmente digno de comentario la cantidad de sufrimiento que un inteligente o idealista chiflado puede infligir a un país decente y respetuoso con la ley.

Yo argüí:

—¿Viene eso a significar que usted cree saber lo que es mejor para el país?

—En absoluto. Sé lo que es mejor para John Gabriel. El país está a salvo de mis experimentos porque estaré ocupado pensando en mí mismo y en cómo enterrarme en el confort. No me importa lo más mínimo llegar a ser primer ministro.

—¡Me sorprende! —dije.

—No cometa un error ahora, Norreys. Probablemente pudiera llegar a *premier* si quisiera. Es increíble lo que se puede lograr con solo estudiar lo que la gente quiere oír, y entonces decirlo tú. Pero ser primer ministro significa muchas preocupaciones y un trabajo durísimo. Intento hacerme un nombre, eso es todo.

—¿Y de dónde viene el dinero? Con seiscientas libras al año no se va muy lejos.

—Tendrán que aumentarlo si los laboristas llegan al poder. Probablemente lo dejarán en mil. Pero no cometa otro error; hay muchos caminos para hacer dinero en una carrera política. Algunos torcidos y otros rectos. También está el matrimonio.

—¡Además ha planeado casarse! ¿Un título?

Por alguna razón enrojeció.

—No —dijo con vehemencia—. No me voy a casar con nadie que no sea de mi clase. ¡Oh, sí, sé cuál es mi clase! No soy un caballero.

—¿Significa algo esa palabra en nuestros días? —pregunté con escepticismo.

—La palabra no. Pero lo que esa palabra designa todavía está ahí.

Tenía la mirada fija. Se detuvo a meditar. Cuando habló su voz era reflexiva, parecía venir de lejos:

—Recuerdo que fui a una gran casa con mi padre. Estaba haciendo un trabajo en las cañerías de la cocina. Yo correteaba alrededor de la casa. Una niña vino y me habló. Era una niña muy bonita, un año o dos mayor que yo. Me llevó con ella a un jardín fastuoso. Fuentes, terrazas, grandes cedros y una hierba verde que parecía terciopelo. El hermano de la niña también estaba allí. Era más joven. Nos pusimos a jugar a policías y ladrones. Fue muy divertido, armamos un alboroto como si la casa estuviera ardiendo. Y entonces apareció una niñera, toda envarada y de uniforme. Pam, así se llamaba la niña, fue bailando hacia ella y le dijo que yo tenía que ir a tomar el té al cuarto de los niños. Quería tomar el té conmigo. Puedo ver aún la rígida cara de la niñera, sus remilgos. ¡Aún puedo oír su voz y sus palabras! «No puedes hacer eso, querida, no es más que un niño vulgar…».

Gabriel se detuvo.

Yo estaba impresionado. Impresionado ante aquella crueldad, aunque fuera una crueldad inconsciente, impensada. Gabriel había estado oyendo esa voz, viendo aquella cara desde entonces… Había sido herido en lo más profundo de su corazón.

—Pero dese cuenta —dije—, ella no era la madre de los niños. Dejando a un lado su crueldad, las palabras procedían, digamos, de una muy segunda clase…

Gabriel volvió hacia mí su cara pálida.

—No tiene que ver con el fondo de la cuestión, Norreys. Estoy de acuerdo en que una dama de la nobleza no habría dicho una cosa así, hubiera sido más considerada, pero el hecho en sí fue verdad. Yo era un muchacho vulgar. Todavía soy un muchacho vulgar. Y moriré algún día como muchacho vulgar.

—¡No sea absurdo! ¿Qué importan esas cosas?

—No importan. Han dejado de importar. En realidad, hoy en día es una ventaja no ser un caballero. La gente se burla de esas viejas orgullosas, algo patéticas, y de esos caballeros que están muy bien

relacionados y que no tienen lo suficiente para vivir. Todos, actualmente, somos esnobs por lo que respecta a la educación. La educación es nuestro fetiche. Pero mi problema era, Norreys, que no quería ser un muchacho vulgar. Fui a casa y le dije a mi padre: «¡Papá, cuando crezca quiero ser un lord! ¡Quiero ser lord John Gabriel!». Mi padre me contestó que eso era, justamente, lo que nunca podría ser. «Tendrías que haber nacido del linaje de un lord», me dijo. «Te pueden dar un título si te haces lo suficientemente rico, pero no es lo mismo…». ¡Claro que no es lo mismo! Hay algo, algo que nunca puedo tener. No me refiero al título; me refiero a haber nacido seguro de mí mismo, sabiendo lo que voy a hacer o decir. Poder ser brusco cuando únicamente quieras serlo y no ser brusco porque notes calor y te sientas incómodo, o quieras demostrar que eres tan bueno como cualquiera. Sentirte cómodo en tu propia piel y no tener que preguntarte qué es lo que va a pensar de ti la gente, sino solo preocuparte de lo que piensas tú de ella. Saber que si te muestras raro, andrajoso o excéntrico, importa un rábano, porque eres lo que eres.

—¿Porque eres, en efecto, *lady* St. Loo? —sugerí.

—¡Qué se lleve el diablo a esa vieja zorra! —despreció John Gabriel.

—¿Sabe que es usted realmente interesante? —dije.

—Para usted esto no es real, ¿verdad? No sabe lo que significa. Cree que lo sabe, pero en realidad no logra comprenderlo.

—Sabía —dije lentamente— que había habido algo. Que alguna vez había sufrido un fuerte *shock*… Cuando era niño le hirieron, le hicieron daño. Y en cierto sentido nunca lo llegó a superar.

—¡Déjese de psicología! —dijo Gabriel airado—. Pero usted comprende, ¿verdad?, por qué cuando estoy cerca de una joven bonita como Milly Burt me siento feliz. Y por qué es el tipo de mujer con la que me gustaría casarme. Tendrá que tener dinero, desde luego, pero con dinero o sin él pertenecerá a mi propia clase. Puede imaginarse, ¿no es cierto?, lo terrible que sería para mí casarme con una de esas jovencitas envaradas, con cara de caballo, y tener que pasarme la vida tratando de ser igual que ella. —Hizo una pausa y preguntó bruscamente—: Usted estuvo en Italia. ¿Fue alguna vez a Pisa?

—Estuve en Pisa hace unos años.

—Creo que está en Pisa eso a lo que quiero referirme. Hay allí algo pintado en una pared, el cielo, el infierno, y el purgatorio y todas esas cosas. El infierno es más bien divertido, con pequeños demonios que te empujan hacia abajo con sus horcas. El cielo está arriba, hay una fila de santos sentados bajo unos árboles, con una expresión farisaica en sus rostros. ¡Dios mío, esas mujeres! No saben nada del infierno, no saben nada de los condenados, ¡no saben nada de nada! Lo único que hacen aquellas bienaventuradas es estar allí, sentadas, riéndose farisaicamente… —Su apasionamiento subió de tono—. Dios, me gustaría arrancarlos de debajo de los árboles y de su estado de beatitud para hacerlos caer en las llamas… ¡Hacer que allí se retorcieran! ¡Hacerles sentir el fuego, hacerles sufrir! ¿Qué derecho tienen a no saber qué es el sufrimiento? Allí están sentados, sonriendo y nada les puede tocar… Sus cabezas entre las estrellas… Sí, eso es, entre las estrellas.

Se levantó. Su voz se cortó, sus ojos se pasearon sobre mí, unos ojos vagos, indagadores.

—Entre las estrellas —repitió. Después se echó a reír—. Le pido perdón por haberle importunado con todas estas cosas. Yo, después de todo, ¿por qué no? La Harrow Road quizá le haya convertido en un tullido, pero todavía es bueno para algo. Me puede escuchar cuando tengo ganas de hablar… Se dará cuenta, espero, de que la gente habla mucho con usted.

—Efectivamente, así ocurre.

—¿Sabe por qué? No es porque sepa escuchar maravillosamente y con simpatía, ni nada por el estilo. Es porque usted no sirve para nada más.

Se quedó mirándome con la cabeza un poco ladeada y con los ojos todavía llenos de cólera. Creo que quería que sus palabras me hirieran, pero no fue así. Por el contrario, experimenté un alivio considerable al oír en boca de otro las cosas que había pensado en el interior de mi cabeza.

—No alcanzo a comprender por qué no decide salir de todo esto —dijo—. ¿O es que no tiene los medios?

—Tengo los medios —respondí. Y una de mis manos apretó el tubo de pastillas.

—Comprendo —dijo—. Tiene más agallas de lo que pensé.

11

A la mañana siguiente la señora Carslake se pasó un rato hablando conmigo. No me gustaba la señora Carslake. Era una mujer delgada y morena con una lengua viperina. Creo que en todo el tiempo que estuve en Polnorth House no le oí decir una palabra agradable de nadie. De vez en cuando, por divertirme malignamente, acostumbraba a mencionar nombre tras nombre, esperando que los dulces comentarios saliesen de su boca.

En aquella ocasión me hablaba de Milly Burt.

—Es un bonito *bibelot* —dijo—. Y muy necesitada de ayuda. Es algo estúpida, desde luego, y no muy bien educada políticamente. Las mujeres de su clase son muy apáticas en política.

Mi impresión era que la clase de Milly Burt era la misma que la de la señora Carslake. Para molestarla, dije:

—Igual que Teresa, en efecto.

La señora Carslake pareció conmocionarse.

—¡Oh, pero la señora Norreys es muy inteligente! —Luego vino el usual toque de veneno—. A veces demasiado inteligente para mí. A menudo tengo la impresión de que nos desprecia a todos. Las mujeres intelectuales están frecuentemente demasiado concentradas en sí mismas. ¿No lo cree así? Desde luego yo no llamaría egoísta a la señora Norreys… —Después volvió a la señora Burt y dijo—: Es estupendo para la señora Burt tener algo que hacer. Me temo que tiene una vida familiar muy desgraciada.

—Me apena oír eso.

—Ese hombre, Burt, está cayendo en picado. Sale del St. Loo Arms tambaleándose a la hora de cerrar. Realmente me extraña que le sirvan. Creo que en ocasiones es muy violento. Así lo aseguran los vecinos. ¿No sabe que ella le tiene un miedo mortal?

Le temblaba la punta de la nariz. Era, estoy seguro, un temblor que indicaba sensaciones placenteras.

—¿Por qué no le abandona? —le pregunté.

La señora Carslake pareció sorprenderse.

—¡Oh, capitán Norreys! Ella nunca podría hacer una cosa semejante. ¿Adónde iría? No tiene familia. De vez en cuando he pensado que si apareciera un joven simpático… No me parece que tenga unos principios muy sólidos. Sí tiene, en cambio, buena apariencia; en cierto sentido es obvio…

—A usted no le gusta mucho, ¿verdad? —pregunté.

—¡Oh, sí, me gusta! Aunque la verdad es que apenas la conozco. Un veterinario… Bien, quiero decir que no es como un médico.

Dejando bien determinada esa distinción social, la señora Carslake me preguntó con solicitud si había algo que pudiera hacer por mí.

—Su ofrecimiento es muy amable, pero no creo que necesite nada.

Yo estaba mirando por la ventana. Siguió la dirección de mis ojos y vio lo mismo que yo estaba viendo.

—Oh —dijo—. Es Isabella Charteris.

Vimos cómo se acercaba, cruzaba la puerta del jardín y subía los escalones hacia la terraza.

—Es una chica muy guapa —dijo la señora Carslake—. Aunque demasiado tranquila. A menudo pienso que estas muchachas tan plácidas están inclinadas a ser artificiales.

La palabra «artificial» me indignó. No pude decir nada porque la señora Carslake había hecho su afirmación al tiempo que se retiraba.

«¡Artificial!». ¡Era una palabra horrible! Especialmente aplicada a Isabella. La cualidad más evidente de Isabella era la honestidad. Una honestidad sin temores y casi concienzuda.

Al menos… Recordé de repente el modo como ella había dejado caer su pañuelo sobre aquellas condenadas pastillas. La soltura con que había fingido estar en mitad de una conversación. Todo sin la menor excitación, con naturalidad, como si hubiera estado haciendo esa clase de cosas durante toda su vida.

¿Era eso, quizá, lo que la señora Carslake había querido decir con la palabra «artificial»?

Pensé para mis adentros que le preguntaría a Teresa lo que pensaba sobre esto. Teresa no era dada a decir voluntariamente sus

opiniones, pero si se las preguntabas, podías recibir respuesta.

Cuando llegó Isabella me di cuenta de que estaba excitada. No sé si a otra persona le hubiera dado la misma impresión, pero yo lo noté enseguida. Por entonces empezaba a conocer bien a Isabella.

Empezó a hablar inmediatamente, sin perder el tiempo en saludos.

—Rupert viene. Al fin, viene —dijo—. Puede llegar en cualquier momento. Viene a casa, en avión, desde luego.

Se sentó y sonrió. Sus manos largas y estrechas se doblaron sobre su regazo. Detrás de su cabeza, el tejo se recortaba contra el cielo. Se sentó allí, con mirada beatífica. Su actitud, el cuadro que componía, todo me recordaba algo. Algo que había visto u oído hacía poco.

—¿Su llegada significa mucho para ti? —pregunté.

—Sí, claro que sí. ¿No se da cuenta? He estado esperando mucho tiempo.

¿Había posiblemente en Isabella un toque de Mariana en la granja rodeada por el foso? ¿Pertenecía al período Tennyson?

—¿Esperando a Rupert? —pregunté.

—Sí.

—¿Estás encariñada con él?

—Creo que a Rupert le tengo más cariño que a nadie en el mundo. —Después añadió, arreglándoselas para dar una entonación diferente a la repetición de las mismas palabras—: Creo que sí.

—¿No estás segura?

Me miró con una angustia repentina y profunda.

—¿Puede uno estar seguro de algo?

No era una pregunta relativa a sus sentimientos. Era definitivamente un interrogante.

Me lo preguntaba porque pensaba que quizá yo supiera la respuesta que ella no conocía. No podía sospechar lo mucho que me hería aquella pregunta.

—No —dije. Y mi voz sonó ásperamente a mis propios oídos—. Uno no puede estar nunca seguro.

Ella aceptó la respuesta, contemplando la tranquilidad de sus manos dobladas.

—Ya. Comprendo —dijo.

—¿Cuánto tiempo hace que no le ves?

—Ocho años.

—Eres una criatura romántica, Isabella —dije.

Me miró interrogativamente.

—¿Porque creo que Rupert vendrá a casa y nos casaremos? Eso no es en realidad romántico. No es más que una norma —Sus manos se estremecieron de vida, delineando algo en la superficie de su blusa—. Mi norma y su norma. Convergerán juntas, se unirán. No creo que pueda dejar nunca St. Loo. Nací aquí y siempre he vivido aquí. Quiero seguir viviendo aquí. Espero morir aquí.

Se estremeció ligeramente al pronunciar las últimas palabras. Al mismo tiempo una nube oscureció el sol.

Me sorprendí de nuevo, en mi interior, de aquel obsesivo horror a la muerte.

—No creo que mueras hasta dentro de mucho tiempo —dije consolador—. Eres fuerte y saludable.

Ella afirmó con energía:

—Sí, soy muy fuerte. Nunca estoy enferma. Creo que puedo vivir hasta los noventa, ¿verdad? O incluso hasta los cien. Después de todo hay gente que llega hasta esa edad.

Intenté imaginarme a Isabella a los noventa años. Me era imposible. Y en cambio podía imaginarme fácilmente a *lady* St. Loo a la edad de cien años. Pero por entonces *lady* St. Loo tenía una personalidad vigorosa y fuerte. Se peleaba con la vida, era consciente de sí misma como un creador y director de acontecimientos. Luchaba por la vida. Isabella la aceptaba.

Gabriel abrió la puerta y entró diciendo:

—Oiga un momento, Norreys… —Y se detuvo al ver a Isabella —: Oh, buenos días, señorita Isabella.

Sus modales eran ligeramente afectados y parecían autocontrolados. Me pregunté divertido si se debía a la sombra de *lady* St. Loo.

—Estamos departiendo sobre la vida y la muerte —dije alegremente—. Acabo de profetizar que la señorita Charteris llegará a cumplir los noventa.

—Supongo que a ella no le gustaría eso —dijo Gabriel—. ¿O sí?

—Sí —respondió Isabella.

—¿Por qué?

Ella contestó:

—Porque no quiero morir.

—¡Oh! —exclamó Gabriel alegremente—. Nadie quiere morir. Aunque no piensen en la muerte, les asusta morir. Una cuestión molesta y dolorosa.

—Es la muerte lo que me preocupa —dijo Isabella—, no el dolor. Yo puedo aguantar bien el dolor.

—Eso es lo que usted cree —dijo Gabriel.

Algo, en su tono festivo y desafiante, irritó a Isabella. Enrojeció y volvió a decir:

—Puedo soportar el dolor.

Se miraron mutuamente. La mirada de él todavía era burlona; la de ella, desafiante.

Y entonces Gabriel hizo algo a lo que yo no podía dar crédito.

Tenía mi cigarro sobre el cenicero. Con un movimiento rápido vino hacia mí, tomó el cigarro y llevó su extremo, rojo de fuego, al brazo de Isabella.

Ella no retrocedió ni apartó el brazo.

Creo que grité en señal de protesta, pero ninguno de los dos me prestó la menor atención. Gabriel apretó la punta del cigarro contra la piel de la muchacha.

Toda la ignominia y la amargura del inválido fueron mías en aquel instante. Estar desamparado, sujeto, incapaz de actuar. No pude hacer absolutamente nada. Sorprendido por el salvajismo de Gabriel, nada pude hacer por prevenirlo.

Vi cómo el rostro de Isabella se estremecía lentamente de dolor. Sus labios estaban apretados. No se movía. Sus ojos seguían fijos en los de Gabriel.

—¿Está usted loco, Gabriel? —grité—. ¿Qué demonios cree que está haciendo?

No me prestó la más mínima atención. Igual que si yo no estuviera en la habitación.

De repente, con un rápido movimiento, arrojó el cigarro a la chimenea.

—Me retracto —le dijo a Isabella—. Lo puede soportar perfectamente.

Y después, sin decir más, salió de la habitación.

Yo casi no podía articular las palabras que se me habían amontonado en la garganta.

—¡El muy bruto, el salvaje! ¿Qué demonios creía que estaba haciendo? ¡Le debían haber pegado un tiro!

Isabella, con los ojos fijos en la puerta, se pasaba cuidadosamente un pañuelo por la zona quemada. Lo hacía, si se puede utilizar el término, casi con gesto ausente, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte.

Después, como si volviera de un largo viaje, me miró.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Parecía un poco sorprendida.

Intenté decirle, incoherentemente, lo que pensaba de la acción de John Gabriel.

—No veo por qué está tan indignado —dijo—. El mayor Gabriel solo comprobaba si yo podía aguantar el dolor. Ahora ya sabe que puedo.

12

Aquella tarde nos reunimos a tomar el té.

Estaba en St. Loo una sobrina de la señora Carslake. Había sido compañera de escuela de Isabella, según nos contó su tía. Y como yo nunca había podido imaginarme a Isabella en la escuela, me pareció muy bien la idea de Teresa, cuando nos sugirió invitar a tomar el té a la señora Carslake y a su sobrina. Teresa también había invitado a Isabella.

—Va a venir Anne Mordaunt. Creo que fue condiscípula tuya.

—Había varias Anne —puntualizó Isabella vagamente—. Anne Trenchard, Anne Langley y Anne Thompson.

—Olvidé cuál era su nombre de soltera. La señora Carslake me lo dijo.

Anne Mordaunt resultó haber sido Anne Thompson. Era una joven vivaracha, de modales decididos y más bien desagradables. O por lo menos ésa fue mi impresión. Estaba en Londres, en un ministerio, y su marido en otro. Tenían un niño, al que habían dejado convenientemente apartado en algún sitio donde no interfiriera a la valiosa contribución que Anne Mordaunt prestaba al esfuerzo de la guerra.

—Aunque mi madre dice que debimos traer a Tony, ahora que los bombardeos han terminado… Pero en realidad opino que tener a un niño en Londres es muy difícil en la situación actual. El piso es demasiado pequeño y no se pueden conseguir institutrices apropiadas. Además, están las comidas, y yo estoy fuera todo el día.

—De verdad, pienso —dije— que es una demostración de civismo público por su parte el tener un niño cuando por otra parte tiene tanto y tan importante trabajo que realizar.

Vi que Teresa, sentada al otro lado de la gran bandeja que contenía el servicio de té, sonreía un poco. Gentilmente incliné la cabeza.

Pero mi comentario fue muy bien recibido por la señora Mordaunt. En efecto, pareció agradarle.

—Una siente —dijo— que no quiere eludir ninguna de sus responsabilidades. Los niños se necesitan urgentemente. Sobre todo en nuestra clase. —Y añadió, como una especie de reflexión tardía —: Aparte de eso, estoy consagrada absolutamente a Tony.

Después se volvió hacia Isabella y las dos se sumergieron en las reminiscencias de los viejos tiempos de St. Ninian. Me hizo el efecto de una conversación en la cual una de las dos participantes no conocía su papel. Anne Mordaunt se vio en aprietos más de una vez.

La señora Carslake le dijo a Teresa:

—Siento que Dick se retrase. No puedo saber qué es lo que le retiene. Esperaba estar en casa sobre las cuatro y media.

Isabella dijo:

—Creo que el mayor Gabriel está con él. Pasó por la terraza hace aproximadamente un cuarto de hora.

Me quedé sorprendido. No había oído pasar a nadie. Isabella estaba sentada de espaldas a la ventana y no pudo, casi con toda seguridad, ver pasar a nadie. Yo había tenido mis ojos puestos en ella y ciertamente no había vuelto la cabeza, ni había mostrado el menor indicio de ver a alguien. Sabía que su oído era extraordinariamente fino, pero me sorprendió cómo había averiguado que se trataba de John Gabriel.

Teresa se dirigió a la muchacha:

—¿No le importaría, Isabella, ir a preguntarles a los dos si les gustaría venir a tomar el té? No, por favor, señora Carslake, no se mueva.

Pudimos ver cómo desaparecía la alta figura de Isabella camino de la puerta.

Habló la señora Mordaunt:

—Isabella no ha cambiado en absoluto. Es la misma de siempre. Siempre fue la más extraña de las chicas. Caminaba como si viviera en un sueño. Siempre nos impresionó que fuera tan inteligente.

—¿Inteligente? —pregunté bruscamente.

La señora Mordaunt se volvió hacia mí:

—Sí, ¿no lo sabía? Isabella es endemoniadamente inteligente. A la señorita Curtis, la directora, casi se le partió el corazón cuando supo que no seguiría en Somerville. Se matriculó cuando solo tenía

quince años y recibió varias distinciones.

Yo seguía viendo a Isabella como a una muchachita encantadora, pero no como a una joven muy dotada intelectualmente. Todavía miraba con incredulidad a Anne Mordaunt.

—¿Qué materias eran las que se le daban mejor? —pregunté.

—¡Oh, astronomía y matemáticas! En matemáticas era un lince. Y también en latín, y en francés. Se aprendía cualquier cosa si se empeñaba. Y en realidad todo le importaba un comino. Eso partió el corazón de la señorita Curtis. Todo lo que Isabella parecía querer hacer era volver y quedarse a vivir en ese viejo castillo.

Regresó Isabella, seguida del capitán Carslake y del mayor Gabriel.

La reunión discurrió como de costumbre.

—Lo que de verdad me enfurece, Teresa —le dije más tarde, aquella noche, a mi cuñada—, es la imposibilidad de saber realmente cómo es una persona. Por ejemplo, Isabella Charteris. Esa tal Mordaunt me la describió como un cerebro. Yo tenía la costumbre de pensar que era, más o menos, una retrasada mental… También alguna vez hubiera podido decir que su característica más acusada es la honestidad. Sin embargo, la señora Carslake dice que es artificial. ¡Artificial! Una palabra horrible. John Gabriel dice que es una relamida y una presuntuosa. Tú… Bueno, ahora no sé lo que piensas porque casi nunca dices nada personal sobre la gente. ¿Pero cuál es la verdad de una criatura humana que puede parecer tan diferente a personas distintas?

Robert, que casi nunca se metía en nuestras conversaciones, se movió con nerviosismo y dijo inesperadamente:

—¡En realidad, tú mismo has dado la respuesta! La gente parece diferente a diversas personas. Lo mismo que las cosas. Los árboles, por ejemplo, o el mar. Dos pintores te darían una idea completamente distinta del puerto de St. Loo.

—¿Quieres decir que un pintor lo reflejaría de una manera concreta y, el otro, de una forma abstracta?

Robert, un poco disgustado, negó con la cabeza. Odiaba hablar de pintura. Nunca encontraba las palabras precisas para expresar lo que quería decir.

—No —dijo—. En realidad lo verían de distinta forma.

Probablemente, y no lo sé, hay una tendencia a resaltar los rasgos de las cosas que te son más significativas.

—Y uno hace lo mismo con las personas, ¿lo crees así? Pero no se pueden tener dos cualidades diametralmente opuestas. Piensa en Isabella, ¡no puede ser inteligente y retrasada mental al mismo tiempo!

—Creo que en eso estás equivocado, Hugh —intervino Teresa.

—¡Mi querida Teresa! —protesté.

Mi cuñada sonrió. Habló despacio y pensándolo mucho:

—Se puede tener una cualidad y no usarla. Por ejemplo, si se posee un método más simple que da los mismos resultados. O que te cuesta menos esfuerzo. La cuestión es, Hugh, que todos nosotros hemos avanzado tanto desde la sencilla simplicidad y nos hallamos tan lejos de ella que, ahora, no sabemos reconocerla cuando la encontramos. Sentir una cosa es siempre mucho más sencillo, mucho menos dificultoso, que pensarla. Solo en las complejidades de la vida civilizada el sentimiento no es lo suficientemente correcto.

Teresa hizo una pausa y con su manera aguda de explicar las cosas prosiguió:

—Considera un mal ejemplo de lo que quiero decir el que te pregunten qué momento del día es, si mañana, mediodía, tarde o noche. No tienes que pensar y no necesitas para eso de un conocimiento exacto ni de ningún aparato, relojes de sol, relojes de agua, cronómetros, relojes de pared o de pulsera. Pero si tienes que concertar citas, tomar trenes o estar en determinados lugares a unas horas concretas, tienes que pararte a pensarlo y acudir a complicados mecanismos que te proporcionen exactitud. Creo que una actitud ante la vida es muy parecida a esto. Te sientes feliz, enfadado, te gusta alguien o algo, te disgusta alguien o algo, te sientes triste, etc. La gente como tú o como yo, Hugh (Robert no tanto) especula sobre lo que siente, lo analiza, piensa sobre ello. Examinan toda la cuestión y ellos mismos se dan una razón: «Soy feliz por esto y por aquello. Me gusta esto y lo otro por esto y por lo de más allá. Hoy estoy triste por esto y por lo otro…». Solo que con mucha frecuencia se dan a ellos mismos razones falsas, se engañan deliberadamente. Pero Isabella, me parece, no especula. Nunca le preguntes «por qué», porque, sinceramente, a ella no le interesa. Si

le dices que piense, que te diga por qué siente algo y cómo lo siente, ella creo que podría razonarte con perfecta exactitud y darte la respuesta correcta. Pero Isabella es como una persona que tiene un reloj muy bueno y muy caro sobre la repisa de la chimenea y que nunca le da cuerda porque, con el tipo de vida que lleva, no le interesa saber con exactitud que hora es.

—Pero en St. Ninian —dije— le obligaron a usar el intelecto y tiene uno muy alto. Aunque yo diría que no un intelecto especialmente especulativo. Lo que se le da mejor son las matemáticas, la astronomía, los idiomas. Nada requiere imaginación. Nosotros, todos nosotros, utilizamos la imaginación y la especulación como medios de escape. Como un medio para salir fuera de nosotros mismos. Isabella no necesita escapar de sí misma. Puede vivir en armonía con su propio yo. No tiene necesidad de un modo de vida más complejo.

—Posiblemente los seres humanos fueran así en tiempos medievales —concedió mi cuñada—. Incluso en la época de Isabel I. Leí que un «gran hombre» de aquellos tiempos, una persona que tenía una gran posición, un ser simplemente rico y poderoso, avanzaba solo en un sentido. No se cargaba la existencia del significado moral y espiritual que nosotros le atribuimos. El fin no tenía nada que ver con el carácter.

—Te refieres —dije— a que la gente era directa y concreta en su actitud ante la vida. A que no especulaba demasiado.

—Sí, Hamlet con sus meditaciones, su «ser o no ser», era una figura completamente extraña a su tiempo. Por eso, entonces y durante mucho tiempo, los críticos condenaron a Hamlet por su forma de obrar, debido a la fatal debilidad de la trama. «No hay razón —dijo uno de ellos—, para que Hamlet no hubiera matado al rey en el primer acto. La única razón que tuvo para no hacerlo es que, si lo hubiera hecho, no hubiera habido drama». Era completamente increíble para ellos que se hubiera podido escribir una obra en torno a un carácter semejante. Pero hoy en día prácticamente todos somos Hamlets y Macbeths. Nos estamos haciendo preguntas a nosotros mismos continuamente —Su voz adquirió de golpe un tono de gran aburrimiento—. «Ser o no ser». Si es mejor estar vivo o estar muerto. Y siempre analizando el éxito

como Hamlet analiza a Fortimbras. Hoy por hoy, Fortimbras sería el personaje menos comprendido. Impulsivo, confiado, sin hacerse preguntas a sí mismo… ¿Cuántas personas hay así en nuestros días? Creo que no muchas.

—¿Crees que Isabella es una especie de Fortimbras femenino? —pregunté sonriendo.

Teresa también sonrió.

—No tan agresiva —contestó—, pero con propósitos claros y sin dobleces. Jamás se preguntará: «¿Por qué soy como soy? ¿Por qué siento lo que siento?». Sabe lo que siente y cómo es y siempre hará lo que tiene que hacer.

—¿Quieres decir que es fatalista?

—No, pero no creo que para ella existan nunca alternativas. Jamás verá dos caminos de acción posibles. Solo uno. Y jamás pensará en volver sobre sus pasos. Seguirá siempre hacia delante. No hay camino de vuelta para las Isabellas.

—Me pregunto si hay camino de vuelta para cada uno de nosotros —dije con amargura.

Teresa comentó con calma:

—Quizá no. Pero creo que normalmente hay una escapatoria.

—Teresa, ¿qué quieres decir exactamente?

Me miró y dijo:

—Creo que uno siempre tiene una posibilidad de escape… Normalmente no te das cuenta hasta después… Cuando miras hacia atrás… pero está allí.

Permanecí en silencio unos momentos, fumando y pensando.

Cuando Teresa dijo aquello, yo tuve un repentino y vivido recuerdo. Acababa de llegar a la coctelería de Caro Strangeways. Estaba en la entrada, esperando a que mis ojos se acostumbrasen a la luz de las lámparas y al humo del tabaco. Allí, al final del salón, vi a Jennifer. Ella no se dio cuenta de mi presencia, estaba hablando con alguien. Con su manera característica, animada y movida.

Fui consciente de dos sentimientos bruscamente conflictivos. Primero, un salto de triunfo. Había estado seguro de que nos volveríamos a encontrar y allí estaba la prueba de mi seguridad instintiva. El encuentro en el tren no era un incidente aislado. Lo supe desde el principio y allí estaba la demostración de la verdad de

mi creencia. Pero además, a pesar de mi triunfo y de mi excitación, tuve el súbito deseo de darme la vuelta y abandonar la fiesta. Tuve el deseo de recordar mi encuentro con Jennifer en el tren como un acontecimiento casual y aislado, un acontecimiento que nunca olvidaría.

Fue como si alguien me hubiera dicho: «Eso es lo mejor que os puede ocurrir a los dos. ¡Un corto espacio de perfección! Déjalo como está». Si Teresa tenía razón, ésa había sido mi posibilidad de escape.

Bien, yo no la había aprovechado. Yo había seguido. Y Jennifer también. Todo lo demás ocurrió fatalmente. La creencia en nuestro mutuo amor, el accidente en la Harrow Road, mi coche de inválido y Polnorth House…

Al volver a mi original punto de partida, mi mente retornó de nuevo a Isabella y le hice una última objeción a Teresa:

—Pero artificial, no, Teresa. ¡Qué palabra más horrible! Artificial, no.

—No sé, no sé —dudó mi cuñada.

—¿Artificial? ¿Isabella?

—¿No es la artificialidad la primera, la más fácil línea de defensa? ¿No es una de las más primitivas características? La liebre que se agacha de esa forma tan curiosa. El guaco que se agita por el brezo para que no te fijes en su nido… Seguramente, Hugh, la artificialidad es elemental. Es el único truco que se puede usar cuando se está desamparado entre la espada y la pared.

Se levantó y anduvo hacia la puerta. Robert ya se había retirado a descansar. Con los dedos en el picaporte Teresa volvió la cabeza.

—Creo —dijo— que ya puedes deshacerte de las tabletas. No las necesitarás ahora.

—¡Teresa! —grité—. ¿Así que lo sabías?

—Por supuesto que lo sabía.

—Pero entonces… —Me detuve—. ¿Por qué dices que no me harán falta ahora, que no las necesitaré?

—Bien, ¿las quieres?

—No —dije despacio—. Tienes razón, no las necesito. Las tiraré mañana.

—Estoy muy contenta. —Teresa sonrió—. A veces he temido que…

La miré con curiosidad.

—¿Por qué no intentaste quitármelas?

No habló durante unos instantes. Después dijo:

—A ti te han servido de algo, ¿verdad? Te han hecho sentirte seguro. Sabías que siempre tendrías una salida.

—Sí —respondí—. Era muy distinto.

—¿Por qué eres tan estúpido entonces de preguntarme por qué no te las quité?

Me eché a reír.

—Bien, Teresa, mañana se irán por la cañería del desagüe. Es una promesa.

—Así que, al fin, has empezado a vivir de nuevo. A querer vivir.

—Sí —dije vacilando—, supongo que sí. En realidad, me es imposible saber por qué. Pero es cierto. Tengo interés en despertarme mañana por la mañana.

—Tienes interés, sí. Y me preguntó quién es el responsable de eso. ¿La vida en St. Loo? ¿Isabella Charteris? ¿O John Gabriel?

—Te puedo asegurar rotundamente que no es John Gabriel —dije.

—No estoy segura. Con ese hombre ocurre algo.

—¡Parece estar lleno de *sex-appeal*! —sonreí—. Pero es un tipo que me desagrada. No puedo aguantar a un cochino oportunista. Ese hombre vendería a su abuela si viera que iba a sacar partido de la venta.

—No me sorprendería.

—Al menos yo no confiaría en él lo más mínimo.

—No, no es muy digno de confianza.

Continué:

—Es el puro autobombo. Un sabueso publicitario. Se explota a sí mismo y a todo el mundo. ¿Crees seriamente que un hombre así es capaz de una acción desinteresada?

Teresa me respondió pensativamente:

—Lo creo posible. Pero de ser así, le reportaría probablemente algún beneficio.

En los días subsiguientes tuve que recordar aquel comentario de Teresa.

13

Nuestra próxima diversión local era la jornada del *bridge*. La estaba organizando el Instituto de Mujeres.

Tendría lugar donde siempre se celebraban los acontecimientos de este tipo, en el Gran Granero de Polnorth House. El Gran Granero, lo pongo de relieve, era algo especial. Entusiasmados anticuarios venían para maravillarse, medirlo, fotografiarlo y escribir sobre él. Era considerado en St. Loo como un bien público. Los habitantes se sentían orgullosos de él.

Hubo un gran revuelo y una desusada actividad por aquellos días. Los miembros organizadores del Instituto de Mujeres no paraban. Yo, gracias a Dios, permanecí al margen de aquella corriente, aunque de vez en cuando mi cuñada me presentaba lo que yo solo puedo describir como especímenes elegidos para mi diversión y entretenimiento.

Desde que Teresa supo que me agradaba Milly Burt, ésta se sentaba con frecuencia a mi lado y emprendíamos juntos diversas tareas, como imprimir invitaciones, pegar sobres o envolver objetos decorativos.

Fue en el transcurso de estas operaciones cuando escuché la historia de la vida de Milly. Como John Gabriel me había dicho tan brutalmente, yo solo podía justificar mi existencia convirtiéndome en una especie de receptor. Podía no ser apto para nada más, pero todavía servía para escuchar.

Milly Burt me hablaba sin ser consciente del todo. Era una especie de autorrevelación rebosante de alegría.

Me habló mucho de John Gabriel. Su admiración por el héroe, por lo que a ella atañía, se había incrementado en vez de disminuir.

—Lo que me maravilla de él, capitán Norreys, es que sea tan amable. Quiero decir que estando tan cansado y tan ocupado con su trabajo, y teniendo tantas cosas importantes que hacer, siempre está

en todo y tiene un modo de hablar muy agradable. Nunca conocí a nadie como él.

—En eso, seguramente tiene usted razón —dije.

—Con todo su brillante historial de guerra, no es orgulloso ni presumido. A mí me trata como si fuera una persona importante. Es agradable con todo el mundo y en su trato siempre tiene presente si los hijos de los demás están muertos, o si se hallan fuera, en Birmania, por ejemplo, y constantemente sabe la palabra justa que hay que decir para que la gente se ría y se encuentre a gusto. No me explico cómo se las arregla para hacer todo eso.

—Tiene que haber leído el «Si», de Kipling —dije fríamente.

—Sí. Estoy segura de que él llena el minuto implacable con el valor de la distancia recorrida en sesenta segundos si nadie lo hace.

—Probablemente el valor de ciento veinte segundos —sugerí—. Sesenta segundos no serían suficientes para Gabriel.

—Me gustaría entender más de política —dijo Milly deseosa—. He leído todos los escritos, pero no sirvo para hacer propaganda, para persuadir a la gente de que vote. No sé las respuestas a las preguntas que hacen.

—Oh, no tiene importancia —dije consolándola—. Eso es cuestión de maña. Pero de cualquier modo, para mí la propaganda es inmoral.

Ella me miró sin comprender.

—Nunca se debería convencer a la gente para que vote en contra de sus convicciones —proseguí, intentando que ella comprendiera.

—Ya… Me doy cuenta de lo que quiere decir. Pero ¿verdad que nosotros estamos convencidos de que los conservadores son los únicos que pueden terminar con la guerra y conseguir una verdadera paz?

—Señora Burt —respondí—, ¡qué espléndida *tory* es usted! ¿Es eso lo que dice cuando se pone a hacer propaganda?

Se sonrojó.

—No, en realidad no sé lo suficiente como para hablar de política. Pero puedo asegurar lo sincero y espléndido que es el mayor Gabriel. Y que es la gente como él la que verdaderamente nos interesa.

Bien, pensé para mí mismo; quizá acaben poniéndole a una calle el nombre de Gabriel.

Fijé mis ojos en su rostro sonrojado y serio. Sus ojos marrones brillaban. Durante unos incómodos momentos me pregunté si lo que había era algo más que la admiración al héroe.

Como si respondiese a mi pensamiento, la cara de Milly se ensombreció.

—Jim cree que soy una estúpida —dijo con voz triste.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Dice que soy tan estúpida como para no poder entender nada de política. Dice que en todo esto yo, probablemente, no sirva de nada, y que todos aquellos a quienes les hable terminarán votando por los contrarios. Capitán Norreys, ¿usted cree que eso es verdad?

—No, no lo creo —dije firmemente.

Ella se animó un poco.

—Sé que soy estúpida en algunas cosas, pero solo me pasa cuando estoy asustada y Jim siempre me aturde. Le gusta ponerme nerviosa. Le gusta…

Se detuvo. Sus labios estaban temblando.

Entonces, repentinamente, arrojó al suelo las blancas tiras de papel con las que estábamos ocupados y empezó a llorar, con unos sollozos tan profundos que partían el corazón.

—¡Mi querida señora Burt! —dije sin poder hacer nada.

¡Qué demonios podía hacer un hombre postrado sin remedio en un coche de inválido! No podía ponerle una mano encima del hombro, ni deslizarle un pañuelo en la mano, ya que no estaba lo suficientemente cerca. No podía murmurar una excusa y salir de la habitación. Ni siquiera podía decir: «Le traeré una taza de té».

No, tenía que cumplir mi función, la función que, como Gabriel me había dicho tan amablemente (o cruelmente), era la única que me quedaba.

Así que, sin poder hacer nada más, dije: «¡Mi querida señora Burt!», y esperé.

—Soy tan infeliz —murmuró al poco rato—, tan terriblemente desgraciada… Me doy cuenta ahora. Nunca debí casarme con Jim.

Dije débilmente:

—¡Oh, vamos! No será tan malo como usted lo pinta, de eso estoy seguro.

—Era tan amable y tan arrogante… Y acostumbraba a gastar unas bromas tan divertidas… Generalmente venía a ver cómo

marchaban los caballos. ¿Sabe?, papá tenía una escuela de montar. Jim tenía un aspecto estupendo encima de un caballo.

—Ya, ya.

—Entonces no bebía mucho. Bueno, quizá lo hiciera, pero yo no me daba cuenta de ello. Aunque creo que hubiera debido dármela, porque la gente venía y me lo contaba. Me decían todos que empinaba el codo demasiado. Pero yo no lo creía, capitán Norreys. Una no cree esas cosas, ¿verdad?

—No —dije.

—Pensé que abandonaría todo eso cuando estuviéramos casados. Tengo la certeza de que no bebió en absoluto mientras estuvimos prometidos. Estoy segura de que no lo hizo.

—Probablemente, no —dije—. Un hombre es capaz de todo cuando está haciendo la corte a una dama.

—Y decían que además era cruel. Pero yo no lo creí. Era muy dulce conmigo. Aunque una vez le vi castigar a un caballo con el que había perdido los estribos… —Le dio un ligero y rápido escalofrío y entornó los ojos—. Sentí de un modo diferente, pero solo durante un momento. «No voy a casarme contigo si ésa es la clase de hombre que eres», me dije a mí misma. De repente me sentí como si él fuera un extraño, como si no se tratara de mi Jimmy. Habría sido divertido si hubiera roto con él en aquella ocasión, ¿verdad?

Divertido no era lo que ella quería decir exactamente, pero ambos estuvimos de acuerdo en que habría sido divertido. Y también muy afortunado.

Milly continuó:

—Pero todo pasó, Jim me dio explicaciones y yo comprendí que todo hombre pierde la paciencia de vez en cuando. Pero tampoco me pareció nada importante. Creí que le iba a hacer tan feliz que jamás le haría falta darse a la bebida, ni perder la calma. Por eso deseaba tanto casarme con él, para hacerle feliz.

—Hacer feliz a otro no es el verdadero propósito del matrimonio —dije.

Ella se me quedó mirando.

—Pero seguramente, si se ama a alguien, lo primero en que se piensa es en hacerle feliz.

—Ésa es una de las formas más insidiosas de autocomplacencia

—dije—. Y está muy extendida. Ha causado probablemente más desgracias que cualquier otra cosa en las estadísticas matrimoniales.

Ella todavía me miraba. Cité estas palabras de la sabiduría triste de Emily Bronte:

> *He conocido cien maneras de amar y cada una de ellas hacía arrepentirse al amado.*

Milly protestó:

—¡Creo que eso es horrible!

—Amar a alguien —proseguí— es ponerle encima una carga casi intolerable.

—Verdaderamente dice usted unas cosas muy divertidas, capitán Norreys.

Casi parecía dispuesta a reírse.

—No me haga caso —le dije—. Mis opiniones no son ortodoxas. Solo son el resultado de una triste experiencia.

—Oh, usted también ha sido desgraciado, ¿verdad?

Me protegí de la simpatía que despertaba en sus ojos. Llevé de nuevo la conversación a Jim Burt. Era una desgracia para Milly, pensé, que fuese del tipo de mujeres que se intimida con facilidad, es decir, el peor tipo para casarse con un hombre como Jim Burt. Por lo que yo había oído de él, sospeché que era de esa clase de hombres a quienes la energía les gusta tanto con los caballos como con las mujeres. Una irlandesa pendenciera quizá le hubiera contenido y hasta hubiera podido conseguir de él un respeto involuntario. Lo que resultaba fatal para Jim era tener poder sobre un animal o sobre un ser humano. Su disposición sádica se alimentaba con el miedo que le tenía su mujer, y sus lágrimas, sus sollozos. Lo penoso del asunto era que Milly Burt (o por lo menos yo lo pensaba así) habría sido una mujer feliz y contenta con cualquier otro hombre. Le habría escuchado, sabría halagarle. Y ella habría incrementado su propia estimación y su buen humor.

Ella habría sido, lo pensé de repente, una buena esposa para John Gabriel. Quizá no hubiera dado pábulo a sus ambiciones (¿de verdad era él ambicioso?, yo lo ponía en duda); pero habría mitigado en el mayor aquella pesadumbre y aquella amargura que, de vez en cuando, se manifestaban a través de la casi insufrible

seguridad de su carácter.

Jim Burt, por lo visto, combinaba los celos con la negligencia, lo cual no es en absoluto extraño. Injuriando a su mujer por su poco ánimo y su estupidez, todavía reaccionaba con violencia ante cualquier muestra de amistad que otro hombre dedicara a su esposa.

—Usted no lo creerá, capitán Norreys, pero incluso ha dicho cosas terribles sobre John Gabriel. Y solo porque el mayor me invitó a tomar café en el Ginger Cat una mañana, la semana pasada. Estuvo tan amable… Me refiero al mayor Gabriel, no a Jim. Permanecimos sentados durante mucho tiempo, aunque estoy segura de que él tenía infinidad de cosas que hacer. Me habló de un modo muy agradable, preguntándome cosas de papá y de los caballos, o de cómo solía ser entonces la vida en St. Loo. ¡No pudo haber estado más maravilloso! Y después, después, tener que oír decir a Jim las cosas que dijo… Le dio uno de sus accesos, me retorció el brazo y yo me encerré en mi habitación. A veces me aterroriza Jim… Oh, capitán Norreys, soy tan horriblemente desgraciada que a veces preferiría estar muerta.

—No —exclamé—, no lo desea, señora Burt, no de verdad.

—¿Pero qué va a ser de mí? —preguntó con amargura—. No puedo esperar nada del futuro. Todo irá de mal en peor. Jim está perdiendo gran parte de su trabajo por culpa de la bebida. Y eso le pone aún más loco. Le tengo pánico. De verdad que le tengo terror.

La calmé lo mejor que pude. Yo no creía que las cosas estuviesen tan mal como ella las pintaba. Pero era, ciertamente, una mujer muy desgraciada.

Le dije a Teresa que la señora Burt llevaba una existencia miserable, pero Teresa no pareció muy interesada.

—¿No sientes curiosidad por su historia?

Mi cuñada respondió:

—No demasiada. Las esposas desgraciadas suelen parecerse todas tanto, que sus historias resultan más bien monótonas.

—¡En realidad eres completamente inhumana, Teresa!

—Admito —concedió mi cuñada— que la simpatía nunca ha sido mi punto fuerte.

—Tengo el confuso presentimiento —dije— de que la desgraciada mujercita está enamorada de Gabriel.

—Casi seguro diría yo —dijo Teresa secamente.

—¿Y no sientes lástima por ella?

—Bueno, no por esa razón. Me parece que enamorarse de Gabriel sería una de las más fascinantes experiencias.

—¡Teresa! —protesté—. No estarás enamorada de él tú también, ¿verdad?

No, Teresa dijo que no lo estaba. Afortunadamente, añadió.

Me fijé en la última palabra y le dije que era ilógica. Acababa de decir que enamorarse de John Gabriel sería una experiencia fascinante.

—No para mí —dijo Teresa—. Porque me repugna, siempre me ha repugnado, la emoción sentimental.

—Sí —dije pensativamente—. Eso me parece cierto. Pero ¿por qué? No puedo comprenderlo.

—Y yo no te lo puedo explicar.

—Inténtalo —insistí.

—¡Cómo te gusta indagar, querido Hugh! Supongo que es porque no tengo instinto para vivir. El sentir que mi voluntad y mi cerebro pueden ser hundidos y vencidos por la emoción, es para mí insufrible. Puedo controlar mis acciones y, en gran medida, mis pensamientos. Pero el no poder hacer lo mismo con mis emociones resulta insultante para mi orgullo, es algo que me humilla.

—¿Crees tú que, en realidad, hay algo peligroso entre John Gabriel y la señora Burt? —pregunté.

—Lo que ha habido hasta ahora son escarceos. Carslake está molesto por ello. La señora Carslake dice que se murmura demasiado sobre el asunto.

—¡Esa mujer! Lo haría ella muy complacida.

—Sí que lo haría —asintió Teresa—, tal como dices. Pero representa a la opinión pública, la opinión de los estratos maliciosos y chismosos de St. Loo. Comprendo que la lengua de Burt se mueva con toda libertad si tiene dos copas de más, lo cual, por lo visto, sucede muy a menudo. Tiene fama de marido celoso y no harán caso a muchas cosas que diga, pero de todas formas dará lugar a habladurías.

—Gabriel tendría que andarse con cuidado —dije.

—El ser cuidadoso no es normal en él, ¿no te parece?

—¿Y crees que le importa realmente esa mujer?

Teresa lo pensó un poco antes de contestar.

—Me parece que está muy apenado por ella. Es un hombre con tendencia a la piedad.

—¿Te parece que puede llegar a convencerla para que abandone a su marido? ¡Eso sería un desastre!

—¿De verdad?

—Mi querida Teresa, echaría a perder el espectáculo.

—Ya lo sé.

—¿Y eso no sería fatal?

Teresa dijo con una voz extraña:

—¿Para John Gabriel? ¿O para el partido conservador?

—En quien estaba pensando era en John Gabriel… Pero para el partido también, por supuesto.

—Desde luego que a mí la política no me interesa demasiado —dijo Teresa—. No me importa nada que un laborista consiga ser elegido una vez más para ir a Westminster, aunque me metería en un buen lío si los Carslake me oyeran decir esto. Lo que me pregunto es si sería un desastre o no para John Gabriel. Suponte que llegara a ser un hombre más feliz.

—Pero él tiene el firme propósito de ganar las elecciones —exclamé.

Teresa dijo que el éxito y la felicidad eran dos cosas completamente distintas.

—No creo —dijo— que vayan unidas nunca.

14

La mañana de la partida de *bridge* llegó el capitán Carslake, dando muestra de grandes dosis de alarma y desesperación.

—No hay nada de nada —aseguró—. ¡Por descontado que no hay nada de nada! No conozco mucho a la señora Burt. Pero sé que es una mujer muy recta, muy estricta y todas esas cosas, una hermosa mujer muy sensata. ¡Pero usted ya sabe lo que significa la imaginación de las personas!

Yo sabía lo que era la imaginación de su mujer. Probablemente era el rasero que él utilizaba para medir la de las demás personas.

Continuó andando de un lado para otro, frotándose la nariz con gesto exasperado.

—Gabriel es un buen tipo. Es amable con ella, pero muy descuidado. Y no te puedes permitir el ser descuidado durante unas elecciones.

—¿Es que quiere decir que lo que no te puedes permitir es, en realidad, ser amable?

—Exactamente, exactamente… Gabriel es demasiado amable, y en público. ¡Tomando café con ella en el Ginger Cat! No me parece bien. ¿Por qué tuvo que tomar café con ella allí?

—¿Y por qué no? —pregunté.

Carslake pareció no haberme oído.

—Todos los viejos zorros tomaban allí el aperitivo a aquella hora. Además, creo que, la otra mañana, estuvo paseando con ella por la ciudad durante un buen rato. ¡Le llevaba el cesto de la compra!

—Un caballero conservador no podía hacer menos —murmuré.

Carslake seguía sin prestar ninguna atención a mis palabras.

—Y un día la llevó a dar un paseo en coche. Fueron hasta la granja de Sprague. Demasiado paseo. Habrá parecido como si hubieran estado todo el día por ahí.

—Después de todo estamos en 1945; no en 1845 —dije.

—Las cosas no han cambiado mucho aquí —prosiguió Carslake —. No me refiero a los que viven en los *bungalows* y a los artistas, que están al día y no hablan sobre cuestiones de moral. Pero esos votarán a los laboristas de cualquier modo. La que debe preocuparnos es la parte respetable, chapada a la antigua, el sector sólido de la ciudad. Gabriel debería ser más cauteloso.

Media hora más tarde tenía a Gabriel encima de mí. Estaba blanco de indignación. Carslake le acababa de hacer una serie de observaciones, con mucho tacto, y el resultado había sido el lógico.

—Ese Carslake —me dijo— es una vieja loca. ¿Sabe lo que ha tenido la desvergüenza de decirme?

—Sí —respondí—. Lo sé todo. Y hablando de otra cosa, ésta es la hora del día en que suelo descansar. No recibo visitas.

—De ningún modo —exclamó Gabriel—. No necesita descansar. Está descansando constantemente. Ahora tiene que escuchar lo que yo tengo que decir sobre esto. ¡Maldita sea! Tengo que desahogarme con alguien y, como le dije el otro día, en eso es usted muy bueno. Está en la obligación de aclarar su mente para escuchar con atención a las personas, cuando éstas quieran oír el sonido de su voz.

—Recuerdo la especial delicadeza con la que me dijo eso — puntualicé.

—En realidad lo dije porque quería que se enfadara.

—Ya lo sé.

—Supongo que lo que dije es algo brutal, pero después de todo no es bueno para usted estar todo el día entre algodones.

—Ciertamente lo que dijo me sentó muy bien. Estoy harto de tanta consideración y de tanto tacto. Escuchar unas palabras dolorosas fue un verdadero alivio.

—Y ahora, óigame —dijo Gabriel. Y siguió desahogándose de sus propios problemas—. ¿No puedo ofrecer a una señora desgraciada una taza de café en un local público sin que se sospeche de inmoralidad? ¿Y por qué tengo que estar preocupado con lo que la gente pueda pensar, si por mí se pueden ir todos al alcantarillado público?

—Bueno, usted quiere ser miembro del Parlamento, ¿verdad? — pregunté.

—Voy a ser miembro del Parlamento —aseguró.

—Pues Carslake es de la opinión, compartida por muchos, de que no lo será, si es que su amistad con la señora Burt va a más.

—¡Qué bestia repugnante es la gente!

—Oh, sí, sí.

—Y la política es el asunto más sucio que hay.

—Sí, sí.

—No se burle, Norreys. Lo encuentro muy incómodo esta mañana. Y si cree usted que entre la señora Burt y yo hay algo que no debería haber, está equivocado. Siento lástima por ella, eso es todo. Nunca le he dicho una palabra que no pudieran oír, si así lo desearan, su marido o el Comité de Vigilancia de St. Loo. ¡Dios mío, si usted supiera cómo me he contenido en lo que respecta a las mujeres! ¡Soy casi como una de ellas!

Estaba profundamente ultrajado. El asunto tenía su lado cómico.

A continuación dijo con toda seriedad:

—Esa mujer es tremendamente desgraciada. No sabe, no puede figurarse lo que tiene que soportar. Qué valientemente se está comportando. Y qué leal. Ni siquiera se queja. Asegura que comprende que tiene que ser, en parte, culpa suya. Me gustaría ponerle la mano encima a ese Burt. ¡Es un zafio repugnante! ¡Ni su madre le reconocerá cuando yo le haya pegado!

—¡Por el amor de Dios! —grité realmente alarmado—. ¿No le queda a usted un mínimo de prudencia? Una trifulca pública con Burt y se harían pedazos sus posibilidades en las elecciones, Gabriel.

Se echó a reír y dijo:

—¡Quién sabe! Valdría la pena verlo. Ya se lo contaré.

Se detuvo de improviso.

Volví la cabeza para saber quién había contenido el torrente de palabras. Era Isabella. Acababa de pasar ante la ventana. Nos dio los buenos días a los dos y nos dijo que Teresa le había pedido que viniera a ayudarla a preparar el Granero para la noche.

—Espero que nos honre con su presencia, señorita Charteris —dijo Gabriel. Sus palabras tuvieron una mezcla de acritud y amabilidad que no era corriente en él. Isabella siempre le hizo mal efecto.

Ella asintió, añadiendo que siempre acudía a estas cosas.

Después se fue en busca de Teresa y Gabriel estalló:

—¡Cuánta amabilidad por parte de la princesa! —barboteó—. ¡Cuánta condescendencia! ¡Un bello gesto de su parte el mezclarse con la chusma! ¡Qué gracia! Le aseguro, Norreys, que Milly Burt vale por una docena de chicas presuntuosas como Isabella Charteris. ¡Isabella Charteris! ¿Quién es ella, después de todo?

Parecía claro quién era Isabella. Pero Gabriel disfrutó respondiéndose a su pregunta.

—Pobre como una rata de iglesia. Viviendo en un castillo viejo y arruinado como una tumba, pero con la pretensión de ser más que todos. Con los brazos cruzados todo el santo día, sin hacer nada de nada, esperando a que el gentil heredero llegue a casa y se case con ella. Nunca le ha visto y le tiene que importar un bledo, pero desea casarse con él. ¡Bah! Estas niñas me ponen enfermo. Enfermo, Norreys. Perritas pequinesas rollizas, eso es lo que son. *Lady* St. Loo, eso es lo que ella quiere ser. ¿Y para qué demonios sirve hoy en día ser *lady* St. Loo? Todo ese tipo de cosas se acabó. Eso resulta tan cómico como una broma de *music-hall*.

—De verdad, Gabriel —dije—, creo que está usted equivocado. Haría unos discursos magníficos en la plataforma de Wilbraham. ¿Por qué no cambia de papel?

—Para una niña de ésas —prosiguió Gabriel todavía jadeante— Milly Burt es solo la mujer del veterinario. ¡Alguien a quien se puede invitar a una reunión política, pero no para tomar el té en el castillo! ¡Oh, no, no, no lo suficientemente buena para eso! ¡Le aseguro que Milly Burt vale por doce presuntuosas Isabella Charteris!

Yo cerré los ojos con determinación.

—¿Podría retirarse, Gabriel? —pregunté—. No importa lo que diga, soy todavía un hombre muy enfermo e insisto en descansar. Hoy me resulta usted enormemente agotador.

15

Todo el mundo tenía que decir alguna palabra sobre el asunto de John Gabriel y Milly Burt. Y todo el mundo, más tarde o más temprano, me venía con el cuento. Mi habitación, durante los preparativos de la jornada de *bridge*, se convirtió en una especie de sala de paso. La gente llegaba hasta allí a por tazas de té o copas de jerez. Por supuesto que Teresa podía haberlo prohibido, pero no lo hizo y a mí me pareció muy bien porque me sentía profundamente interesado ante aquel entramado, velozmente tejido, de cotilleo, malicia y oscura envidia.

Entre Milly Burt y John Gabriel no existía, de eso estaba ya seguro, nada que pudiera ser censurado. Amistad y pena por parte de él; adoración al héroe por parte de ella.

Pero me daba cuenta de que, en la situación actual, estaban implícitas las especulaciones disparatadas que la chismorrería maliciosa había anticipado. Técnicamente inocente, Milly Burt, siendo o no consciente de ello, estaba ya más que medio enamorada de John Gabriel. Gabriel era esencialmente un hombre de apetitos sensuales. En cualquier momento la caballerosidad protectora se podía transformar en pasión.

Pensaba que, a no ser por las exigencias electorales, su amistad se habría convertido ya en un asunto amoroso.

Sospechaba yo que Gabriel era un hombre que necesitaba ser amado y, al propio tiempo, admirado. El veneno subterráneo que existía en él podría apaciguarse mientras hubiera alguien a quien pudiese querer y proteger. Milly Burt era ese tipo de mujer que necesitaba ser querida y protegida.

Interiormente pensé, con cinismo, que sería uno de los mejores ejemplos de adulterio, basado menos en la lujuria que en el amor, la amabilidad y la gratitud. Pero sería, en definitiva, un adulterio, y una elevada proporción del electorado de St. Loo lo vería como tal y

sin circunstancias atenuantes, lo cual supondría inmediatamente un aumento de votos para el reseco señor Wilbraham, cuya vida privada era intachable. Incluso podría ocurrir que la gente se abstuviera por completo de votar y se quedara en su casa.

Acertada o erróneamente Gabriel luchaba en las elecciones basándose en su atractivo personal. Los votos que obtuviese serían otorgados a John Gabriel, no a *mister* Churchill. Y John Gabriel estaba patinando sobre una delgada capa de hielo.

—Sé que seguramente no debería mencionar una cosa así —dijo *lady* Tressilian. Estaba jadeante. Desabrochaba su chaqueta de franela gris y bebía ansiosamente el té servido en una de las últimas tazas Rockingham de la señorita Amy Tregellis. Dejó deslizar su voz como en una conspiración—: Pero me pregunto si alguien ha dicho algo sobre la señora Burt y nuestro candidato.

Me miró como un perro spaniel angustiado.

—Me temo —dije— que la gente ya se haya ido de la lengua.

Su rostro agradable pareció entristecerse.

—Oh, querido —dijo—. ¡Ojalá no lo hicieran! Ella es encantadora, verdaderamente encantadora. No es en absoluto de ese tipo… Quiero decir de las falsas. Si hubiera algo, algo pecaminoso y preocupante, entonces lo ocultarían y nadie sabría nada de nada. Precisamente, porque todo es claro, no ocultan nada de lo que hacen. Eso me parece a mí.

La señora Bigham Charteris irrumpió con energía en aquel punto. Estaba llena de indignación a causa de un caballo o alguna cuestión parecida.

—¡Ineficiente desgraciado! —escupió—. Ese hombre, Burt, es absolutamente indigno de confianza. Cada vez bebe más y, para colmo, está empezando a fallar en su trabajo. Desde luego supe siempre que era muy descuidado con los perros; sin embargo, ponía mucha atención con los caballos y las vacas. Los granjeros hablaban muy bien de él. Pero me acabo de enterar de que la vaca de Polneathy murió de parto a causa de su negligencia. Y también la yegua de Bentley. Burt terminará muy mal si no tiene más cuidado.

—Precisamente le estaba hablando al capitán Norreys de la señora Burt —dijo *lady* Tressilian—. Le he preguntado si había oído algo.

—Todo es un montón de insensateces —dijo con decisión la

señora Bigham Charteris—. Pero estas cosas hacen mucho daño. Ahora a la gente le ha dado por decir que ésa es la razón por la que Burt bebe demasiado. Más chismes e insensateces. Burt ya bebía mucho y golpeaba constantemente a su mujer antes de que el mayor Gabriel llegara a este lugar.

—Sin embargo —apuntó la señora Charteris— debemos hacer algo sobre este asunto. Alguien tiene que hablarle al mayor Gabriel.

—Creo que Carslake ya lo hizo —dije.

—Ese hombre no tiene ningún tacto —continuó la señora Bigham Charteris—. Demasiado blando de corazón, ése es su problema. ¡Hum! Mejor sería que alguien le hablase a ella. Aconsejarle que se aparte de él hasta después de las elecciones… Supongo que no tendrá la menor noticia de lo que la gente está diciendo —Se volvió hacia su cuñada—. Lo mejor será que lo hagas tú, Agnes.

Lady Tressilian se agitó y se defendió con voz quejumbrosa:

—Oh, de verdad, Maud, no sabría qué decirle. Estoy segura de no ser la persona adecuada.

—Bien, tendremos que arriesgarnos a que lo haga la señora Carslake. Esa mujer es veneno puro.

—¡Un momento, escuchen! —dije con preocupación—. Tengo la sospecha de que al frente de todas las murmuraciones se encuentra ella misma.

—¡Oh, seguro que no! No haría nada que perjudicara las posibilidades de nuestro candidato.

—Te sorprenderías, Agnes —dijo la señora Bigham Charteris—, de las cosas que he visto en un regimiento. Si una mujer está despechada pasa por encima de todo, incluso de las oportunidades de promoción de su marido. Si me lo preguntas —siguió diciendo— te diré que a ella le gustaría mucho tener un apacible *flirt* con John Gabriel.

—¡Maud!

—Pregúntale al capitán Norreys lo que piensa. Él está en el secreto y la mayor parte del juego se desarrolla ante sus ojos.

Las dos mujeres se quedaron mirándome con interés.

—Ciertamente, no sé —comencé a decir. Rápidamente cambié de opinión—. Creo que tiene toda la razón —le dije a la señora Bigham Charteris.

El significado de algunos comentarios a medias palabras y ciertas miradas de la señora Carslake me habían iluminado súbitamente. Pensé que era muy posible, por extraño que pareciera, que la señora Carslake no solo no hubiera dado un paso para cortar los rumores que estaban en el ambiente, sino que quizá y secretamente les hubiera dado más fuerza.

Me puse a considerar que aquél era un mundo desagradable.

—Si alguien tiene que darle un consejo a Milly Burt, creo que el capitán Norreys es la persona indicada —dijo inesperadamente la señora Bigham Charteris.

—¡No! —grité.

—A usted le agrada ella y un inválido está siempre en una situación privilegiada para estas cosas.

—¡Oh, estoy completamente de acuerdo! —dijo *lady* Tressilian, encantada con una idea que la eximía de una tarea desagradable.

—No —volví a repetir.

—Ahora está trabajando en la decoración del Granero —dijo la señora Bigham Charteris, levantándose enérgicamente—. Le diré que venga con la excusa de que le espera una taza de té.

—No haré nada de eso —grité.

—Sí lo hará —dijo la señora Bigham Charteris, quien no en vano era la mujer de un coronel—. Todos debemos hacer algo para que esos horribles socialistas no sean elegidos.

—Es ayudar a nuestro querido señor Churchill —dijo *lady* Tressilian—. Después de todo lo que ha hecho por el país…

—Ahora que ha ganado la guerra para nosotros —dije—, debería sentarse a escribir una historia de la guerra, ya que es uno de los mejores escritores de nuestros tiempos, y descansar tranquilamente mientras los laboristas administran mal la paz.

La señora Bigham Charteris se dirigió enérgicamente hacia la ventana. Seguí dirigiéndome a *lady* Tressilian.

—Churchill se merece un descanso —dije.

—Piense en el caos que pueden organizar los laboristas —dijo *lady* Tressilian.

—Imagínese el caos que puede organizar cualquiera —dije—. No hace falta que nadie ayude a crear problemas después de una guerra. ¿No cree que sería mejor que no fuera uno de los nuestros? De todas maneras —añadí frenéticamente al oír pasos y voces fuera

— usted es la persona indicada para persuadir a Milly Burt. Esas cosas se aceptan mejor viniendo de otra mujer.

Pero *lady* Tressilian negó con la cabeza.

—No —dijo—, en absoluto. Usted es la persona indicada. Estoy segura de que ella lo entenderá.

Al decir «ella», supuse que se estaba refiriendo a Milly Burt. Yo albergaba serias dudas de que ella lo comprendiera.

La señora Bigham Charteris acompañó a Milly Burt a la sala como un destructor naval acompaña a un barco mercante.

—Ya ha llegado —dijo sin aliento—. Aquí tiene el té. Sírvase una taza, siéntese y hable con el capitán Norreys. Agnes, venga conmigo. ¿Qué hizo con los premios?

Las dos mujeres salieron de la habitación. Milly Burt se sirvió una taza de té y se sentó frente a mí. Parecía un poco desconcertada.

—¿Algo no va bien? —preguntó.

Quizá si no hubiera empezado con esa frase yo habría eludido la tarea que me había sido impuesta. Pero ahora me resultaba mucho más fácil decir lo que tenía que decir.

—Es usted una persona muy agradable, Milly —dije—. ¿Ha reparado en cuántas personas no lo son?

—¿Qué quiere decir, capitán Norreys?

—¿Sabe qué habladurías maliciosas corren por aquí a propósito de usted y el comandante Gabriel? —dije.

—¿Sobre mí y el comandante Gabriel? —Se puso de pie. Un leve rubor cubrió su cara hasta la raíz del cabello. Me sentí violento y hube de desviar la mirada—. ¿No será más bien en Jim, de quien la gente habla también, en quien estarán pensando…?

—Cuando hay elecciones —dije, odiándome a mí mismo—, el presunto candidato tiene que ser muy cuidadoso. Tiene, dicho sea con palabras de San Pablo, que evitar incluso la apariencia de pecado… ¿Se da cuenta? Pequeñas cosas sin importancia, como tomar café con él en el Ginger Cat, o que él la encuentre en la calle y le lleve sus paquetes, son suficientes para hacer pensar mal a la gente.

Me miró con ojos muy abiertos, aterrorizados.

—Pero usted sabe que no hay nada entre nosotros, ¿verdad? Que sólo nos hablamos, que lo único que ocurre es que el mayor es muy

amable… Eso es todo. ¡De verdad, eso es todo!

—Claro que lo sé. Pero un presunto candidato no puede permitirse siquiera el ser amable. Así es —añadí con amargura— la pureza de nuestros ideales políticos.

—Jamás le ocasionaría ningún daño. Por nada del mundo.

—Estoy seguro de ello.

Me miró interrogante.

—¿Qué es lo que puedo hacer para que se arreglen las cosas?

—Yo, simplemente, le sugeriría que se apartase de él hasta que las elecciones hubiesen terminado. Intentar, si es posible, no dejarse ver juntos en ningún sitio público.

Ella asintió rápidamente.

—Sí, desde luego. Nunca le estaré lo suficientemente agradecida, capitán Norreys. Jamás lo hubiera pensado. Yo… ¡Él es tan maravilloso conmigo!

Se levantó y todo hubiera terminado muy satisfactoriamente si a John Gabriel no se le hubiese ocurrido entrar en ese momento.

—Hola —dijo—. ¿Qué tal por aquí? Acabo de llegar de un mitin. Estoy afónico de tanto hablar. ¿Puedo tomar un jerez? Tengo que visitar después a unas monjas y no estará bien que el aliento me huela a *whisky*.

—Tengo que irme ahora —dijo Milly—. Adiós, capitán Norreys. Adiós, mayor Gabriel.

Gabriel intentó detenerla:

—Espere un momento. La acompañaré a su casa.

—No, no, ¡por favor! —pidió la mujer—. Tengo que darme prisa.

—De acuerdo, en ese caso sacrificaré el jerez.

—¡Por favor! —Ella estaba torturada, sonrojada—. No quiero que venga. Quiero irme sola.

Casi salió corriendo de la habitación. Gabriel se me acercó.

—¿Quién le ha estado hablando? ¿Usted?

—Sí —contesté.

—¿Qué es lo que pretende, capitán Norreys, metiéndose en mis asuntos?

—No me importan nada sus asuntos. Este asunto es el del partido conservador.

—¿Le importa tanto el partido conservador?

—Cuando me pongo a pensar en ello, no —admití.

—Entonces, ¿por qué asume usted el papel de desfacedor de entuertos?

—Si lo quiere saber, le diré que lo hago porque me agrada la señora Burt. Si ella tuviera que lamentar más tarde el que usted perdiera las elecciones por alguna razón relacionada con la amistad de ella, se sentiría muy desgraciada.

—Yo no perderé las elecciones por mi amistad con ella.

—Es muy posible que sí, Gabriel. Usted subestima la fuerza de la imaginación malsana y lasciva.

Gabriel asintió. A continuación preguntó:

—¿Quién le pidió que hablara con ella?

—La señora Bigham Charteris y *lady* Tressilian.

—¡Esas viejas zorras! ¿Y *lady* St. Loo?

—No —respondí—. *Lady* St. Loo no tiene nada que ver con esto.

—¡Si supiera que había sido idea de ella —dijo Gabriel encolerizado— me llevaría a Milly Burt el próximo fin de semana y al demonio con todas esas viejas!

—Ése sería un final muy feliz —dije—. Creí que quería ganar las elecciones.

De repente, recobrado su buen humor, se echó a reír.

—¡Las ganaré! —dijo—. ¡Las ganaré!

16

Aquella tarde fue una de las más impresionantes de todo el verano. La gente se arracimaba en el Gran Granero. Todo el mundo iba elegantemente vestido. Había baile, además de *bridge*.

Teresa me llevó a presenciar el espectáculo. Todos parecían muy animados. Gabriel contaba historias, mezclándose con la multitud, haciendo gala de ingenio fácil y de rápidas respuestas. Su actitud era amable y confidencial. Dedicaba una atención especial a las damas, exagerando su cortesía con ellas. Pensé que era muy astuto de su parte. Su buen humor resultaba contagioso y todo marchaba sobre ruedas.

Lady St. Loo, delgada y solemne, parecía estar allí para ponerlo todo en funcionamiento. Su presencia era aceptada como un cumplido. Yo había descubierto que, al mismo tiempo, era querida y temida. Era una de esas mujeres que no dudan en decir lo que piensan en todas las ocasiones. En otros aspectos, su amabilidad, aunque no espectacular, era evidentemente muy sincera, tomándose mucho interés por la ciudad de St. Loo y sus vicisitudes.

«El castillo» era muy respetado. Cuando, al comienzo de la guerra, el oficial de alojamiento se mesaba los cabellos a causa de las dificultades para colocar a los evacuados, había llegado un mensaje de *lady* St. Loo. ¿Por qué no se hacía ella cargo de algunos?

Y a las explicaciones del tartamudo señor Pengeley, en el sentido de que temía que ella tuviese problemas, ya que algunos de los niños eran más bien indisciplinados, ella respondió:

—Naturalmente, nosotras contribuiremos con nuestra cuota. Podemos encontrar fácilmente sitio para cinco niños de edad escolar, o para dos madres con sus familias, lo que usted prefiera.

Las dos madres con familia no habían sido un éxito. Las dos mujeres londinenses se aterrorizaron con los largos pasillos reverberantes del castillo, se quejaron y llegaron a murmurar sobre

la posible existencia de fantasmas. Cuando desde el mar soplaba el temporal y la calefacción era insuficiente, las dos mujeres se arrebujaban juntas castañeteándoles los dientes. El lugar era una pesadilla para ellas, acostumbradas al calor amoroso y a la humanidad de un apartamento londinense. Pronto se marcharon y fueron sustituidas por niños en edad escolar, para quienes el castillo resultó una de las cosas más excitantes que jamás hubieran visto. Saltaban entre sus ruinas, vagaban con ansiedad por los pasadizos subterráneos llenos de rumores y disfrutaban en los corredores plagados de ecos. Se sometieron a que *lady* Tressilian hiciera los oficios de madre. *Lady* St. Loo les causaba espanto y fascinación, la señora Bigham Charteris les acostumbró a no tener miedo a los caballos y a los perros y mantuvieron excelentes relaciones con la vieja cocinera de Cornualles, que los puso gordos como lechones.

Más tarde, *lady* St. Loo se quejó por dos veces al oficial de alojamiento. Algunos niños habían sido conducidos a granjas aisladas. Los granjeros en cuestión no eran, según ella, ni amables ni dignos de confianza. Insistió en que se hicieran investigaciones. En algunos casos, se averiguó que los niños estaban mal alimentados. Y en otros, a pesar de comer adecuadamente, estaban sucios y descuidados.

Todo ello fundamentaba el respeto que se le tenía a la vieja dama. El castillo no soportaba que las cosas se hicieran mal, decía la gente.

Lady St. Loo no honró la reunión con su presencia durante mucho tiempo. Ella, su hermana y su cuñada se marcharon juntas. Isabella se quedó para ayudar a Teresa, a la señora Carslake y a las demás damas.

Yo estuve viendo todo aquello durante unos veinte minutos. Luego, Robert empujó mi silla y me devolvió a casa. En la terraza le detuve. Era una noche cálida, y la luna lucía con magnificencia.

—Me quedaré aquí fuera —le dije.

—Bien. ¿Quieres una manta o algo?

—No. Hace calor.

Robert asintió. Volvió sobre sus pasos y se fue al Granero, donde había dejado pendientes varias tareas. Yo me quedé allí, fumando tranquilamente. La silueta del castillo se recortaba contra el mar, bañado por la luz de la luna. Tenía el aspecto de un decorado

teatral. Un rumor de música y de voces llegaba del Granero. A mis espaldas la casa estaba a oscuras, completamente cerrada a excepción de una ventana abierta. Un capricho de la luz lunar producía una especie de fantasmagoría luminosa que se extendía desde el castillo hasta Polnorth House.

A través de ella, como si se tratara de una calzada, me complací en imaginar que caminaba una figura que llevaba puesta una reluciente armadura. Era el joven lord St. Loo que volvía a su hogar… Una lástima que el traje de batalla fuera mucho menos romántico que una cota de malla.

Como contrapunto a los ruidos humanos que llegaban del Granero, se escuchaban los mil y un murmullos de la noche de verano, pequeños crujidos y susurros, animales que se arrastraban tras su presa, hojas que se movían, el lejano sonido de una lechuza…

Una felicidad difusa me invadió. Era verdad lo que me había dicho Teresa. Empezaba a vivir de nuevo. El pasado y Jennifer eran como un sueño brillante e insustancial. Entre él y yo había un paréntesis de dolor, oscuridad y letargo de los cuales estaba ahora emergiendo. No podía reanudar mi antigua existencia, el abismo era patente, la vida que estaba comenzando era una vida nueva. ¿Cómo iba a ser esta mi nueva vida? ¿Cómo la concebía yo? ¿Quién y qué era el nuevo Hugh Norreys? Sentí que empezaba a removerse el interés. ¿Qué sabía? ¿Qué podía esperar? ¿Qué iba a hacer?

Vi una figura alta y delgada que salía del Gran Granero. Dudó un momento antes de encaminarse en mi dirección. Supe enseguida que era Isabella. Vino y se sentó en el banco de piedra. La armonía de la noche era total.

Estuvimos largo tiempo sin decirnos nada. Yo era muy feliz. No quería estropearlo hablando. Ni siquiera sabía pensar. El silencio no se rompió hasta que una brisa repentina se levantó del mar y enredó el pelo de Isabella, que se llevó la mano a la cabeza. Me volví a mirarla. Dirigía su vista, como yo lo había hecho antes, hacia la calzada iluminada por la luz de la luna que conducía al castillo.

—Rupert debía llegar esta noche —dije.

—Sí —noté un pequeño nudo en su voz—. Debería llegar esta noche.

—Me he estado figurando su llegada —hablé—. Con armadura y a caballo. Pero, en realidad, supongo que vendrá en traje de campaña y gorra.

—Tiene que venir pronto —dijo Isabella—. ¡Oh, tiene que venir pronto!

Había urgencia, casi angustia en su voz.

Yo no sabía lo que se ocultaba en su mente, pero me sentí vagamente alarmado.

—No te atormentes demasiado pensando en su llegada —traté de consolarla—. Las cosas requieren su ritmo, aunque a veces se esté equivocado.

—Supongo que sí, a veces.

—Tú esperas algo —dije— y no está allí.

Isabella dijo:

—Rupert tiene que venir pronto.

Crecía la angustia de su voz.

Yo le pregunté qué quería decir, pero en ese mismo momento Gabriel, procedente del Granero, se reunió con nosotros.

—La señora Norreys me envía a preguntarle si desea algo —me dijo—. ¿Le apetece una copa?

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Completamente.

Gabriel ignoró más o menos a Isabella.

—Pero vaya usted por una —dije.

—No, gracias. Yo tampoco quiero. —Se detuvo y luego dijo—: Una noche maravillosa, ¿eh? En una noche así, el joven Lorenzo, etc.

Nos quedamos los tres en silencio. La música del Granero llegaba tamizada. Gabriel se volvió a Isabella.

—¿Le importaría venir a bailar conmigo, señorita Charteris?

Isabella se levantó y dijo con voz amable:

—Gracias, encantada.

Se marcharon juntos, un poco envarados, sin decirse nada. Yo empecé a pensar en Jennifer. Me pregunté dónde estaría y qué estaría haciendo. ¿Habría encontrado, como suele decirse, su media naranja? Así lo esperaba. Lo esperaba sinceramente.

En realidad, el pensar en Jennifer no me producía ningún dolor,

porque la Jennifer que yo había conocido una vez no había existido nunca. Me la había inventado yo mismo para mi satisfacción. Nunca me había turbado la Jennifer real. Entre ella y yo se había alzado la figura de Hugh Norreys, al que le gustaba Jennifer.

Recordaba vagamente cuando era niño y bajaba con mucho cuidado una larga fila de peldaños. Podía escuchar el tenue eco de mi voz, diciendo con arrogancia: «Aquí está Hugh Norreys bajando las escaleras…». Más tarde el niño aprende a decir «yo». Pero sigue siendo un espectador, no «yo». Se ve a sí mismo en una serie de cuadros. Yo había visto a Hugh Norreys confortando a Jennifer, a Hugh Norreys siendo todo en el mundo para Jennifer, a Hugh haciendo feliz a Jennifer, compensando a Jennifer de todo lo que le había ocurrido antes. Seguí el juego. Sí, ahora comencé a pensar como Milly Burt. Milly Burt tomando la decisión de casarse con Jim, viéndose a sí misma haciendo feliz a Jim, librándole de la bebida, sin preocuparse, en realidad, de conocer al Jim real.

Intenté seguir el proceso con John Gabriel. Ése es John Gabriel, compadeciéndose por la pequeña mujercita, halagándola, ayudándola, siendo amable con ella.

Me concentré en Teresa. Ésta es Teresa casándose con Robert. Ahora es Teresa que…

No, no funcionaba. Me di cuenta de que Teresa era adulta. Había aprendido a decir «yo».

Dos figuras salieron del Granero. No venían hacia mí. Torcieron por el camino, bajando hacia la otra terraza y el jardín acuático.

Proseguí mi pasatiempo mental. *Lady* Tressilian, viéndose a sí misma persuadirme para que recobrara la salud, para que me interesara por la vida. La señora Bigham Charteris viéndose a sí misma como la persona que siempre conoce el medio adecuado de solucionar las cosas, y todavía, a sus ojos, como la eficiente esposa de un coronel de regimiento. Bien, ¿por qué no? La vida es dura y es necesario soñar.

¿Había tenido sueños Jennifer? ¿Cómo era Jennifer en realidad? ¿Me había preocupado alguna vez por saberlo? ¿No había visto siempre lo que quería ver, mi maravillosa, desgraciada y leal Jennifer?

¿Cómo era en realidad? Pensándolo bien no tan maravillosa, no tan leal, y ciertamente desgraciada. Decididamente desgraciada.

Recordé su remordimiento, sus autoacusaciones cuando me ocurrió el accidente y me convertí en una ruina destrozada. Todo era culpa suya, todo era obra suya. ¿Qué significa eso, después de todo, sino que Jennifer se veía a sí misma en un papel trágico?

Todo lo que había sucedido era culpa de Jennifer. Eso era Jennifer, la figura trágica y desgraciada, para quien todo marcha mal y carga sobre sus hombros con todo lo erróneo. Milly Burt, probablemente, se conducía de forma similar. Mis pensamientos descendieron repentinamente de las teorías de la personalidad a los problemas presentes. Milly no había venido aquella noche. Quizá fuera prudente por su parte. ¿O causaría su ausencia los mismos comentarios?

Sentí un escalofrío y me sobresalté. Debí de quedarme dormido. Hacía mucho más frío que antes.

Oí unos pasos que ascendían de la parte baja del jardín. Era John Gabriel. Venía hacia mí y advertí que caminaba irregularmente. Me pregunté si habría bebido demasiado.

Llegó hasta mí. Me quedé de una pieza ante su aspecto. Su voz era pesada, las palabras le salían dificultosamente. Presentaba toda la apariencia de un hombre que había estado bebiendo, pero no era el alcohol lo que le había puesto en aquel estado.

Se echó a reír como lo haría un borracho.

—¡Esa niña! —dijo—. ¡Esa niña! Ya le dije a usted que era como cualquier otra. Su cabeza puede estar en las estrellas, pero tiene los pies perfectamente asentados en el suelo.

—¿De qué está usted hablando, Gabriel? —pregunté secamente —. ¿Ha bebido?

Dejó escapar una carcajada.

—¡Eso sí que es bueno! No, no estuve bebiendo. Hay cosas mejores que hacer que beber. ¡Una pequeña orgullosa y presuntuosa! ¡Demasiado buena dama para mezclarse con la chusma! Le he enseñado cuál es su lugar. Le hice bajar de las estrellas, le enseñé de qué está hecha, de barro común. Hace mucho le dije que no era una santa, no lo podía ser con una boca como la suya… Es completamente humana. Tan humana como el resto de nosotros. Haz el amor con cualquier mujer que te guste, todo es lo mismo… ¡Lo mismo!

—Oiga usted, Gabriel —dije conteniendo mi furia—, ¿es que no

tiene respeto a nada?

Dibujó una sonrisa.

—Estuve divirtiéndome, viejo —continuó—. Eso es lo que estuve haciendo, divirtiéndome. Divirtiéndome a mi modo, un modo muy intenso además.

—Si usted ha insultado a esa chica de alguna manera…

—¿Chica? Es una mujer hecha y derecha. Sabe perfectamente lo que hace y lo que debe hacer. Es una mujer completa. Créame.

Se rió de nuevo. El eco de aquella risa me persiguió durante muchos años. Eran carcajadas toscas y descarnadas, horriblemente desagradables. Le odié entonces y sigo odiándolo ahora.

Yo era espantosamente consciente de mi propio desamparo, de mi impotencia, de mi inmovilidad. Él me obligó a darme cuenta de ello con una mirada repentina y desdeñosa. No puedo imaginar a nadie más odioso de lo que lo fue Gabriel aquella noche.

Otra vez se echó a reír y se fue tambaleándose hacia el Granero.

Yo me quedé mirándole, lleno de impotencia e ira. Luego, mientras todavía daba vueltas a la amarga realidad de mi invalidez, oí que alguien subía las escaleras de la terraza. Ahora las pisadas eran seguras y tranquilas.

Isabella subió a la terraza, vino junto a mí y se sentó en el banco de piedra, a mi lado.

Sus movimientos, como siempre, eran seguros y tranquilos. Se sentó en silencio, como lo había hecho antes, aquella misma noche. Sin embargo, yo me di cuenta, con una conciencia clara, de que existía una diferencia. Era como si, sin ninguna señal externa, buscara seguridad. Algo estaba despierto y se agitaba en su interior. Comprendí que se hallaba en un profundo bache espiritual. Pero yo no sabía, ni siquiera podía sospecharlo, qué era lo que ocurría con exactitud en su cabeza. Tal vez ella misma no lo supiera tampoco.

Dije, con cierta incoherencia:

—Querida Isabella, ¿todo marcha bien?

Respondió rápidamente:

—No lo sé.

Unos minutos después puso su mano sobre la mía. Era un gesto de cariño y confianza, un gesto que no he olvidado nunca.

No hablamos. Estuvimos allí, sentados, casi una hora. Después, la gente empezó a salir del Gran Granero y varias mujeres vinieron,

hablaron y se felicitaron las unas a las otras de lo bien que había salido todo. Una de ellas se llevó a Isabella a casa en su coche.

Todo fue irreal. Como un sueño.

17

Yo esperaba que Gabriel se guardara de verme al día siguiente, pero lo que Gabriel hacía era siempre imprevisible.

Entró en mi habitación poco antes de las once.

—Esperaba encontrarle solo —dijo a guisa de saludo—. Supongo que anoche me comporté como el más cretino de los cretinos.

—Puede decirlo así, pero yo lo llamaría algo más fuerte. Usted es un cerdo repugnante, Gabriel.

—¿Qué fue lo que dijo ella?

—No dijo nada.

—¿Estaba nerviosa? ¿Enfadada? ¡Maldita sea!, tuvo que decir algo. Estuvo con usted casi una hora.

—No dijo nada en absoluto —repetí.

—Ojalá nunca hubiera… —Se detuvo—. Oiga, no se vaya a creer que la seduje, ¿eh? Nada de eso. Por Dios, no. Yo sólo… en fin, yo sólo le hice el amor un momento, eso fue todo. La luz de la luna, una muchacha… en fin, supongo que le hubiera podido ocurrir a cualquiera.

No contesté. Gabriel respondió a mi silencio como si yo hubiera dicho algo:

—Tiene razón —dijo—. No estoy orgulloso de mí. Pero ella me volvió loco. Me estaba volviendo loco desde que la conocí. Parecía como si fuera demasiado feliz para ser tocada. Por eso fue por lo que hice el amor con ella. Sí y no fue un coito demasiado bonito, sino más bien bestial. Pero ella respondió, Norreys… Es completamente humana, tan humana como cualquier mujerzuela con la que uno se va los sábados. Me fastidia que ahora me odie. No he pegado ojo en toda la noche.

Se puso a pasear con violencia de un lado a otro. Luego preguntó otra vez:

—¿Está seguro de que no dijo nada? ¿Nada en absoluto?

—Ya se lo he dicho dos veces —respondí fríamente.

Se llevó las manos a la cabeza. Podría haberse tomado como un gesto cómico, pero en aquel momento fue puramente trágico.

—Nunca sé lo que piensa —dijo—. No sé nada de ella. Está en un lugar al que no puedo llegar. Es como ese friso del demonio de Pisa. Los bienaventurados sentados allí, bajo los árboles, sonriendo. Yo la tenía que hacer bajar. ¡Tenía que hacerlo! No lo podía soportar más. Le digo que no podía soportarlo. Quería ponerle las manos encima, bajarla a la tierra, verla avergonzada. Quería llevarla conmigo al infierno.

—Por el amor de Dios, Gabriel, cállese —dije enfadado—. ¿Es que no tiene usted la menor decencia?

—No, no la tengo. Usted tampoco la tendría si hubiera pasado por lo que yo. Todas estas semanas. Ojalá no la hubiera conocido. Ojalá la pudiera olvidar. Ojalá no supiera de su existencia.

—No tenía idea de… —empecé a decir.

Gabriel me interrumpió:

—No tenía idea de nada. ¡No es capaz de ver unos centímetros delante de su nariz! Es el individuo más egoísta que he conocido nunca, completamente encerrado en sus sentimientos. ¿No se da usted cuenta de que estoy cogido? Un poco más y ya no me importaría llegar al Parlamento.

—El país —dije— podría salir ganando.

—Lo cierto es —dijo Gabriel tristemente— que me he metido en un buen lío.

No contesté. Había soportado tanto a Gabriel con sus modales jactanciosos que podía conseguir cierta cantidad de satisfacción al verle hundido.

Mi silencio le molestó. Yo estaba contento. Lo había hecho a propósito para molestarle.

—Me pregunto, Norreys, si tiene usted idea de lo puritano y retrógrado que parece. ¿Qué supone que yo debiera hacer, defenderme ante la chica diciendo que perdí la cabeza o algo por el estilo?

—Eso a mí no me concierne. Tiene usted tanta experiencia con las mujeres que debería saber perfectamente lo que tiene que hacer.

—Nunca hasta ahora me las vi con una chica así. ¿Cree usted que está conmocionada? ¿Que ella cree que soy un cerdo?

De nuevo encontré placer en decirle lo que era verdad, que no sabía lo que pensaba ni lo que sentía Isabella.

—Pero me parece —dije— que ahí viene…

Gabriel se puso colorado y sus ojos tomaron el aspecto de los de un animal cazado en la trampa. Abandonó su postura frente a la chimenea, una postura fea, con las piernas abiertas y el mentón echado hacia delante. Adoptó un aspecto de perro apaleado que le iba muy mal. Sentí un gran placer al comprobar que estaba asustado.

—Si Isabella me mira como si yo fuese algo que hubiese cazado el gato… —No terminó la frase.

Isabella, sin embargo, no le miró como si Gabriel fuera algo que hubiera cazado el gato. Dio los buenos días, primero a mí y luego a él. Sus modales no establecían ninguna diferencia entre ambos. Era, como de costumbre, grave y cortés. Mostraba su aspecto sereno e impasible de siempre. Traía un recado para Teresa y, cuando supo que ésta estaba en la habitación contigua con los Carslake, se fue en su busca, dedicándonos una ligera y graciosa sonrisa a los dos.

Cuando cerró la puerta, Gabriel comenzó a maldecir. Le molestaba la firmeza y la frialdad de la muchacha. Intenté hacer frente a su torrente de malicia, pero sin éxito.

Me gritó:

—Sujete su lengua, Norreys. Esto no tiene nada que ver con usted. Le aseguro que conseguiré a esa zorra orgullosa y presumida aunque sea lo último que haga en mi vida.

Salió de la habitación, dando tal portazo que todo Polnorth House vibró con el impacto.

No quería que se me escapara Isabella cuando saliera de ver a los Carslake, así que hice sonar el timbre y me sacaron a la terraza.

No tuve que esperar mucho. Isabella apareció y vino hacia mí. Con su naturalidad habitual fue derecha al banco de piedra y se sentó. No dijo nada. Sus largas manos estaban, como de costumbre, dobladas distraídamente sobre el regazo.

Por lo general yo estaba bastante contento, pero aquel día mi mente especulativa se hallaba en plena actividad. Quería saber lo que sucedía en aquella cabeza de aspecto noble. Había visto el estado de Gabriel. No tenía idea de las impresiones, si es que existían, que los acontecimientos de la noche anterior habían

dejado en Isabella. La dificultad al tratar con Isabella es que se tenían que decir las cosas con palabras llanas. Utilizar cualquier eufemismo convencional solo hubiera traído como resultado el sumirla en un brutal aturdimiento.

Aun sabiéndolo así, mi primer comentario fue completamente ambiguo:

—¿Todo va bien, Isabella? —pregunté.

Me dirigió una mirada levemente interrogadora. Volví a hablar:

—Gabriel parece muy trastornado esta mañana. Creo que quiere justificarse contigo por lo que sucedido anoche entre vosotros.

Isabella preguntó:

—¿Y por qué tiene que justificarse?

—Bueno —dije vacilando—, creo que se portó mal.

Se quedó un instante pensativa y exclamó enseguida:

—¡Oh, comprendo!

No había rastro de turbación en sus modales. Mi curiosidad me indujo a proseguir con mis preguntas, no obstante el hecho de que el asunto no tenía nada que ver conmigo.

—¿No crees que se portó mal? —pregunté.

Isabella contestó:

—No lo sé. Realmente no lo sé… —Y añadió en un tono como de disculpa—: Compréndame, es algo que no he tenido tiempo de pensar…

—¿Su comportamiento no te conmocionó, ni te enfureció, ni te turbó?

Yo sentía curiosidad, una gran curiosidad.

Isabella pareció retorcer mis palabras en su mente. Luego, con ese aire de contemplar algo con despego, como si estuviera muy lejos, dijo:

—No, creo que no. ¿Debería haber sentido alguna de esas sensaciones?

Entonces, naturalmente, me pilló desprevenido. No sabía qué responder. ¿Qué habría sentido una chica normal al encontrarse por primera vez no con el amor, ni con la ternura, sino con la pasión fácilmente excitable de un hombre de disposición más bien tosca?

Siempre había tenido la sensación (¿o solo creía tenerla?) de que había algo extraordinariamente virginal en Isabella. ¿Era realmente así? Recordé que Gabriel había mencionado por dos veces su boca.

Miré hacia aquella boca. El labio inferior era prominente. Casi una boca habsburga. Labios sin pintar, pero de un rojo fresco, natural. Sí, era una boca sensual y apasionada.

Gabriel había despertado en ella una respuesta. Pero ¿cuál era esa respuesta? ¿Pura sensualidad? ¿Instinto? ¿Era una respuesta emitida en pleno juicio?

Entonces Isabella me hizo una pregunta. De la forma más sencilla me preguntó si a mí me gustaba John Gabriel.

En otro momento hubiera encontrado sumamente difícil responder a semejante pregunta. Pero no en aquella ocasión. En aquel instante me sentía muy seguro de mis sentimientos hacia John Gabriel.

Con demasiada rotundidad respondí:

—No.

Isabella dijo pensativamente:

—A la señora Carslake tampoco le gusta.

Me desagradó mucho ser equiparado a la señora Carslake.

Hice otra pregunta, a mi vez:

—¿Te gusta a ti, Isabella?

Se quedó en silencio durante unos largos segundos. Y cuando sus palabras luchaban por aflorar a sus labios, comprendí que provenían del más absoluto aturdimiento:

—No le conozco… No sé nada de él. Es horrible cuando no puedes hablar con alguien.

Era difícil para mí comprender lo que quería decir, porque siempre que yo me había sentido atraído hacia las mujeres, la comprensión había sido, por decirlo así, un atractivo. La creencia (a veces errónea) en una simpatía especial entre nosotros; el descubrimiento de cosas que nos gustaban a ambos, de cosas que nos disgustaban, discusiones sobre juegos, libros, puntos de vista éticos, mutuas simpatías y mutuas adversiones.

La sensación de cálida camaradería siempre había sido el comienzo de lo que muy a menudo no era camaradería en absoluto, sino, simplemente, sexo camuflado.

Gabriel, según Teresa, era un hombre que resultaba atractivo a las mujeres. Presumiblemente Isabella lo había encontrado atractivo. Pero aunque su atractivo masculino fuera un hecho escueto y real para ella, no se disfrazaba con un revestimiento de

falsa comprensión. Se le había aproximado como un extraño, como un extranjero. Pero ¿le encontraba realmente atractivo? ¿Era posiblemente su modo de hacer el amor lo que le resultaba atractivo, no el hombre en sí?

Sabía que todo esto no eran más que especulaciones. Isabella no especulaba. Cualesquiera que fueran sus sentimientos hacia John Gabriel, no los analizaría. Se limitaría a aceptarlos como una parte tejida en la tapicería de la vida y proseguiría con la siguiente porción del dibujo. Me di cuenta de repente de que eso era lo que había provocado en John Gabriel aquella rabia de maníaco. Durante una fracción de segundo sentí que nacía en mi interior simpatía por él.

Entonces Isabella se puso a hablar de otras cosas.

Me preguntó con voz grave por qué razón pensaba yo que las rosas rojas apenas duraban en agua.

Discutimos la cuestión. Le pregunté cuáles eran sus flores favoritas. Dijo que las rosas rojas y los alhelíes marrones, muy oscuros, aterciopelados, y lo que ella llamaba «injertos» color malva pálido que parecían muy consistentes.

Me pareció una selección más bien extraña. Le pregunté por qué le gustaban aquellas flores en concreto. Me respondió que no lo sabía.

—Tienes una mente perezosa, Isabella —le dije—. Lo sabrías perfectamente si te tomaras el trabajo de pensarlo.

—¿De verdad? Muy bien. Entonces lo pensaré.

Se quedó sentada allí, envarada y seria, pensando.

(Y es así, cuando me acuerdo de Isabella, como la veo y como la veré siempre, hasta el fin de mis días. Sentada al sol en el banco de piedra, con la cabeza erguida y orgullosa, con las manos largas y estrechas dobladas en paz sobre el regazo, con la cara seria, pensando en flores).

Dijo por fin:

—Creo que es porque todas ellas dan la impresión de ser muy agradables de tocar, como si fueran de terciopelo… Y porque tienen un olor adorable. Las rosas no tienen buen aspecto cuando están creciendo. Crecen de un modo feo. Una rosa necesita estar sola en un búcaro. Entonces es muy hermosa. Pero solo durante un pequeño período de tiempo, después se marchita y muere. Las aspirinas, el

quemar los tallos y todas esas cosas no hacen ningún bien. Me refiero a las rosas rojas. Dan buen resultado, en cambio, con las otras. Pero nadie es capaz de mantener por mucho tiempo las grandes rosas de color rojo oscuro. ¡Ojalá no murieran!

Era, con mucho, lo más largo que le había oído decir nunca a Isabella.

Tenía más interés en hablar de las rosas que de John Gabriel. Fue, como he dicho, un momento que nunca olvidaré. Compuso el clímax de nuestra amistad… No sé si me comprenderéis.

Desde donde mi silla estaba colocada veía el sendero que cruzaba los campos hasta el castillo de St. Loo. Y una figura se aproximaba por aquel sendero. Una figura en uniforme de campaña. Con una súbita certeza que me dejó atónito, supe que lord St. Loo acababa de llegar a su casa.

18

De vez en cuando, uno tiene la sensación de que una determinada serie de acontecimientos se ha repetido ya un fastidioso número de veces. Tuve esa impresión cuando vi al joven St. Loo acercándose a nosotros.

Me pareció como si otra vez, otra y otras muchas veces ya hubiera estado yo allí, tumbado, impotente, inmóvil, viendo a Rupert St. Loo acercarse a través del campo… Era como si me hubiera ocurrido a menudo antes y entonces volviera a ocurrirme. Se repetiría por toda la eternidad.

«Isabella —dijo mi corazón—, éste es el adiós. Éste es el destino que viene por ti».

Otra vez se recreó la atmósfera de cuento de hadas. Renacía la ilusión, la irrealidad. Yo iba a asistir al feliz final de una historia muy familiar.

Di un pequeño suspiro y miré a Isabella. Ella no tenía la menor sospecha de que el destino se aproximaba. Miraba sus manos blancas, largas y estrechas. Todavía estaba pensando en rosas. O posiblemente en alhelíes aterciopelados, color marrón oscuro.

—Querida Isabella —dije con un hilo de voz—, alguien viene.

Alzó los ojos lentamente, sólo con un ligero destello de interés. Volvió la cabeza, su cuerpo se puso rígido y un pequeño temblor la recorrió toda.

—Rupert… —exclamó—. Rupert…

Podía, desde luego, no haberse tratado de Rupert. Nadie podría asegurarlo a aquella distancia. Pero era Rupert.

Se acercó un tanto vacilante, cruzó la verja y subió los peldaños de la terraza con el aire de quien trata de disculparse. Porque Polnorth House pertenecía a unos extraños a los que todavía no había conocido… Pero en el castillo le habían dicho que encontraría allí a su prima. Isabella se levantó al llegar él a la terraza y se

encaminó en su dirección.

Él aceleró los pasos hacia su prima. Isabella dijo muy suavemente:

—¡Rupert!

Y él:

—¡Isabella!

Permanecieron de pie, juntos, con las manos entrelazadas y la cabeza del joven ligeramente inclinada, como en gesto de protección.

Era perfecto. Absolutamente perfecto. Si se hubiera tratado de una escena para una película, no hubiera habido necesidad alguna de repetir. En un escenario se hubiera formado un nudo en la garganta de cualquier mujer de mediana edad, romántica y aficionada al teatro. Era idílico, irreal. Un feliz final para un cuento de hadas. Un Romance con R mayúscula.

Era el encuentro entre una muchacha y un muchacho que habían estado esperándose el uno al otro durante años. Que habían estado construyendo una imagen que era en parte ilusoria, pero comprobando ahora, cuando al fin se reunían, que milagrosamente la ilusión y la realidad eran idénticas.

Era ese tipo de cosas que nunca ocurren, se puede decir, en la vida real. Pero estaba ocurriendo allí, ante mis ojos.

En aquel primer momento se dejaron sentadas ciertas cosas. Rupert siempre había mantenido con tenacidad, en el fondo de su alma, la determinación de volver a St. Loo y casarse con Isabella. Isabella siempre había tenido la tranquila certeza de que Rupert volvería alguna vez a casa y se casaría con ella… De que vivirían juntos en St. Loo, felices por siempre jamás.

Y ahora, para ambos, su fe quedaba justificada y la esperanza era recompensada con creces.

Al fin, Isabella se volvió hacia mí. Su rostro brillaba de alegría.

—El capitán Norreys —dijo presentándonos—. Mi primo Rupert.

Rupert St. Loo vino hacia mí y me estrechó la mano. Yo le dediqué una amable mirada.

Creo todavía que nunca he visto a nadie más hermoso. No me refiero a que perteneciera al tipo de «dios griego». La suya era una belleza completamente masculina y viril. Tenía un rostro moreno y curtido por la intemperie, un bigote bastante abundante, caderas

estrechas y unas piernas bien formadas. Su voz era atractiva, profunda, agradable. No tenía acento colonial. Había humor en su cara, inteligencia, tenacidad y un punto de cierta estabilidad calmosa.

Se disculpó por haber aparecido de manera tan informal, pero dijo que acababa de llegar en avión y que desde el aeródromo, había venido directamente en coche.

Lady Tressilian le había dicho en el castillo que Isabella estaba en Polnorth House y que, probablemente, la podría encontrar allí.

Miró a Isabella cuando terminó de hablar y un brillo lució en sus ojos.

—Has mejorado mucho desde que eras una colegiala, Isabella —dijo—. Te recuerdo con unas piernas inmensamente largas y espigadas, dos trenzas que se movían agitadas por el viento y un aire de seriedad grave.

—Tenía que ser horrible… —comentó Isabella pensativamente.

Lord St. Loo dijo que le encantaría conocer a mi cuñada y a mi hermano, cuyos cuadros admiraba mucho.

Isabella apuntó que Teresa estaba con los Carslake y que iría a decírselo. ¿También quería Rupert conocer a los Carslake?

Rupert contestó que no, y que no les podía recordar muy bien, a pesar de que ya estaban allí la última vez que había venido a St. Loo, cuando todavía era un niño que iba a la escuela.

—Tendrás que conocerlos, Rupert —dijo Isabella—. Se pondrán muy contentos y se alegrarán de tu llegada.

El joven lord St. Loo pareció un tanto confundido. Dijo que solo había conseguido un mes de permiso.

—¿Y después tienes que volver a Oriente? —preguntó la muchacha.

—Sí.

—Y cuando al fin termine la guerra con los japoneses, ¿volverás para vivir aquí?

Isabella hizo esta pregunta con seriedad. Su rostro también se puso serio.

—Depende —contestó él— de varias cosas…

Hubo una pequeña pausa. Era como si los dos estuvieran pensando lo mismo. Ya había una armonía y un entendimiento plenos entre ellos.

Isabella fue en busca de Teresa, y Rupert St. Loo se sentó y empezó a hablar conmigo. Hicimos comentarios sobre la guerra, cosa que me encantó. Desde que había venido a Polnorth House yo había vivido envuelto en una atmósfera femenina. St. Loo era uno de esos oasis del país que permanecía al margen de la guerra. Su relación con ella era solo de oídas, de habladurías y de rumores. Los soldados que se paseaban por allí eran soldados de permiso que querían olvidarse de la guerra.

Yo me había sumergido, por el contrario, en un mundo puramente político y el mundo político, sobre todo en lugares como St. Loo, es esencialmente femenino.

Es un mundo de cálculo de efectos, de persuasión, de miles de pequeñas sutilezas junto con esa cantidad enorme de trabajo completamente monótono que es, una vez más, la contribución femenina a la existencia. Es un mundo en miniatura. El universo exterior de sangre y violencia tenía únicamente su lugar como si fuera el decorado de un escenario. Contra el telón de fondo de una guerra mundial todavía no concluida, nosotros estábamos empeñados en una guerra intensamente personal. Lo mismo estaba ocurriendo en toda Inglaterra bajo el camuflaje de nobles clichés. Democracia. Libertad. Seguridad. Imperio. Nacionalización. Lealtad. Estupendo nuevo mundo… Éstas eran las palabras, las pancartas.

Pero las elecciones del momento, como empecé a sospechar que ocurría siempre, estaban regidas por esas porfías personales que son mucho más reales y mucho más urgentes que las palabras, los nombres y las pancartas bajo los cuales se desarrolla la lucha.

¿Qué partido me iba a dar una casa para vivir? ¿Cuál me traería a mi hijo Johnny o a mi marido David de ultramar? ¿Cuál daría a mis bebés sus mejores oportunidades en el futuro? ¿Qué bando podría evitar futuras guerras para que no recluten y maten a mi marido y quizá a mis hijos?

Hechos son amores… ¿Qué partido me ayudará a volver a abrir mi negocio? ¿Cuál me construirá una casa? ¿Quién nos dará más comida, más cupones para comprar ropa, más toallas, más jabón?

«Todos con Churchill. Él ganó la guerra para nosotros. Nos salvó de tener aquí a los alemanes. Seré fiel a Churchill».

«Wilbraham es un maestro. La educación es la clave para encauzar a los niños en el mundo. Los laboristas nos darán más

viviendas. Así lo afirman. Churchill no va a traer a los muchachos tan pronto. Nacionalicemos las minas y así todos tendremos carbón».

«Me gusta el mayor Gabriel. Es un hombre de verdad. Le importan las cosas. Combatió en toda Europa, fue herido, no se quedó en su casa con un trabajo seguro. Sabe lo que sentimos sobre los hombres que están fuera. Es el hombre que necesitamos, no un maldito maestro de escuela. ¡Maestros de escuela! Esos profesores evacuados ni siquiera ayudarían a la señora Polwidden a lavar los platos del desayuno. Presuntuosos, eso es lo que son».

¿Qué son los políticos, sino barracas contiguas en la feria del mundo, cada uno ofreciendo su pócima barata y universal para curar todas las enfermedades?… Y el público estúpido se traga toda la farsa. Ése era el mundo en el que yo había vivido desde que volví a la vida y comencé de nuevo. Un mundo que no había vivido antes, completamente desconocido para mí.

Al principio lo había despreciado olímpicamente. Lo había considerado como otro barullo. Pero ahora empezaba a darme cuenta de en qué estaba basado, qué realidades apasionadas, qué esperanzas siempre beligerantes por la supervivencia la conformaban. ¡El mundo de las mujeres, no el de los hombres! El hombre seguía siendo el cazador descuidado, impulsivo, a menudo hambriento, echado para delante, con una mujer y un niño a sus espaldas. No se necesitaban políticos en ese mundo, solo tener los ojos bien despiertos, las manos dispuestas, al acecho de la presa.

Pero el mundo civilizado se basa en la tierra, la tierra que crece y produce. Es un mundo que levanta edificios y los llena con posesiones. Un mundo maternal y fecundo donde la supervivencia es infinitamente más complicada y puede tener éxito o fracasar de mil modos diferentes. Las mujeres no ven las estrellas, ven las cuatro paredes de un hogar azotado por el viento, la olla crepitando en el fuego, las caras de los niños dormidos y bien alimentados.

Yo intentaba, sin éxito, escapar de aquel mundo femenino. Mi hermano Robert no me servía de ayuda. Era un pintor, un artista comprometido maternalmente contra la vecindad de la nueva vida. Gabriel era lo suficientemente masculino, su presencia había sido bienvenida a través del infinitesimal entramado de intrigas. Pero esencialmente no nos teníamos ninguna simpatía.

Con Rupert St. Loo regresé a mi mundo. El mundo de El Alamein y de Sicilia, de El Cairo y Roma. Hablábamos el viejo lenguaje, el viejo idioma, descubriendo mutuas afinidades. Volví a ser de nuevo un hombre completo en el mundo inseguro de la guerra, mundo de muerte inminente, de valor y de alegría física.

Me gustaba enormemente Rupert St. Loo. Era, estaba seguro, un oficial de primera clase y tenía una personalidad extremadamente atractiva. Tenía cabeza, excelente humor y una inteligencia despierta. Pensaba que era el tipo de hombre que se necesitaba para construir el nuevo mundo. Un hombre con tradiciones y, sin embargo, con una mente moderna que miraba al futuro.

En ese momento aparecieron Teresa y Robert, y se unieron a nosotros. Teresa explicó que estábamos metidos de lleno en las elecciones, y Rupert St. Loo confesó que no tenía nada de político. Entonces llegaron los Carslake con John Gabriel. La señora Carslake se quedó encantada de ver a lord St. Loo, y Carslake, muy amablemente, le explicó que su acompañante era nuestro candidato, el señor Gabriel.

Rupert St. Loo y Gabriel se saludaron cortésmente y Rupert le deseó suerte, hablando a continuación sobre la campaña e interesándose por cómo iban las cosas.

Permanecían juntos, recortados contra la luz del sol, y yo advertí el contraste verdaderamente cruel de los dos hombres. No era únicamente que Rupert fuera guapo y Gabriel feo y pequeño. Era algo más profundo que todo eso. Rupert St. Loo era equilibrado y seguro. Tenía una cortesía natural y unos modales amables. Se notaba, además, que era honrado. Un mercader chino, por poner un ejemplo, habría permitido que se llevara muchas cosas sin pagarlas, confiaría de lleno en él. Y el mercader chino no se equivocaría. Gabriel tenía un aspecto lamentable comparado con el otro. Estaba nervioso, abusando de las afirmaciones, patiabierto y moviéndose continuamente. Parecía, ¡pobre diablo!, un pequeño hombre vulgar. Peor que eso, parecía esa clase de hombre que sería honesto a condición de que se le recompensara con ello. Era como un perro de dudosos antepasados, que producía excelente impresión hasta que se le colocara al lado de un genuino perro de raza.

Robert estaba al lado de mi coche y atraje su atención hacia los dos hombres con una seña.

Robert captó lo que yo quería indicar y los miró a ambos pensativamente. Gabriel seguía balanceándose, incómodo, de un pie a otro. Tenía que mirar hacia arriba cuando Rupert y él hablaban. No creo que eso le agradara.

Alguien más estaba mirando a los dos hombres. Era Isabella. Sus ojos, al principio, parecían mirar a ambos, pero después, inconfundiblemente, se concentraron en Rupert. Con los labios entreabiertos, echó con orgullo la cabeza hacia atrás y sus mejillas se colorearon ligeramente. Aquella alegría orgullosa de la muchacha era muy agradable de ver.

Robert notó su actitud tras una rápida mirada. Después sus ojos volvieron escrutadoramente al rostro de Rupert St. Loo.

Cuando todos entraron a tomar una copa, Robert se quedó en la terraza. Yo le pregunté que qué pensaba de Rupert St. Loo. Su respuesta fue muy curiosa:

—Podría asegurarte —dijo— que en su bautizo no hubo ni una sola hada malvada.

19

Bien, Rupert e Isabella no se tomaron demasiado tiempo para aclarar las cosas. Mi opinión es que todo quedó bien sentado desde el primer momento, cuando se encontraron en la terraza cerca de mi silla.

Existía, creo, la firme creencia por parte de ambos de que el sueño que habían alimentado secretamente durante tanto tiempo, no les abandonaría cuando llegase la hora de la prueba.

Porque, como Rupert me dijo algunos días después, había alimentado un sueño.

Rupert y yo llegamos a intimar. A él también le agradaba la compañía masculina. La atmósfera del castillo estaba saturada de adoración femenina. Las tres viejas estaban locas por Rupert, incluso la misma *lady* St. Loo se desprendió de parte de su especial aspereza.

Así que a Rupert le gustaba venir a hablar conmigo.

—En ocasiones, he pensado —me dijo de repente un día— que era un tonto con lo de Isabella. Es curioso, dígase lo que se diga, decidir casarse con alguien cuando ese alguien es una niña, y una niña flaca además, para comprobar más tarde que no se ha cambiado de opinión.

Le dije que yo había oído hablar de casos similares.

Rupert me dijo pensativamente:

—La verdad es que supongo que Isabella y yo nos pertenecemos… Siempre he sentido que es una parte de mí, una parte que todavía no podía poseer pero que tendría que llegar a pertenecerme algún día para hacer las cosas completas. Un asunto divertido. Es una chica extraña. —Estuvo fumando en silencio largo rato y luego añadió—: Creo que lo que más me gusta de ella es que no tiene sentido del humor.

—¿Cree que no lo tiene?

—Ninguno, en absoluto. Y es maravillosamente cómodo… Siempre sospeché que el sentido del humor es una especie de truco que los seres civilizados nos hemos inventado como recurso contra la desilusión. Hacemos un esfuerzo consciente para ver las cosas agradables simplemente porque sospechamos que no son satisfactorias.

Bueno, había algo de verdad en aquellas palabras. Lo pensé así con una sonrisa ligeramente torva… Sí, Rupert St. Loo había dicho una verdad.

Él miraba hacia el castillo. Dijo con jovialidad:

—Me encanta ese lugar. Siempre me ha encantado. Incluso estoy contento de haber estado en Nueva Zelanda hasta que vine a Eton. Me posibilitó mi imparcialidad. Puedo ver el lugar desde fuera y también identificarme con él sin reflexión. Venir aquí desde Eton para pasar las vacaciones, saber que era mío de verdad, que algún día vendría a vivir aquí… Darme cuenta de que era algo que siempre había querido tener… Incluso la primera vez que lo vi tuve la firme sensación de haber llegado a mi hogar. —Hizo una pausa y continuó—: Isabella formaba parte del castillo. Entonces estuve seguro, y esa seguridad no me abandonó, de que nos casaríamos aquí y que aquí viviríamos el resto de nuestras vidas —Su mandíbula inferior se contrajo con decisión—. ¡Y viviremos aquí! A pesar de los impuestos, de los gastos y de las reparaciones. A pesar de la amenaza de la nacionalización de las tierras. Éste es nuestro hogar, de Isabella y mío.

Se prometieron oficialmente a los cinco días de llegada de Rupert.

Fue *lady* Tressilian quien nos trajo la noticia. Aseguró que al día siguiente se publicaría en el *Times*. O a los dos días; pero quería que nosotros nos enterásemos primero. ¡Se sentía tan feliz con el acontecimiento!

Su bella cara redonda temblaba con sentimental placer. Tanto Teresa como yo nos alegramos de su felicidad. Quedaba aclarada la carencia de ciertas cosas en su propia vida. En un momento tan feliz dejó de ser menos maternal en su actitud para conmigo, lo cual me permitió gozar mucho más de su compañía. Por primera vez dejó de traerme manuales y apenas intentaba estar brillante para darme ánimos. Estaba claro que Isabella y Rupert ocupaban todos sus

pensamientos.

Las actitudes de las otras dos ancianas damas variaron ligeramente. La señora Bigham Charteris redobló su energía y su vivacidad. Daba larguísimos paseos con Rupert a lo largo y a lo ancho de la propiedad, presentándole a los arrendatarios y dándole instrucciones sobre las reparaciones, diciéndole lo que tenía que hacer y lo que en verdad habría de dejar de hacer.

—Amos Polflexen siempre refunfuña. Hace dos años se le arreglaron por completo las paredes. Con la chimenea de Ellen Heath tenemos que hacer algo. Está teniendo mucha paciencia. Los Heath han sido arrendatarios de la propiedad durante trescientos años.

Pero fue la actitud de *lady* St. Loo la que encontré más interesante.

Durante algún tiempo no pude comprenderla. Más tarde, un día, la comprendí. Era un triunfo. Un tipo curioso de triunfo. Una especie de batalla ganada contra un antagonista invisible y no existente.

—Todo irá bien ahora —me dijo.

Y luego lanzó un suspiro, un gran suspiro de cansancio. Fue como si dijera: «Señor, ahora deja a tu sierva partir en paz…». Me dio la impresión de alguien que ha tenido siempre miedo y que sabe que de pronto el miedo ha terminado.

Bueno, supongo que la lucha librada por el joven lord St. Loo para conseguir volver y casarse con una prima, a la que no había visto durante ocho años, habría sido agotadora. Porque la cosa más fácil para Rupert hubiera sido casarse con una extraña en los años de la guerra. Sí, tenía que haber sido muy dura la lucha emprendida por Rupert para casarse con Isabella.

Con todo, se había visto recompensado y correspondido.

Le pregunté a Teresa si no estaba de acuerdo y ella asintió con la cabeza.

—Hacen una buena pareja —dijo.

—Hechos el uno para el otro. Eso es lo que los criados de las viejas familias dicen en las bodas, pero esta vez, realmente, es verdad.

—Sí, es verdad. Resulta increíble. ¿No tienes la sensación a veces, Hugh, de estar soñando?

Lo estuve considerando durante algunos segundos, porque sabía lo que ella quería decir.

—Nada relacionado con el castillo de St. Loo es real —dije.

Tenía mucho interés en oír la opinión de John Gabriel. Seguía él con su habitual franqueza al hablar conmigo. Por lo que me parecía intuir, a Gabriel no le hacía ninguna gracia lord St. Loo. Esto era bastante lógico, porque Rupert St. Loo robaba gran parte de la atención que hasta entonces se le estaba dispensando a Gabriel.

Todo St. Loo estaba emocionado con la llegada del propietario legal del castillo. Los naturales del lugar estaban orgullosos de la antigüedad de su título. Recordaban a su padre. Los que no lo eran estaban todavía más conmovidos, por puro esnobismo.

—¡Asqueroso rebaño de ovejas! —dijo Gabriel—. Es divertido comprobar lo mucho, digan lo que digan, que al inglés le encantan los títulos.

—No llame inglés a un nacido en Cornualles —dije—. ¿Todavía no ha aprendido eso?

—Cometí un desliz. Pero es verdad, ¿no le parece? Todos andan con adulaciones. O se pasan al otro extremo y dicen que todo es una farsa, y se indignan. En este caso, solo se trata de esnobismo a la inversa.

—¿Y usted qué siente? —pregunté.

Gabriel frunció el ceño inmediatamente. Siempre había sido muy sensible a las preguntas que se le dirigían.

—Yo soy también un esnob vuelto del revés —respondió—. Lo que más me hubiera gustado en el mundo sería haber nacido Rupert St. Loo.

—Me deja perplejo —le aseguré.

—Hay ciertas cosas con las que se tiene que haber nacido. Daría cualquier cosa por tener sus piernas —dijo Gabriel pensativamente.

Yo me acordé de lo que *lady* Tressilian había dicho en el primer mitin de John Gabriel y me interesó mucho comprobar qué persona tan perceptiva era el mayor.

Le pregunté a Gabriel si sufría la impresión de que Rupert St. Loo le estaba robando su audiencia.

Gabriel pensó la respuesta serenamente, sin mostrar ningún signo de enfado.

Me contestó que todo iba perfectamente bien porque lord St. Loo

no era su rival político. Era una propaganda adicional para el partido conservador.

—Aunque sería muy molesto si por casualidad decidiera, quiero decir si pudiera decidir, pasarse al lado laborista. Lo que no puede hacer porque es un noble.

—Seguramente no —dije—. Es un terrateniente.

—No le agradaría la nacionalización de la tierra, desde luego. Pero las cosas están muy liadas hoy en día, Norreys. Los granjeros y los hombres de la clase trabajadora son los más fieles conservadores. Y los jóvenes intelectuales, rebeldes y con mucho dinero, son fundamentalmente laboristas, sobre todo, supongo yo, porque no saben una palabra de lo que significa trabajar con las manos y no tienen idea de lo que realmente necesita y quiere un trabajador.

—¿Y qué es lo que necesita un trabajador? —pregunté, porque sabía que Gabriel siempre daba una respuesta distinta a esta pregunta.

—Necesita y quiere la prosperidad del país, para que así pueda prosperar él también. Creen que los conservadores traerán más prosperidad porque saben más de dinero, lo cual es realmente una estupidez. Yo diría que lord St. Loo es un liberal del viejo estilo. Y por supuesto, los liberales no conseguirán nada. No, no lo conseguirán, Norreys, no servirá de nada que abra la boca para decir lo que piensa decir. Espere el resultado de las elecciones. Los liberales habrán disminuido tanto que, para encontrar uno, habrá que buscarlo con lupa. A nadie le gustan las ideas liberales, con lo cual quiero decir que a nadie le gustan los caminos intermedios. Resulta endemoniadamente insustancial.

—¿Y considera que Rupert St. Loo es un partidario del justo medio?

—Sí, es un hombre razonable. Continúa con lo viejo, pero da la bienvenida a lo nuevo. En realidad, ni fu ni fa. Un pan de jengibre, es lo que es él.

—¿Cómo? —pregunté.

—Oyó perfectamente lo que dije. ¡Pan de jengibre! ¡Un castillo de pan de jengibre! ¡Un propietario del castillo de pan de jengibre! —Se detuvo—. ¡Una boda de pan de jengibre!

—¿Y una novia de pan de jengibre? —pregunté.

—No. Ella está bien… Solo que se ha perdido, como Hansel y Gretel, en la casita de chocolate. Es delicioso el pan de jengibre, puedes arrancar un trozo y comértelo. Resulta muy apetecible.

—No le gusta mucho Rupert St. Loo, ¿verdad?

—¿Por qué habría de gustarme? Y ya que viene a colación, yo tampoco le gusto a él.

Lo estuve pensando un momento. No, no creía que a Rupert St. Loo le gustara John Gabriel.

—A pesar de eso tendrá que aguantarme —dijo Gabriel—. Estaré aquí, como miembro del Parlamento por este lugar del mundo. Tendrán que invitarme a cenar de vez en cuando y él tendrá que sentarse en las tribunas conmigo.

—Está usted demasiado seguro de sí mismo, Gabriel. Todavía no lo ha conseguido.

—Le digo que la cosa es segura. Tiene que serlo. No tendré otra oportunidad, compréndame. Estoy intentando hacer el experimento. Si fracasa, mi nombre se llenará de barro y no tendré nada que hacer. No puedo volver a ser militar tampoco, ¿comprende? No sirvo para militar administrativo. Solo soy útil cuando hay un peligro real. Cuando termine la guerra con los japoneses estaré acabado. La ocupación de Otelo habrá concluido.

—Nunca me pareció Otelo —opiné— un personaje digno de crédito.

—¿Por qué no? Los celos nunca son dignos de crédito.

—Bien, mejor dicho no me parece que despierte simpatía. Otelo no inspira lástima. Se nota que es, simplemente, un loco rematado.

—No —dijo Gabriel reflexionando—. No inspira lástima. No se siente por él la conmiseración que se siente por Yago.

—¿Lástima por Yago? Realmente, Gabriel, usted tiene las simpatías más extrañas.

Me dirigió una mirada inquisitiva.

—No… Usted no lo podría entender.

Se levantó y empezó a andar de un lado a otro. Se acercó al escritorio y cogió varias cosas casi sin mirarlas. Advertí con curiosidad que escribía algo con una emoción profunda e inarticulada.

—Comprendo a Yago —dijo—. Incluso comprendo por qué el pobre diablo no dice nada al final, excepto aquello de

No me pidas nada; lo que sabes, lo sabes.
De ahora en adelante, jamás diré una palabra.

Se volvió hacia mí:

—Los tipos como usted, Norreys, los tipos que han vivido en buenas relaciones consigo mismos durante toda su vida, que han podido realizarse sin titubeos (si puedo emplear esta palabra), ¿qué demonios pueden saber sobre los Yagos, sobre los hombres oscuros, sobre los hombres insignificantes? ¡Dios mío!, si alguna vez representara a Shakespeare haría el papel de Yago, y sería un actor de verdad, ¡un actor que podría conmover las entrañas del público! Imagínese lo que es haber nacido un cobarde. Soportarlo, disimularlo y llevarlo encima toda la vida. Amar tanto el dinero que te levantaras, comieras, durmieras y besaras a tu mujer, siempre con el dinero metido en la cabeza… Y sabiendo todo el tiempo lo que eres.

Se paseó. Meditó unos instantes y, con mucha seguridad, prosiguió:

—Éste es el demonio de la vida. Tener un hada madrina buena en el bautizo entre todas las hadas malas. Y cuando todo el mundo te haya bañado en barro fétido y sucio, que el hada buena venga y te susurre al oído: «Te concedo el regalo de tener conciencia y conocimiento de la situación…».

Seguía con sus frases hechas. Yo le escuchaba interesado.

—«Tenemos que amar necesariamente lo más alto cuando lo vemos…». ¿Quién fue el imbécil que dijo eso? Probablemente Wordsworth, un hombre que ni siquiera podía contemplar una flor y deleitarse con esta pequeñez… Le aseguro, Norreys, que se odia lo más alto cuando se ve. Se odia porque no es para ti y porque no puedes tener aquello por lo cual llegarías a vender tu alma. El hombre que estima en mucho el coraje es, con frecuencia, el que sale corriendo cuando llega el peligro. Así lo comprobé más de una vez. ¿Cree usted que el pobre diablo que adora el dinero desea adorarlo? ¿Cree usted que un hombre es lo que quiere ser? Un hombre es lo que ha nacido. ¿Cree que el hombre con una imaginación sensual desea tener una imaginación sensual? ¿Cree que el hombre que huye desea huir?

Estaba embalado. Se diría que creía hablar consigo mismo. No se

detuvo:

—El hombre que envidias, el que envidias de verdad, no es aquel que hace las cosas mejor que tú. El hombre que envidias es el que es mejor que tú.

Casi como un demente, o como un borracho, siguió hablando sin que yo pensara en intervenir.

—Si estás hundido en el barro odias al ser humano que está arriba, entre las estrellas. Quieres tirarle abajo… abajo… abajo… allí donde tú estás revoleándote entre los escombros… Pobre Yago, digo yo. Todo le hubiera salido bien si no se hubiese encontrado con Otelo. Le hubiera ido a las mil maravillas con sus artimañas de confidente. Hoy en día estaría vendiendo minas de oro inexistentes a los estúpidos niños de papá que frecuentan el bar del Ritz.

John Gabriel pareció recobrar aliento y luego continuó:

—Yago es un personaje plausible, y tan honesto… Demasiado hábil para aceptar el ser un simple soldado. Nada más fácil que hacerse soldado. Cuanto peor se es en asuntos de negocios, mejor soldado resulta uno. Son siempre los soldados los que compran acciones sin valor, los que creen en los medios de hacerse con un tesoro español de galeones hundidos y los que adquieren granjas avícolas que están completamente arruinadas. Los soldados son crédulos. Otelo era de la clase de tipos que se arruinan así, por cualquier historia bonita inventada por cualquier artista. Y Yago era un artista. Solo hay que leer entre líneas para que quede claro como el día que Yago estuvo malversando los fondos de la tropa. Otelo no se lo cree. ¡Oh, no, el honesto y estúpido Yago! Es exactamente una tontería por parte del querido y ya viejo compañero. Pero recibe a Casio y le pone sobre la pista de Yago. Casio es un especulador, un calculador, estoy seguro de ello. Un tipo honesto y bueno, así piensa Otelo de Yago, pero no tan brillante como para el ascenso.

Gabriel, antes de continuar con su disertación, resopló. Hablar era su fuerte.

—¿Recuerda todas las fanfarronadas de Yago en torno a sus proezas en las batallas? Todo mentira, Norreys, nunca ocurrieron. Es lo que se puede oír cualquier día en una taberna, en boca de un hombre que nunca ha estado cerca de la primera línea. Las baladronadas de Falstaff se convierten esta vez en tragedia, dejan de ser comedia. Yago, pobre diablo, quería ser un Otelo. Quería ser

un valiente soldado y un hombre recto, pero no le era posible. Quería hacer un gran papel con las mujeres y las mujeres no le servían de nada. Esa ramera de buena naturaleza que era su mujer lo despreciaba como hombre. Para lo único que estaba preparado era para irse a la cama con otros hombres. ¡Apuesto a que todas las mujeres querían irse a la cama con Otelo!

Parecía como si el mayor Gabriel se estuviera vaciando de palabras.

—Le digo, Norreys, que he visto muchas cosas extrañas en hombres sexualmente avergonzados. Los hace patológicos. Shakespeare lo sabía. ¡Yago no puede abrir la boca sin soltar por ella un torrente de veneno sexual, negro y frustrado! ¡Lo que nadie parece ver nunca es el sufrimiento del que sufre! Él podía ver la belleza y sabía lo que era, conocía una doble naturaleza. ¡Dios mío, Norreys! La envidia material, la envidia del triunfo, de posesiones, de riquezas no es nada. ¡Absolutamente nada comparada con la envidia espiritual! Es como el vitriolo, que te va devorando, destruyendo por dentro. Tú ves lo más alto y en contra de ti mismo lo deseas. Por eso lo odias y no descansas hasta que lo has destruido, hasta que lo has tirado por el suelo y lo has pisoteado… Sí, Yago sufría, pobre diablo.

Gabriel se puso a dar vueltas. Su feo rostro estaba contraído, sus ojos brillaban con un extraño fulgor de sinceridad.

—¿Sabe, Norreys? Nunca he podido creer en Dios. Dios Padre, que hizo los animales y las flores, Dios, que nos ama y se cuida de nosotros, Dios, que creó el mundo. No, yo no creo en ese Dios. Pero, de vez en cuando, no puedo evitarlo y creo en Cristo… Porque Cristo bajó a los infiernos. Su amor llegó muy lejos. Prometió el paraíso al ladrón arrepentido. Pero ¿qué pasó con el otro, el que blasfemó y le ultrajó? Cristo bajó con él al infierno. Quizá después…

De repente Gabriel fue sacudido por un escalofrío. Se echó a temblar. Una vez más, sus ojos resplandecían de hermosura en su feo rostro.

—He hablado demasiado —dijo—. Adiós.

Se marchó bruscamente, sin poderle decir nada.

Entonces me pregunté si había estado hablando de Shakespeare o de él mismo.

Tuve la sospecha de que había hablado de sí mismo.

20

Gabriel se había mostrado muy confiado sobre el resultado de las elecciones. Había dicho que no veía en qué podía fracasar.

Lo inesperado en este caso fue una muchacha llamada Poppy Narracot. Era camarera de Smugglers Arms, en Greatwithiel. Una muchacha a la que Gabriel jamás había visto, y ni sabía de su existencia. Pero fue Poppy Narracot quien puso en marcha los sucesos que colocaron las oportunidades de elección de Gabriel en verdadero peligro.

James Burt y Poppy Narracot eran muy buenos amigos. Pero James Burt, cuando bebía demasiado *whisky*, era cruel, sádicamente cruel. La tal Poppy se volvió una buena noche contra él. Se negó categóricamente a seguir manteniendo relaciones con Burt y reafirmó su decisión.

Por todo ello James Burt volvió a su casa una madrugada tambaleándose por la borrachera, tremendamente irritado, y se enfureció todavía más cuando vio la conducta aterrorizada de su esposa Milly. No se contuvo. Toda la furia y el deseo frustrado que sentía por Poppy, lo descargó Burt sobre su desgraciada mujer. Se comportó como un verdadero demente y Milly, sin que se le pueda culpar por ello, perdió por completo la cabeza.

Creía que Jim Burt la iba a matar.

Huyendo de las garras de su marido, escapó por la puerta principal y se fue a la calle.

No tenía idea de adonde iría o a quién podría acudir. Nunca se le había ocurrido ir a la comisaría de policía. No había vecinos cercanos, solo comercios cerrados en la noche.

Únicamente el instinto guió sus pasos vacilantes. Y el instinto la llevó junto al hombre que amaba, el hombre que había sido amable con ella. No había ningún pensamiento consciente en su cabeza, ninguna sospecha del escándalo que podía originarse.

Estaba aterrorizada y corrió junto a John Gabriel.

Era un animal perseguido y desesperado, en busca de un rincón donde hubiese paz. Entró corriendo, desmelenada y sin respiración, en el Kings Arms. Hasta allí la persiguió James Burt, soltando amenazas.

Gabriel, cuando sucedió todo, estaba en el hall.

Personalmente, no veo que John Gabriel pudiera haberse comportado de otra forma a como lo hizo. Era una mujer que le gustaba, sentía pena por ella y su marido estaba borracho y era peligroso. Cuando James Burt entró pegando gritos, empezó a insultarle y a decirle que dejara en paz a su mujer, acusándole claramente de tener íntimas relaciones con ella, Gabriel le contestó que se fuera al infierno, que no tenía clase suficiente como para tener una mujer y que él, John Gabriel, iba a cuidarse de ponerla a salvo de sus borracheras.

James Burt arremetió contra Gabriel como un toro en estampida y Gabriel, de un solo golpe, lo derribó al suelo.

Después alquiló una habitación para la señora Burt y le dijo que se encerrara en ella con llave. Evidentemente, no podía volver a casa en aquel momento. Por la mañana todo habría pasado.

A la mañana siguiente el suceso se conocía en todo St. Loo. A Jim Burt le habían «puesto los cuernos» su mujer y el mayor Gabriel. Y éste y la señora Burt estaban juntos en el Kings Arms.

Quizá se puedan imaginar los efectos que causó todo esto en vísperas de las votaciones. Faltaban dos días para el acontecimiento.

—Ya no hay remedio —dijo nerviosamente Carslake, paseando de un lado a otro de mi habitación—. Estamos acabados, hundidos… Wilbraham va a vencer. Es un desastre, una tragedia. Nunca me gustó ese tipo. Demasiado mujeriego. Sospechaba que terminaría echándolo todo a perder.

La señora Carslake se lamentaba con palabras comedidas:

—Eso es lo que se puede esperar de un candidato que no es un caballero.

Mi hermano apenas tomaba parte en nuestras discusiones políticas. Si por casualidad estaba presente, se limitaba a fumar su pipa en silencio. Pero en aquella ocasión se sacó la pipa de la boca y habló:

—Lo terrible es que se ha portado como un caballero.

Me pareció entonces que había mucha ironía en el hecho de que los errores más notorios de Gabriel, contra los prototipos aceptados de caballerosidad, no habían hecho otra cosa que incrementar su prestigio, mientras que este episodio aislado de quijotismo estaba a punto de echar por tierra su carrera.

Al cabo de un rato hizo su entrada Gabriel en persona. Se mostraba terco y no se arrepentía de nada.

—No haga un drama con tan poco argumento, Carslake —dijo —. Dígame solo qué demonios podría haber hecho yo.

Carslake preguntó dónde estaba Milly Burt en aquellos momentos.

Gabriel dijo que seguía en el
King's
Arms. Añadió que no veía a qué otro lugar podía ir. Dijo que ya era demasiado tarde. Buscó apoyo en Teresa, a quien parecía considerar la más realista de la reunión.

—¿Verdad? —le preguntó.

Teresa opinó que ciertamente era demasiado tarde.

—La noche es la noche —dijo Gabriel—. A la gente le interesan las noches, no la luz del sol.

—Realmente, mayor Gabriel… —exclamó Carslake en tono de recriminación.

—¡Dios, qué mente más obscena tiene usted! —dijo Gabriel—. No pasé la noche con ella, si es eso lo que piensa. Lo que me preocupa es que toda la población de St. Loo es como usted. Los dos estuvimos en el
King's
Arms y…

Dijo que eso era lo único que le importaba a la gente. Eso y la escena protagonizada por Burt, diciendo las cosas que había dicho sobre su mujer y Gabriel.

—Si la lleváramos a algún sitio… —dijo Carslake—. Si la sacáramos enseguida de ese lugar… —Pareció esperanzarse, pero acabó desmoralizado—: Todo es inútil… ¡Inútil!

—Hay otra cosa en que pensar —dijo Gabriel—. ¿Qué pasa con ella?

Carslake se le quedó mirando sin entender.

—¿A qué se refiere?

—No ha pensado en la situación de ella, ¿verdad?

Carslake respondió airadamente:

—No podemos perder el tiempo con asuntos menores. Lo que tenemos que encontrar es un medio para sacarle a usted de este embrollo.

—Exactamente —dijo Gabriel—. La señora Burt no cuenta para nada, ¿verdad? ¿Quién es la señora Burt? Nadie en particular. Solo una pobre mujer decente que está siendo maltratada, ultrajada y destrozada y que no tiene sitio adonde ir. Ni dinero.

Carslake le miró atónito. La voz de Gabriel subió de tono:

—Bien, le diré esto, Carslake. No me gusta su actitud. Le voy a decir quién es la señora Burt. Es un ser humano. A su condenada máquina nada ni nadie le importa más que las elecciones. Por eso es, justamente, por lo que la política es un mundo podrido. Como dijo el señor Baldwin en los tiempos oscuros: «Si hubiera dicho la verdad, hubiera perdido las elecciones». Bien, yo no soy el señor Baldwin. No soy nadie en particular. Pero lo que usted me está diciendo es algo así como esto: «Se ha comportado usted como un vulgar ser humano, por lo tanto perderá las elecciones». ¡Muy bien, entonces al diablo con las elecciones! Se puede guardar sus condenados comicios. Primero soy un ser humano y después un político. Nunca le he dicho una palabra indebida a esa pobre mujer. Nunca la cortejé. Solo me da pena, eso es todo. Vino anoche a mí porque no tenía a nadie a quien recurrir. Muy bien, puede quedarse conmigo. Cuidaré de ella. ¡Al demonio St. Loo, Westminster y todo este asqueroso asunto!

—¡Mayor Gabriel! —tronó la voz angustiada de la señora Carslake—. ¡No puede hacer una cosa así! ¿Supone que Burt se divorciará de ella?

—Si lo hace, me casaré con ella.

Carslake dijo muy enfadado:

—No puede abandonarnos ahora, Gabriel. No puede hacer alarde de todo eso… De todo este escándalo.

—¿Que no puedo? Impídamelo, Carslake.

Nunca había visto unos ojos que despidieran tanta furia como los de John Gabriel. Jamás me había caído tan bien.

Continuó:

—No puede intimidarme. Si muchos electores votan por el

principio de que un hombre puede golpear a su mujer y aterrorizarla constantemente, levantando cargos infundados contra ella, bien, entonces que los lleve el diablo. Si quieren votar por mera decencia cristiana, entonces, sí, pueden votar por mí.

—Aunque no lo harán —dijo Teresa. Y suspiró.

Gabriel la miró y su rostro se relajó.

—No —dijo—, no lo harán.

Robert se sacó otra vez la pipa de la boca.

—Hay mucho estúpido —dijo inesperadamente.

—Desde luego, señor Norreys, sabemos que usted es comunista —dijo ácidamente la señora Carslake.

No tuve ni idea de lo que quería decir con aquello.

Entonces, en medio de la acalorada discusión, llegó Isabella Charteris. Entró por la puerta que daba a la terraza. Tenía un aspecto frío, grave y solemne.

No prestó la menor atención a todo lo que sucedía. Había venido a decir algo y lo dijo. Se fue derecha a John Gabriel, como si éste estuviera solo en la habitación, y le dijo con tono confidencial:

—Creo que todo se solucionará.

Gabriel se la quedó mirando. Todos nos la quedamos mirando.

—Me refiero a lo de la señora Burt —dijo Isabella.

No vacilaba en absoluto. Por el contrario, tenía el aire de una persona primitiva que cree haber hecho lo que se tiene que hacer.

—Está en el castillo —volvió a hablar.

—¿En el castillo? —preguntó Gabriel incrédulo.

Isabella le miró.

—Sí —dijo—. Tan pronto como oímos lo que había ocurrido pensé que sería lo mejor. Le hablé a mi tía Adelaide y estuvo de acuerdo. Fuimos en el coche al
King's
Arms.

Más tarde descubrí que realmente había sido una magnífica solución. Los rápidos reflejos de Isabella habían dado con la única salida.

La vieja *lady* St. Loo, ya antes lo dije, tenía una ascendencia terrible en la población. De ella emanaba, aunque estuviera callada, la tradicional moralidad de Greenwich. La gente quizá la odiaba y la llamaba reaccionaria y antigualla, pero en el fondo todos la

apreciaban y lo que ella aprobaba nadie se atrevía a desaprobarlo.

Había conducido ceremoniosamente el viejo Daimler, con Isabella a su lado. Con aire resuelto, *lady* St. Loo había entrado en el King's
Arms y había preguntado por la señora Burt.

Una Milly atemorizada, con los ojos inflamados y colorados, había bajado rápidamente las escaleras y había sido recibida con una especie de protocolo real. *Lady* St. Loo no había medido sus palabras ni bajado el tono de su voz:

—Querida mía —anunció—, no tengo palabras para expresar mi dolor por lo que ha tenido que sufrir. El mayor Gabriel debería haberla traído con nosotras la noche pasada. Pero supongo que él es tan considerado que no ha querido molestarnos a semejantes horas.

—Yo… yo… Es usted muy amable.

—Recoja sus cosas, querida. Vendrá conmigo ahora.

Milly Burt se sonrojó y dijo débilmente que ella no tenía, en realidad, ninguna cosa.

—¡Estúpida de mí! —dijo *lady* St. Loo—. Nos detendremos un momento en su casa y las recogeremos.

—Pero… —objetó Milly.

—Vamos al coche. Nos detendremos en su casa y las recogeremos.

Milly inclinó la cabeza ante la autoridad superior. Las tres mujeres se metieron en el Daimler. Se detuvo el coche unos cuantos metros más allá, en Fore Street.

Lady St. Loo salió con Milly y la acompañó hasta su casa. Desde la consulta, James Burt, con los ojos inyectados en sangre, acechaba, preparado para una furiosa diatriba.

Se encontró con la mirada de la vieja *lady* St. Loo y se contuvo.

—Vaya tranquila a por sus cosas, querida —dijo *lady* St. Loo.

Milly subió las escaleras rápidamente. *Lady* St. Loo se dirigió a James Burt:

—Se ha portado usted muy mal con su mujer. Muy mal. El problema es que usted bebe mucho, Burt. En cualquier caso, no es usted un hombre agradable. Le aconsejaré a su mujer que corte sus relaciones con usted. Las cosas que ha estado diciendo de ella son mentira. Y usted lo sabe perfectamente, ¿no es cierto?

Su mirada furiosa hipnotizó al hombre indefenso.

—Oh, si usted lo dice…

—Sabe que son mentiras.

—Bueno, está bien; yo no estaba en mi juicio.

—Preocúpese de hacer saber que todo es una patraña. De lo contrario, aconsejaré al mayor Gabriel que tome medidas… ¡Ah!, ¿ya está usted aquí, señora Burt?

Milly bajaba las escaleras con una maleta pequeña.

Lady St. Loo la agarró de un brazo y ambas se dirigieron a la puerta.

—¡Un momento! ¿Adónde va a ir Milly? —preguntó el marido.

—Viene conmigo al castillo —dijo la anciana señora. Y añadió secamente—: ¿Tiene usted algo que decir?

Burt movió vagamente la cabeza. Se volvió a escuchar la voz de *lady* St. Loo.

—El consejo que le doy, Burt, es que se rehaga enseguida, antes de que sea demasiado tarde. Deje de beber. Concéntrese en su trabajo. Usted tiene mucha destreza. Si continúa así, va a acabar muy mal. Supérese. Si lo intenta lo conseguirá. Y contenga esa lengua.

Luego, Milly y *lady* St. Loo se metieron en el coche. Bajaron por la calle principal, continuaron después por el puerto y subiendo por el mercado, se dirigieron hacia el castillo.

Todo con mucha calma y ceremonia, hasta el punto de que casi todo el mundo lo vio.

Aquella tarde la gente decía:

—Todo tiene que estar muy claro, de lo contrario *lady* St. Loo no se la hubiera llevado al castillo.

Algunos aseguraban que no había humo sin fuego y que por qué razón Milly Burt había salido corriendo de su casa por la noche para ir junto al mayor Gabriel. Para éstos, *lady* St. Loo le había echado una mano al mayor por razones políticas.

Pero los que opinaban así eran minoría. El carácter habla y *lady* St. Loo tenía carácter. Su reputación era de integridad absoluta. Si Milly Burt era recibida en el castillo, si *lady* St. Loo la acogía a su lado, entonces Milly Burt no había hecho nada malo. *Lady* St. Loo no daría la cara por nadie. ¡Era tan especial!

Isabella nos contó el desarrollo de estos acontecimientos. Había venido del castillo tan pronto Milly se había instalado en él.

Cuando Carslake comprendió el alcance del significado de lo que decía Isabella, su sombrío rostro se iluminó. Se dio una palmada en una pierna.

—¡Dios mío! —exclamó—. Creo que esto solucionará el problema. La anciana señora es muy amable. Sí, es muy lista. Una idea sumamente inteligente.

Pero la inteligencia y la idea habían sido de Isabella. Me maravillé de lo pronto que había comprendido la situación y actuado en consecuencia.

—Tendré mucho trabajo —dijo Carslake—. Debemos seguir con esto. Planear nuestra táctica, para ser exacto. Vamos, Janet. Mayor Gabriel…

—Iré enseguida —dijo Gabriel.

Los Carslake salieron. Gabriel se dirigió a Isabella.

—Usted lo hizo. ¿Por qué?

Isabella, sorprendida, le miró.

—Pues… por las elecciones.

—¿Quiere decir que… le interesa mucho que gane el partido conservador?

Ella volvió a mirarle. Ahora con perplejidad.

—No. El que me importa es usted.

—¿Yo?

—Sí. Usted desea ardientemente ganar las elecciones, ¿no?

Una mirada extraña y aturdida se concentró en el rostro de Gabriel, que se dio la vuelta para evitar los ojos de la muchacha.

El mayor dijo, más para sí mismo que para Isabella, o para cualquiera de nosotros:

—¿Sí? Estoy asombrado…

21

Como ya he dicho, éste no es el relato preciso de una campaña política.

Yo me hallaba al margen de lo que sucedía. Era conocedor de una creciente sensación de urgencia, que parecía alcanzar a todos menos a mí.

Eran los dos últimos días frenéticos de la campaña electoral. Durante este período, Gabriel entró un par de veces en mi habitación para tomar una copa. Cuando se relajaba tenía aspecto de fatiga, con la voz enronquecida a causa de los mítines al aire libre. Pero, aun cansado, su vitalidad era incomparable. Hablaba muy poco conmigo, seguramente porque estaba reservando su voz o su energía.

En una de aquellas visitas, vació rápidamente su vaso y murmuró:

—¡Qué demonio de vida ésta! Las idioteces que hay que decir a la gente. Pueden dar gracias a Dios de ser gobernados como lo son.

Teresa se pasó casi todo el tiempo conduciendo coches. El día de las votaciones amaneció con un fuerte viento del Atlántico. El viento soplaba con furia y la lluvia golpeaba la casa.

Isabella vino temprano, después de desayunar. Llevaba un impermeable negro, tenía el pelo mojado y los ojos brillantes. Lucía un inmenso rosetón azul prendido en su impermeable.

—Me voy a pasar el día conduciendo el automóvil para llevar a la gente a las urnas —dijo—. Igual que Rupert. He sugerido a la señora Burt que viniera a verle a usted. ¿Le molesta? Estará solo, ¿verdad?

A mí no me importaba, aunque en realidad me las prometía muy felices con la perspectiva de un día tranquilo con mis libros. Había tenido demasiada compañía últimamente.

Me parecía impropio de Isabella mostrarse interesada por mi

estado de soledad. Era como si de repente diera signos de adoptar la actitud que tenía su tía Agnes hacia mí.

—El amor parece tener un efecto suavizador en ti, Isabella —le dije con gesto desaprobador—. ¿O fue *lady* Tressilian la que pensó en eso?

Isabella sonrió.

—La tía Agnes quería venir a hacerle compañía —dijo—. Pensaba que iba a ser un día aburrido para usted y dijo que se iba a sentir, a lo peor, al margen de todo.

Me miró inquisitivamente. Me di cuenta de que era una idea que no habría cabido en su cabeza.

—¿No estás de acuerdo? —pregunté.

Isabella contestó con su candor habitual:

—Bueno, es cierto que al margen de todo.

—Admirable verdad.

—Lo siento si le preocupa, pero no veo que porque venga tía Agnes a verle y a echarle encima el aliento vaya a sentirse mejor. Solo significaría que también ella estaba al margen de todo.

—Y tengo la seguridad que a ella le encantaría estar en todo.

—Le sugerí a la señora Burt que viniera porque ella va a mantenerse al margen de todas formas. Pensé que podía hablar con ella.

—¿Hablar con ella?

—Sí —Isabella frunció ligeramente el ceño—. No se me da nada bien el hablar con la gente. Ni tampoco escuchar. Ella habla y habla.

—¿La señora Burt habla y habla?

—Sí, y todo parece tan incoherente… Yo no puedo poner las cosas en su sitio, enmendar la incoherencia. Pensé que quizá usted pudiese.

—¿Y de qué está hablando continuamente?

Isabella se sentó en un brazo del sillón. Habló despacio, sin interrumpirse, haciendo una buena imitación de un viajero que describe los ritos más extraños de una tribu salvaje:

—De lo que ocurrió. De haber acudido al mayor Gabriel. De que todo es culpa suya. De que si pierde las elecciones, ella será la responsable. De que si ella hubiera tenido más cuidado al principio… Que tenía que haber previsto las posibles consecuencias.

Que si hubiera sido más cariñosa con James Burt y le hubiera comprendido mejor, quizá él no se hubiera dado a la bebida. Que está horriblemente avergonzada de sí misma y que pasa todas las noches en vela, arrepintiéndose y deseando haber actuado de otra manera. Que si echa a perder la carrera de John Gabriel no se lo perdonará mientras viva. Que nadie es responsable, excepto ella. Que todo ha sido siempre culpa suya.

Isabella se detuvo. Me miró. Su aspecto era de interrogación, como si hubiera estado hablando de algo que para ella era completamente incomprensible.

Me llegó un apagado eco del pasado. Jennifer frunciendo sus adorables cejas y culpándose de lo que otras personas habían ocasionado.

¡Yo había pensado que era uno de los rasgos más encantadores de Jennifer! Ahora, cuando me describían a Milly Burt en la misma actitud, comprendí que tal punto de vista podía ser tremendamente irritante. Reflexioné cínicamente y me dije que la diferencia entre ambas cosas consistía en pensar que alguien era una linda mujercita y en estar enamorado.

—Bien —dije pensativamente—. Supongo que tiene perfecto derecho a sentirse así, ¿no?

Isabella me contestó con uno de sus definitivos monosílabos:

—No.

—¿Por qué no? Explícate.

—Ya sabe usted —dijo Isabella en tono de reproche— que me cuesta trabajo explicar las cosas. —Hizo una pausa, frunció el ceño y luego volvió a hablar nada segura de sí misma—: Las cosas suelen suceder o no suceder. Puede suceder que uno se sienta intranquilo con antelación.

Me daba cuenta de que incluso aquella explicación no representaba una postura muy acorde con Isabella.

Continuó:

—Pero seguir intranquilizándose después y culpándose, ¡oh, es como si vas a dar un paseo por el campo y pisas un excremento de vaca! A mi entender no conduciría a nada proseguir el paseo hablando constantemente de ello. Renegando de haber pisado el excremento, de no haber ido por otro lado, asegurando que todo había sucedido por no mirar dónde se pisa y que siempre se hacen

estupideces como ésa. Después de todo, el excremento de vaca está allí, en tu zapato. Eso no se puede evitar. ¡Pero no hay necesidad de tenerlo también en la mente! Existe todo lo demás. Los campos, el cielo, las plantas, la persona con la que estás paseando… Cuando hay que pensar en el excremento de vaca es únicamente cuando se llega a casa y hay que limpiar el zapato. Entonces sí que hay que pensar en ello.

La extravagancia en la autocondena era un campo interesante en el que especular. Me daba cuenta de que había algo con lo que Milly Burt podía solazarse sin restricciones. Pero no sabía por qué algunas personas eran más propensas a esto que otras. Teresa había insinuado alguna vez que las personas como yo, que insisten en alegrar a la gente, en arreglar las cosas, no eran en realidad tan útiles como ellas pensaban. Pero, en realidad, esto no tenía nada que ver con la cuestión de por qué los seres humanos encuentran placer en exagerar la responsabilidad que tienen en los acontecimientos. Isabella dijo esperanzada:

—Pensé que podía hablar con ella.

—Suponiendo que a ella le guste echarse la culpa de lo que ocurre —dije—, ¿por qué vamos a impedírselo?

—Porque creo que debe de ser horrible para el mayor Gabriel. Tiene que ser agotador asegurar a alguien continuamente que todo marcha bien.

Indudablemente, pensé para mí, debe de ser agotador… Había sido agotador, recordé… Jennifer siempre había sido excesivamente agotadora. Pero Jennifer también tenía un pelo negro adorable, unos grandes ojos tristes, grises… y la más admirable y ridícula nariz.

Posiblemente a John Gabriel le cautivaba el pelo castaño de Milly. Y sus ojos marrones. Y no le importaba en absoluto asegurarle que todo marchaba viento en popa.

—¿Qué proyectos tiene la señora Burt? —pregunté.

—Oh, sí, la abuela le ha encontrado un puesto en Sussex, como señorita de compañía de alguien a quien conoce allí. Estará muy bien pagada y no tendrá mucho trabajo. Hay un buen servicio de trenes con Londres, para que pueda ir a ver a sus amigos.

Por «amigos» me pareció que Isabella se refería al mayor Gabriel. Milly estaba enamorada de Gabriel. Me pregunté si Gabriel

estaba algo enamorado de ella. Pensé que tal vez fuera así.

—Ella podría divorciarse del señor Burt, creo —dijo Isabella—. Pero el divorcio es caro.

Se levantó.

Dijo en son de despedida:

—Me tengo que ir ahora. Le hablará, ¿verdad? —Anduvo lentamente hacia la puerta—. Rupert y yo nos casaremos dentro de una semana… ¿Cree que podrá venir a la iglesia? Si no hace mal tiempo los *boy scouts* podrían llevarle.

—¿Te gustaría que fuera?

—Sí, me gustaría mucho.

—Entonces iré.

—Gracias. Tendremos una semana antes de que se vaya a Birmania. Pero no creo que la guerra dure mucho más, ¿verdad?

Sin contestar exactamente a su pregunta, dije suavemente:

—¿Eres feliz, Isabella?

Ella afirmó y dijo:

—Es casi asombroso que de pronto se convierta en realidad algo por lo que has estado viviendo mucho tiempo. Rupert estaba en mi mente, pero tan lejano… Aunque todo sea real, no me lo parece todavía. Aún me hace el efecto de que tengo que despertarme. Es como un sueño. Sin embargo, tenerlo todo, Rupert, St. Loo… Lo que he deseado, se convierte en realidad… —Acordándose de algo, dijo —. ¡No debería haberme quedado tanto tiempo! Me dieron solamente veinte minutos para poder tomar una taza de té.

Estaba convencido de que yo había sido la taza de té de Isabella.

Milly Burt vino a verme por la tarde. Una vez que se hubo quitado trabajosamente su impermeable y la capucha de duendecillo, se arregló el pelo, echándose hacia atrás, y se empolvó la nariz como distraídamente.

Después vino a sentarse junto a mí. Realmente, pensé, era muy bonita y muy agradable. No podías disgustarte con Milly Burt aunque quisieras y, por si fuera poco, yo no quería.

—Espero que no esté usted desatendido —dijo—. ¿Ha comido? ¿Necesita algo?

Le aseguré que mis necesidades de criatura estaban perfectamente atendidas.

—Después —añadí— tomaremos una taza de té.

—Eso será estupendo… —Se movió intranquilamente—. Capitán Norreys, usted cree que ganará, ¿verdad?

—Es muy pronto para asegurarlo.

—Oh, lo que quiero saber es su opinión.

—Estoy seguro de que tiene muchas posibilidades —dije con dulzura.

—¡Esta incertidumbre es tan tremenda para mí! ¿Cómo he podido ser tan estúpida, tan inconsciente? Oh, capitán Norreys, pienso en ello todo el tiempo. Estoy horriblemente avergonzada.

Ya estamos, pensé.

—Debería dejar de pensar en ello —le aconsejé.

—¿Cómo voy a poder? —Sus grandes ojos marrones se abrieron patéticamente.

—Por el ejercicio del autocontrol y del poder mental —dije.

Milly pareció muy escéptica y ligeramente desaprobadora.

—No creo que pueda tomármelo a la ligera, cuando todo ha sido culpa mía.

—Mi querida señora, tenga usted en cuenta que su arrepentimiento no ayudará a John Gabriel a llegar al Parlamento.

—No, desde luego que no… Pero nunca me perdonaré el haber echado a perder su carrera.

Discutimos de algo que me era muy familiar. Había hablado mucho de estas cosas con Jennifer. Ahora la diferencia estribaba en que yo discutía con la sangre fría, sin estar afectado por la ecuación personal de la susceptibilidad romántica. Era una enorme diferencia. Me gustaba Milly Burt, pero la encontraba muy irritante.

—Por el amor de Dios —exclamé—, ¡no haga una tormenta en un vaso de agua! Se lo pido por Gabriel.

—Es por él por quien estoy preocupada.

—¿No cree usted que el pobre tiene bastante a sus espaldas sin que tenga usted que añadir una carga de lágrimas y remordimientos?

—Pero si pierde las elecciones…

—Si pierde las elecciones (que no las ha perdido todavía) y si usted ha contribuido a ese resultado (lo que no hay modo de comprobar y lo que puede no ser así en absoluto), ¿no será bastante tragedia para él haber perdido sin encima tener una mujer llena de remordimientos para empeorar las cosas?

Pareció aturdida y obstinada.

—Quiero compensar lo que hice.

—Probablemente no pueda. Y si puede, solo será arreglándoselas para convencer a Gabriel de que perder las elecciones será como un maravilloso comienzo que le deja en situación de emprender un ataque a la vida aún más interesante.

Milly Burt pareció cortada.

—Oh —dijo—. No creo que me sea posible hacer eso.

Yo también pensaba que no le sería posible. Una mujer resuelta y sin escrúpulos podía haberlo hecho. Teresa, si por casualidad se hubiera preocupado por John Gabriel, podría haberlo hecho a la perfección.

El método de ataque de Teresa era, creo, el ataque interesante.

El de Milly Burt era, indudablemente, la derrota incesante y pintoresca.

Pero posiblemente a John Gabriel le gustara recoger los pedazos y recomponerlos. A mí mismo me había gustado una vez esa operación.

—Está muy interesada por él, ¿verdad? —pregunté.

A sus ojos marrones asomaron lágrimas.

—Oh, sí… Desde luego que sí. Nunca he conocido a nadie como él.

Yo mismo jamás había conocido a nadie como John Gabriel, aunque no me afectara como a Milly Burt.

—Haría cualquier cosa por él, capitán Norreys, de verdad que lo haría.

—Ya es algo el estar preocupado por él. Confórmese con eso.

¿Quién había dicho «Ámalos y déjalos solos»? ¿Algún psicólogo que daba consejos a las madres? Puede, pero había mucha sabiduría en aplicar el consejo a alguien más que a los niños. Pero ¿podemos en realidad dejar a alguien solo? A nuestros enemigos, mediante un esfuerzo, quizá. Pero ¿y a quienes queremos?

Desistí de seguir especulando inútilmente y llamé al timbre para pedir el té.

Degustándolo hablé de las películas que recordaba del año anterior. A Milly le encantaba ir al cine. Me puso al día contándome las últimas obras maestras. Fue todo muy agradable y disfruté mucho hasta el punto de quedarme muy apesadumbrado cuando

Milly me dejó.

La línea de combate desparramada por los alrededores retornó según iban transcurriendo las horas. Todo el mundo estaba fatigado y había diferentes dosis de optimismo y desesperación.

Robert fue el único que regresó con su alegre estado de ánimo habitual. Había encontrado una rama de árbol caída en una cantera abandonada; esto era exactamente lo que había estado anhelando. Había comido un excelente y poco corriente menú en una taberna. Temas para pintar y puntualizaciones gastronómicas eran los principales motivos de conversación de Robert. Desde luego no eran malos asuntos.

22

Al día siguiente, al atardecer, Teresa entró bruscamente en la habitación, se echó hacia atrás el pelo oscuro que le caía sobre su fatigado rostro y dijo:

—¡Ha ganado!

—¿Con qué mayoría? —pregunté.

—Doscientos catorce.

Pegué un silbido.

—Estuvo difícil la cosa entonces.

—Sí. Carslake dice que, si no hubiera sido por el lío de Milly Burt, habría conseguido al menos mil.

—Carslake, como cualquier otro, no sabe lo que dice.

—Hubo un terrible avance de la izquierda en todo el país. Los laboristas han ganado en todas partes. La nuestra es una de las escasas victorias conservadoras.

—Gabriel tenía razón —dije—. Lo profetizó, supongo que lo recordarás.

—Ya lo sé. Su juicio es infalible.

—Bueno —pensé en voz alta—, la pequeña Milly Burt se irá esta noche feliz a la cama. Después de todo lo ha pasado muy mal. Esto será un descanso para ella.

—¿Estás seguro?

—Eres una serpiente, Teresa —bromeé—. La pequeña está enamorada de John Gabriel.

—Ya lo sé —dijo pensativamente—. Además están hechos el uno para el otro. Creo que él sería razonablemente feliz con ella, suponiendo que quiera ser feliz. Algunas personas no quieren.

—Nunca he notado ninguna clase de ascetismo en John Gabriel —dije—. Me parece que no piensa más que en su conveniencia y en apoderarse de todo lo que pueda en la vida. De todos modos él va a casarse por dinero. Así me lo dijo. Espero que lo haga además. Está

claramente marcado por el éxito, por las más toscas formas del éxito. Y por lo que respecta a Milly, parece que le sienta muy bien el papel de víctima. Ahora, Teresa, supongo que me dirás que a ella le gusta ese papel.

—No, desde luego que no —dijo mi cuñada—. Pero se requiere un carácter realmente fuerte para decir, «Hugh, hice el ridículo más completo» y reírse de ello y seguir haciendo cosas. El débil tiene que tener algo a lo que agarrarse. Tiene que ver sus errores, no únicamente como un fallo ocasional, sino como una falta definitiva, como un fallo trágico.

Me miró.

Yo permanecí en silencio. Siguió hablando:

—No creo en el pecado. Todo el mal que hay en el mundo lo causan los débiles, queriendo hacer bien y arreglándoselas para que todo aparezca bajo una luz maravillosamente romántica. Les tengo miedo. Son muy peligrosos. Tienen algo de buques abandonados que son arrastrados por la corriente y pueden hacer naufragar al barco que navega con el timón firme.

No vi a John Gabriel hasta el día siguiente. Parecía hundido y con su vitalidad exhausta. Apenas si reconocí en él al hombre que yo sabía que era.

—¿Es el malestar de después del esfuerzo electoral? —le pregunté.

Gimió:

—Usted lo ha dicho. ¡Qué cosa más nauseabunda es el éxito! ¿Dónde está el jerez?

Se lo dije y se sirvió.

—Supongo que Wilbraham no se siente particularmente triunfante por el fracaso —comenté.

Gabriel sonrió débilmente.

—No, pobre diablo. Además, creo que se toma la política y a sí mismo muy en serio. Quizá no demasiado en serio, pero sí lo suficiente. Lástima que sea tan avinagrado.

—Supongo que se habrán dicho todas esas cosas sobre la competencia leal, el buen deportista que sabe perder y todo lo demás.

Gabriel sonrió de nuevo.

—Pasamos por el protocolo necesario. Carslake lo estuvo viendo.

¡Qué hombre más ridículo es Carslake! Conoce su trabajo por el corazón, no hay ni una pizca de inteligencia en nada de lo que hace.

Levanté mi vaso de jerez.

—Bien —dije—, brindo por el éxito de su futura carrera política. Ahora está empezando.

—Sí —respondió Gabriel sin entusiasmo—, ahora estoy empezando.

—No parece estar muy contento por ello.

—Oh, se trata tan solo de lo que dijo usted antes, la resaca de las elecciones. La vida siempre se convierte en aburrida cuando se ha vencido al adversario. Pero habrá que luchar en muchas más batallas. Se quedará sorprendido por el esfuerzo que voy a hacer.

—Los laboristas obtuvieron una substanciosa mayoría.

—Ya lo sé, me parece espléndido.

—Esas palabras, Gabriel, son realmente extrañas en la boca de un miembro *tory*.

—El ser un miembro *tory* del Parlamento me trae sin cuidado. Ahora he conseguido mi oportunidad. ¿Con quién contamos para poner en pie de nuevo al partido conservador? Winston Churchill es un gran luchador de la guerra, sobre todo cuando las cosas están en contra suya. Pero es demasiado viejo para gobernar una paz. La paz es falsa. Edén es un apuesto caballero inglés muy tímido.

Continuó criticando a varios nombres, bien conocidos, del partido conservador.

—Ni una sola idea constructiva en ellos. Rugirán contra la nacionalización y se lanzarán como lobos sobre los errores de los socialistas. ¡Amigo, y no cometerán pocos errores! Son una pandilla de cabezas infladas, viejos partidarios de los sindicatos y teóricos irresponsables recién salidos de Oxford… Nuestro partido urdirá todas las trampas parlamentarias… Como viejos perros patéticos en una feria. Primero ladrar, ladrar y ladrar, después ponerse sobre las patas de atrás y dar una voltereta.

—¿Y dónde entra John Gabriel en este atractivo cuadro de la oposición?

—No se puede prever el día D hasta que no se haya trabajado todo hasta el último detalle… Ya lo estudiaremos a fondo. Me pondré al lado de los jóvenes, los que tienen nuevas ideas y están normalmente «contra el gobierno». Ofrézcales una idea y todos

vendrán a por ella.

—¿Qué idea?

Gabriel me lanzó una mirada exasperada.

—Usted siempre entiende las cosas por el lado equivocado, Norreys. ¡Importa un comino qué idea! Puedo tener media docena cuando me dé la gana. Solo existen dos cosas que mueven a la gente políticamente. Una es deslizar algo en sus bolsillos. La otra pertenece a esa clase de ideas que suenan como si todo fuera a ponerse en su sitio, una idea noble, pero simple, extremadamente fácil de comprender. Es una idea que confiere una maravillosa pasión interior. Al hombre le gusta sentirse un animal noble, además de un animal bien pagado. No se requiere una idea demasiado práctica, ya sabe, solo un tanto humana y que no vaya dirigida a alguien en concreto, con el que te tengas que encontrar personalmente. ¿Ha notado usted cómo proliferan las suscripciones en pro de las víctimas de un terremoto en Turquía, Armenia o algún sitio por el estilo? En cambio nadie acepta a un niño evacuado en su casa, ¿verdad? Así es la naturaleza humana.

—Seguiré su carrera con gran interés —le aseguré.

—En un plazo de veinte años me encontrará gordo, dándome a la buena vida y probablemente considerado un benefactor público —dijo Gabriel.

—¿Y luego?

—¿A qué se refiere con ese «luego»?

—Me refiero a que si usted aguantará ese tipo de vida.

—Oh, siempre encontraré algún lío. Sólo por placer.

Me quedé fascinado ante la seguridad absoluta con la que John Gabriel proyectaba su vida. Había llegado a tener fe en la autenticidad de sus pronósticos. Pensaba yo que tenía el don de no equivocarse. Había previsto que el país votaría a los laboristas. Pero también estaba seguro de su propia victoria. Su vida seguiría el curso que él había trazado, sin desviarse ni un pelo.

Un poco desafortunadamente dije:

—Así que todo marcha sobre ruedas…

Gabriel frunció el ceño, irritándose, y exclamó:

—¡Qué modo tiene usted de poner el dedo en la llaga, Norreys!

—¿Por qué? ¿Es que algo va mal?

—No, nada en realidad. —Hizo una pausa y luego siguió

hablando—: ¿Nunca se le ha clavado una espina en un dedo? Ya sabe lo molesto que es un pinchazo, haciéndote daño por dentro.

—¿Y cuál es la espina? —pregunté—. ¿Milly Burt?

—Ella está perfectamente —me contestó—. Por ahí, afortunadamente, no hay ninguna herida. Me gusta. Espero verla alguna vez en Londres. Allí no hay habladurías de pueblo.

Después, al tiempo que el rubor cubría su rostro, sacó un paquete de su bolsillo.

—Quiero que vea esto. Es bonito, ¿no? Un regalo de boda para Isabella Charteris. Supuse que le tenía que regalar algo. ¿Cuándo es la boda? ¿El martes próximo? Vea, ¿cree usted que es un regalo estúpido?

Desenvolví el paquete con gran interés. Lo que encontré me dejó completamente sorprendido. Era lo último que hubiera esperado de John Gabriel como regalo de boda.

Era un devocionario. Exquisita y delicadamente ilustrado. Era algo que debería estar en un museo.

—No sé exactamente lo que es —dijo—. Algo católico. Tiene doscientos años. Creí, no sé por qué, que a ella le iba perfectamente. Claro que si usted cree que es una tontería…

—Es maravilloso —dije—. Algo que cualquiera desearía poseer. Es una pieza de museo.

—Supongo que no es el tipo de objeto que le vaya a encantar, pero le va muy bien a ella, si sabe a lo que me refiero.

Yo dije que sí, que lo sabía.

Continuó:

—Después de todo tengo que regalarle algo. No es que me guste esa chica, me trae sin cuidado. Una presuntuosa y una altanera. Lo ha hecho muy bien para cazar a ese lord. Ojalá le vaya bien con semejante petimetre.

—Es mucho más que un petimetre —dije.

—Sí. En realidad sí. De todos modos tengo que estar en buenas relaciones con ellos. Como miembro local del Parlamento cenaré en el castillo, iré a la fiesta anual y todas esas cosas. Supongo que la vieja *lady* St. Loo tendrá que irse ahora a la «Casa de la Viuda[2]», esa horrible ruina cercana a la iglesia. Yo diría que cualquiera que vaya a vivir allí morirá pronto de reumatismo.

Cogió el devocionario y lo volvió a empaquetar.

—¿Cree de verdad que está bien? ¿Le gustará?

—Un regalo magnífico y raro —le aseguré.

Teresa entró. Gabriel dijo que en aquel momento se iba a marchar.

—¿Qué le ocurre? —preguntó mi cuñada cuando el mayor hubo salido.

—La reacción, supongo.

Teresa dijo:

—Es algo más que eso.

—No puedo evitar pensar que es una lástima que haya ganado las elecciones —comenté—. El fracaso habría tenido en él un efecto soberbio. Dentro de un par de años se habrá convertido en un vocinglero. Tal y como es, a la larga se hará intratable. Pero me alegraré de que llegue a la cima del árbol.

Supongo que fue la palabra árbol la que incitó a Robert a entrar en la conversación. Había entrado con Teresa, pero, como de costumbre, pasaba inadvertido, de manera que, cuando hablaba, nos quedábamos muy sorprendidos.

—Oh, no, no llegará —dijo.

Le miramos interrogadores.

—No llegará a la cima del árbol —continuó Robert—. Diría que ni siquiera tendrá la oportunidad de hacerlo.

Se puso a buscar algo desesperadamente por la habitación, preguntando por qué siempre alguien tenía que esconderle su espátula.

23

La boda de lord St. Loo con Isabella Charteris se había fijado para el martes.

La víspera, ya muy tarde, sobre la una de la madrugada, creo recordar, oí pasos en la terraza.

No había podido pegar ojo. Era una de mis malas noches, con profundos dolores.

Pensé que se trataría de alguna divertida travesura, porque podía haber jurado que eran los pasos de Isabella los que se escuchaban en la terraza. Después oí su voz:

—¿Puedo entrar, Hugh?

Las puertas vidrieras estaban entreabiertas, como siempre que no soplaba un vendaval. Isabella entró y yo encendí la lámpara que estaba cerca de mi coche de ruedas. Todavía tenía la impresión de estar soñando.

Isabella parecía más alta que nunca. Llevaba una chaqueta grande, oscura, a cuadros, y un pañuelo rojo en la cabeza. Su rostro aparecía grave, sereno y algo triste. Yo no me podía imaginar qué estaba haciendo allí a aquella hora de la noche, o mejor de la mañana. Pero me sentí vagamente alarmado.

Ya no tuve la impresión de soñar. En realidad, de golpe, sentí justamente lo contrario. Sentí que todo lo ocurrido desde que Rupert St. Loo había llegado a su casa era un sueño; ahora sucedía el despertar.

Recordé que Isabella había dicho: «Siento como si tuviera que despertarme». Y de repente me di cuenta de que eso era lo que le había ocurrido. La muchacha que permanecía de pie a mi lado, ya no estaba en un sueño, se había despertado. Recordé otra cosa, que Robert había dicho que no había habido hadas malas en el bautizo de lord St. Loo. Yo le había preguntado qué quería decir con eso y él me contestó: «Si no hay un hada mala, ¿dónde está tu historia?».

Eso, quizá, era lo que hacía a Rupert St. Loo irreal, a pesar de su buena presencia, su inteligencia y su «gallardía».

Todas estas cosas pasaron confusamente por mi cabeza en el par de segundos que transcurrieron antes de que Isabella dijera:

—Vine a decirle adiós, Hugh.

Me la quedé mirando estúpidamente.

—¿Adiós?

—Sí. Ya ve, me voy.

—¿Qué te vas? ¿Con Rupert, quieres decir?

—No, con John Gabriel.

Fui consciente entonces de la extraña dualidad de la mente humana. La mitad de mi cerebro estaba conmocionado, no se lo creía. Lo que Isabella decía era absolutamente increíble, algo tan fantástico que no podía ocurrir.

Pero en algún sitio, otra parte de mí no estaba sorprendida. Era como si una voz burlona e interior me dijese: «¡Pero si tú lo sabías hace mucho tiempo!». Recordé cómo, sin volver la cabeza, Isabella había reconocido los pasos de Gabriel en la terraza. Recordé el brillo que había en su cara cuando subió del jardín la noche del *bridge*, y la manera tan inmediata con que había actuado en la crisis de Milly Burt. Recordé cómo decía: «Rupert tiene que venir pronto…», con una extraña urgencia en su voz.

Entonces estaba asustada, asustada de lo que le ocurría.

Comprendí, muy imperfectamente, el oscuro impulso que la arrastraba a John Gabriel. Por alguna razón, el hombre tenía una extraña cualidad de atracción para las mujeres. Teresa me lo había dicho hacía tiempo… ¿Isabella le amaba? Yo lo dudé. Y no podía ver felicidad para ella al lado de un hombre como John Gabriel, un hombre que la deseaba, pero que no la quería.

Por parte de él era una locura completa. Significaría abandonar su carrera política. Sería la ruina de todas sus ambiciones. Yo no podía entender por qué daba aquel estúpido paso.

¿La amaba? No lo creía. Pensaba que, de algún modo, incluso la odiaba. Ella formaba parte de todo eso (el castillo, la vieja St. Loo) que le había humillado desde que había venido aquí. ¿Era la oscura razón de aquel despropósito? ¿Se estaba vengando de sus humillaciones? ¿No le importaba destrozar su propia vida con tal de dañar todo lo que le había humillado? ¿Era el «muchacho vulgar»

que se tomaba la revancha?

Yo amaba a Isabella. Ahora me daba cuenta. La quería tanto que había sido feliz con su felicidad, y ella habría sido feliz cuando sus sueños con Rupert se convirtieran en realidad… Lo único que había temido es que no fuese real.

¿Qué era entonces real? ¿John Gabriel? No, lo que ella iba a hacer era una locura. Tenía que detenerla, convencerla, persuadirla.

Las palabras afloraron a mis labios, pero se quedaron sin salir. Hasta ahora no he sabido por qué.

La única razón que podía comprender es que Isabella era Isabella.

No dije nada.

Ella se inclinó y me besó. No era el beso de una niña. Su boca era la de una mujer. Sus labios estaban fríos y frescos y me oprimieron con una dulzura y una intensidad que no olvidaré nunca. Era como si me hubiera besado una flor. Me dijo adiós y se fue. Salió por el ventanal que daba a la terraza. Salió de mi vida. Se fue hacia donde Gabriel la estaba esperando.

Y yo no intenté detenerla.

24

Con la marcha de Isabella Charteris y John Gabriel de St. Loo termina la primera parte de mi historia. Me doy cuenta de que es la historia de ellos y no la mía porque, una vez que se fueron, yo recordaba muy poco o nada de lo que había sucedido. Todo era vago y confuso.

Nunca había estado interesado por la faceta política de nuestra vida en St. Loo. Para mí era solo el telón de fondo sobre el que se movían los protagonistas del drama. Pero las repercusiones políticas tenían que haber sido, verdaderamente sé que lo fueron, tremendas y de gran alcance.

Si John Gabriel hubiera tenido la menor conciencia política, no habría hecho, desde luego, lo que hizo. Se habría contenido ante la perspectiva de hundir a su partido. Porque se hundió. La conmoción local que se produjo fue tan tremenda que las presiones le habrían obligado a renunciar a su recién ganado escaño si no hubiese renunciado ya de antemano.

El asunto desacreditó por completo al partido conservador. Un hombre con tradiciones y con un sentido del honor más delicado habría sido muy sensible a todo esto. No creo que a John Gabriel le importara lo más mínimo. Lo que había echado a perder era su propia carrera, la había destrozado con su estúpida conducta. Así era como él consideraría lo sucedido. Había profetizado la verdad cuando dijo que solo una mujer echaría a perder su vida. Pero no había tenido la mínima idea de quién sería aquella mujer.

Por su temperamento no estaba en disposición de comprender la conmoción y el horror que sintieron personas como *lady* Tressilian y la señora Bigham Charteris. *Lady* Tressilian había creído durante toda su vida que optar al Parlamento era un deber de todo hombre por su país. Así es como lo había considerado su padre.

Gabriel ni siquiera podía haber empezado a apreciar una actitud

así. El modo como lo veía era que el partido conservador había utilizado a una persona inepta cuando lo escogieron a él. Era una apuesta, y ellos habían perdido. Si las cosas hubieran seguido su curso normal, todo habría estado muy bien hecho. Pero siempre existía una posibilidad de fallar y ésta se había dado.

Curiosamente, la persona que adoptó la misma postura que Gabriel fue la viuda *lady* St. Loo.

Hablaba de ello una y otra vez solamente en el cuarto de estar de Polnorth House, cuando estaba a solas con Teresa y conmigo.

—Nosotras no podemos —decía— escapar a nuestra parte de culpa. Sabíamos cómo era ese hombre. Presentamos a un advenedizo, sin creencias, sin tradiciones, sin integridad. Sabíamos perfectamente bien que ese hombre era un aventurero, y nada más. Porque tenía cualidades que atraían a las masas, un buen historial de guerra, una atracción especial, lo aceptamos. Estábamos preparados para que nos utilizara, porque también le estábamos utilizando a él. Nos disculpamos a nosotros mismos, diciéndonos que había que ir con los tiempos. Pero si hay alguna realidad, algún significado en la tradición conservadora, tenemos que permanecer dentro de esa tradición. Tenemos que ser representados por hombres que, si no brillantes, sean sinceros, tengan interés por el país, estén dispuestos a hacerse responsables de aquellos que están por debajo y que no se avergüencen ni se sientan incómodos por ser miembros de las clases dirigentes, porque aceptan no solo los privilegios, sino también los deberes de las clases dirigentes.

Era la voz de un régimen moribundo la que hablaba. Yo no estaba de acuerdo con lo que decía, pero lo respetaba. Nuevas ideas, un nuevo modo de vida estaba naciendo; el otro, el viejo, estaba agonizando, pero como un ejemplo de lo mejor del viejo, *lady* St. Loo permanecía firme. Ella ocupaba un lugar y lo mantendría hasta su muerte.

De Isabella no habló. Tocante a eso, la herida había profundizado mucho en su corazón.

Porque Isabella, desde el punto de vista de la vieja dama, había traicionado a su propia clase. Para John Gabriel, el viejo vencejo, podía encontrar excusas, porque era de la raza de los insignificantes, pero Isabella había traicionado a la ciudadela desde su propio interior.

Aunque *lady* St. Loo no dijo nada de Isabella, *lady* Tressilian sí. Habló conmigo, creo que porque no podía hablar con nadie más. Y también porque suponía que yo no contaba, dado mi estado de invalidez. Tenía un incorregible sentimiento maternal hacia mi desamparo y creo que se sentía casi justificada al hablarme como si en realidad yo fuera su propio hijo.

Dijo que Adelaide era inaccesible. Maude no había querido escuchar nada e inmediatamente se fue con los perros. El sentimental corazón de *lady* Tressilian tenía que aliviarse por sí mismo.

Se habría sentido desleal discutiendo cosas de familia con Teresa. No se sentía así al discutirlas conmigo, posiblemente porque sabía que yo amaba a Isabella, que la quería de corazón; no podía pararse a pensar en ella sin sentirse asombrada y aturdida por lo que había hecho.

—Fue impropio de Isabella. Muy impropio, Hugh. Creo que ese hombre la tuvo que haber embrujado. Un hombre muy peligroso, siempre lo pensé así… Y ella parecía estar tan feliz, tan inmensamente feliz. Ella y Rupert parecían hechos el uno para el otro. No puedo entenderlo. Eran felices. Lo eran de verdad. ¿No lo cree así?

Dije sinceramente que sí, que pensaba que habían sido felices. Y quise añadir, aunque sospecho que *lady* Tressilian no lo hubiera comprendido, que a veces la felicidad no es suficiente.

—No puedo dejar de pensar que ese hombre terrible la ha seducido. Que de un modo u otro la tiene que haber hipnotizado. Pero Addie dice que no. Dice que Isabella nunca haría nada, a no ser que estuviera completamente decidida a hacerlo. Yo no sé, no estoy segura.

Pensé que *lady* St. Loo tenía razón.

Lady Tressilian preguntó:

—¿Cree que se habrán casado? ¿Dónde opina usted que vivirán?

Le pregunté si habían recibido alguna noticia de ella.

—No. Nada. Nada excepto la carta que Isabella dejo al marcharse. Estaba dirigida a Addie y decía que esperaba que no la perdonase nunca y que probablemente haría bien. Y añadía: «No sirve de nada decir que siento todo el dolor que causaré. Si realmente lo sintiera, no lo haría. Creo que Rupert puede entender,

o quizá no. Siempre os querré a todas, aunque no os vuelva a ver más».

Lady Tressilian me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Ese pobre muchacho. ¡Pobre, pobre muchacho! ¡Querido Rupert!, todas le queríamos tanto…

—Supongo que le habrá sentado muy mal.

Yo no había visto a Rupert desde la marcha de Isabella. Había dejado St. Loo al día siguiente. No sé adonde fue ni lo que hizo. Una semana después se incorporó a su unidad en Birmania.

Lady Tressilian movió su rostro bañado en lágrimas.

—Era muy amable y gentil con todas nosotras. Pero no quiso hacer ningún comentario. Nadie quiere hablar del asunto —Suspiró —. Pero yo no puedo dejar de preguntarme dónde están y qué hacen. ¿Se habrán casado? ¿Dónde estarán viviendo?

La mente de *lady* Tressilian era esencialmente femenina. Directa, práctica y ocupada en los problemas de la vida diaria. Me daba cuenta de que, vagamente, ya se estaba fabricando una imagen de la vida doméstica de Isabella. Matrimonio, una casa, niños. Había perdonado fácilmente. Quería a Isabella. Lo que Isabella había hecho era horrible. Una desgracia. Hundió a su familia. Pero también era romántico todo aquello. Y *lady* Tressilian, si no fuese romántica, no sería absolutamente nada.

Como digo, mis recuerdos de los dos años siguientes en St. Loo son vagos. Se celebraron unas elecciones parciales en las cuales ganó Wilbraham por una enorme mayoría. No recuerdo quién era el candidato conservador, supongo que algún caballero del país de vida intachable, sin ningún atractivo para las masas. La política, sin John Gabriel, dejó de interesarme. Mi propia salud empezó a ocupar la mayor parte de mis pensamientos. Fui al hospital y comencé una serie de operaciones que me mejoraron algo. Teresa y Robert se quedaron en Polnorth House. Las tres viejas damas de St. Loo dejaron el castillo y se mudaron a una pequeña casa victoriana que tenía un atractivo jardín. El castillo se alquiló durante un año a una familia del norte de Inglaterra. Dieciocho meses después, Rupert St. Loo volvió a Inglaterra y se casó con una adinerada chica americana. Según me contó Teresa, tenían grandes planes para la restauración completa del castillo, tan pronto lo permitiesen las reglamentaciones de reconstrucción. Sin ningún motivo odié la idea

de ver el castillo de St. Loo restaurado.

Nadie sabía dónde vivían Isabella y Gabriel y qué hacía el mayor. En 1947 Robert expuso en Londres, con gran éxito, sus cuadros de Cornualles.

Por aquel tiempo se estaban haciendo grandes progresos en cirugía. En el continente varios cirujanos extranjeros habían realizado cosas extraordinarias en casos como el mío. Una de las pocas cosas buenas que traen las guerras es el adelanto en la disminución del sufrimiento humano. Mi propio cirujano de Londres estaba entusiasmado con el trabajo efectuado por un doctor judío, en Eslovaquia. Trabajando en los movimientos de resistencia durante la guerra, había realizado sorprendentes experimentos con resultados espectaculares. En un caso como el mío, así lo pensaba mi médico, era posible que pudiera hacer algo que no estaba al alcance de ningún cirujano inglés. Por esa razón, en el otoño de 1947 me fui a Zagrade a consultar al doctor Crassvitch.

No hay necesidad de entrar en detalles sobre mi propia historia. Basta decir que el doctor Crassvitch, que era un cirujano sensible e inteligente, pronunció el dictamen de que mediante una operación mi estado mejoraría inmensamente. Esperaba que pudiera llegar a andar libremente con la ayuda de unas muletas, en vez de estar todo el día tendido, como un inválido maltrecho e inútil. Acordamos al unísono que ingresaría en su clínica inmediatamente.

Mis esperanzas y las suyas se hicieron realidad. Al cabo de seis meses pude, como me había prometido, andar con ayuda de muletas. No puedo describir lo excitante que se volvió la vida para mí. Me quedé algún tiempo en Zagrade, porque tenía que recibir un tratamiento de recuperación varios días a la semana. Una tarde de verano, iba yo despacio y caminando dolorosamente por la calle principal de Zagrade cuando decidí sentarme en la terraza de un café para tomar una cerveza.

Entonces, al echar un vistazo a las mesas ocupadas, vi a John Gabriel.

Fue una conmoción. No había pensado en él durante algún tiempo. No tenía ni idea de que estuviera en aquella parte del mundo. Pero lo que me causó una conmoción mayor fue la apariencia del hombre.

Sin duda le había ido mal. Su rostro siempre había sido

ligeramente ordinario, pero ahora resultaba tan tosco que casi no se le reconocía. Estaba hinchado y no parecía gozar de muy buena salud. Tenía los ojos inyectados en sangre. Al cabo de un momento me di cuenta de que estaba algo bebido.

De pronto, al mirar a su alrededor, me vio. Se levantó y vino tambaleándose hasta mi mesa.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Miren quién está aquí! ¡El último hombre en el mundo a quien esperaba ver!

Habría experimentado un gran placer estrellando mi puño en su cara, pero aparte del hecho de que yo no estaba en condiciones de pelear, quería saber algo de Isabella. Le invité a sentarse y a beber algo.

—Gracias, Norreys, me sentaré… ¿Cómo están St. Loo, el castillo de pan de jengibre y todas aquellas viejas zorras?

Le dije que hacía bastante tiempo que había dejado St. Loo, que el castillo estaba alquilado y que las tres ancianas vivían en otra parte.

Dijo, casi esperanzado, que debía de haber sido muy duro para la vieja viuda. Le contesté que me parecía que se había sentido contenta de irse. Le conté que Rupert St. Loo estaba a punto de casarse.

—¡Vaya! —dijo—. Todo está resultando muy bien para todo el mundo.

Hice un esfuerzo para no contestar. Vi cómo se dibujaba en su boca la vieja mueca burlona.

—¡Vaya, Norreys! —dijo—. No se quede ahí sentado como si hubiera visto un fantasma. Pregúnteme por ella. Eso es lo que desea saber, ¿verdad?

El problema con Gabriel era que siempre llevaba la guerra al interior del campo enemigo. Yo reconocí la derrota.

—¿Cómo está Isabella? —pregunté.

—Perfectamente. No llevé a cabo el característico acto del seductor, abandonándola en una buhardilla.

Se hizo aún más difícil para mí no golpear a Gabriel. Siempre había tenido el poder de ser ofensivo. Y parecía serlo mucho más ahora que había empezado a estar de capa caída.

—¿Está aquí, en Zagrade? —quise saber.

—Sí. Lo mejor que puede hacer es ir a verla. Será muy agradable

para ella recibir a un viejo amigo y tener noticias de St. Loo.

¿Le resultaría agradable a Isabella? Lo dudaba. Había algún matiz, algún remoto eco de sadismo en la voz de Gabriel.

Pregunté con un tono de ligero embarazo:

—¿Están casados?

La expresión de su cara fue definitivamente diabólica al oírme.

—No, Norreys, no estamos casados. Puede usted volver y decírselo a la vieja zorra de St. Loo.

Era curioso cómo le irritaba todavía *lady* St. Loo.

—No voy a mencionarle a ella la cuestión —dije fríamente.

—Es eso, ¿no? Isabella es la desgracia de la familia —Echó su silla hacia atrás—. Señor, me hubiera gustado ver sus caras aquella mañana… La mañana en que descubrieron que nos habíamos ido juntos.

—¡Dios mío, es usted un cerdo, Gabriel! —dije, perdiendo mi autocontrol.

No se enojó lo más mínimo.

—Depende de cómo lo mire —dijo—. Su ángulo de visión de la vida, Norreys, es tan estrecho…

—De todos modos conservo unos cuantos instintos decentes —dije ásperamente.

—Es usted muy inglés. Tengo que presentarle en el círculo cosmopolita donde Isabella y yo nos movemos.

Sin poder contenerme le dije:

—No tiene usted muy buen aspecto, si me permite decirlo.

—Eso es porque bebo mucho —replicó Gabriel rápidamente—. Demasiado. Pero ahora soy un gran personaje. Isabella no bebe. No puedo comprender cómo no lo hace. Todavía tiene residuos de colegiala. Le agradará verla de nuevo.

—Me gustaría verla —dije despacio, pero de repente me sentí inseguro de lo que había dicho, de si era verdad.

¿Me gustaría verla? ¿No sentiría un terrible dolor?

¿Me quería ver ella? Probablemente no. Si pudiera saber cómo se sentía…

—No pierda el tiempo pensando. Se pondrá muy contento al verla —dijo Gabriel alegremente.

Yo le miré. Él me preguntó en voz baja:

—Usted me odia, ¿verdad, Norreys?

—Creo que tengo suficientes razones.

—No lo veo así. Tuvo en St. Loo mucha diversión a mi costa. ¡Oh, sí, se divirtió! El interés por lo que yo hacía probablemente le evitó suicidarse. Yo me habría suicidado en su lugar. No está bien odiarme, solo porque esté loco por Isabella. Oh, sí, lo está. Lo estuvo entonces y lo está ahora. Por eso está ahí sentado, pretendiendo ser amistoso y en realidad despreciándome por completo.

—Isabella y yo fuimos amigos —puntualicé—. Algo que supongo no es usted capaz de comprender.

—No me refería a que se le hubiera insinuado, viejo. Sé que no es ése su modo de actuar. Afinidad anímica y elevación espiritual. Bien. A Isabella le encantará ver a un viejo amigo.

—Tengo mis dudas —dije despacio—. ¿Cree realmente que le gustará verme?

Su tono cambió. Puso un gesto de furia.

—¿Y por qué demonios no? ¿Por qué no iba a querer verle?

—Se lo estoy preguntando —insistí.

Contestó:

—Me gustaría que ella le viese.

Aquello me agradó. Dije:

—En ese caso, pasemos por alto lo que Isabella prefiera.

De repente volvió a sonreír.

—Desde luego querrá verle, viejo. En realidad solo estaba enfadándole… Le daré la dirección. Vaya a verla a cualquier hora. Casi siempre está en casa.

—¿Qué está haciendo en la actualidad?

Suspiró, guiñó un ojo y echando hacia atrás la cabeza respondió:

—Un trabajo bajo cuerda, viejo. Muy secreto. Aunque pienso que muy mal pagado. Mil libras al año estaría recibiendo ahora como miembro del Parlamento. Le dije que si los laboristas alcanzaban el poder aumentarían la asignación. A menudo le recuerdo a Isabella todo lo que abandoné por su culpa.

¡Cuánto aborrecí a aquel asqueroso diablo! Me entraban unas ganas terribles de hacer muchas cosas que me resultaban físicamente imposibles.

En vez de eso, me contuve y acepté el trozo de papel sucio con la dirección garabateada que Gabriel me tendió.

Pasó mucho tiempo antes de que yo pudiera dormir aquella noche. Me acosaban temores por Isabella. Me preguntaba si sería posible convencerla para que abandonara a John Gabriel. Estaba claro que todo había resultado mal.

No supe hasta qué punto había ido mal hasta el día siguiente. Encontré la dirección que Gabriel me había dado. Era una casa con aspecto de mala reputación en una calle insignificante y alejada, en un barrio horrible. Los hombres y las mujeres pintarrajeadas que transitaban por allí me lo hicieron ver. Encontré la casa y pregunté en alemán, a una mujer tosca y desaliñada, por la dama inglesa.

Afortunadamente entendía alemán y me mandó al ático. Subí con dificultad, ayudado por mis muletas. La casa era sórdida. Olía mal. Se me hizo un nudo en la garganta. Mi hermosa, mi altiva Isabella. ¡Haber venido a parar a esto! Pero, al mismo tiempo, mi resolución se fortaleció.

Yo la sacaría de todo aquello. La haría volver a Inglaterra.

Llegué sin resuello al ático y llamé a la puerta.

Desde dentro alguien dijo algo en checo. Reconocí aquella voz. Era de Isabella. Se abrió la puerta y entré.

Creo que jamás podría explicar el extraordinario efecto que me causo aquella habitación.

Era extremadamente pequeña. Un mobiliario deteriorado, cortinas chillonas y una cama con aspecto desagradable, de armadura de metal, y de algún modo obscena. El lugar estaba a la vez limpio y sucio. Esto es, las paredes estaban cubiertas de suciedad, el techo aparecía negro y se olfateaba el desagradable olor de las chinches. Sin embargo, ninguna superficie estaba sucia. La cama aparecía hecha y los ceniceros vacíos, no había objetos en desorden, ni tampoco polvo.

Pero era, sin duda, un cuartucho miserable. En el medio, sobre sus pies y bordando un trozo de seda, estaba Isabella.

Tenía exactamente el mismo aspecto de cuando abandonó St. Loo. Ahora su vestido estaba raído. Pero era de buen corte y estilo y, aunque usado, lo llevaba con soltura y distinción. Su pelo seguía siendo largo y tenía el esplendor de un paje. Su rostro era bello, tranquilo y serio. Comprendí que ella y la habitación no tenían nada en común. Isabella estaba allí, en el centro del cuarto, exactamente como podía estar en el centro de un desierto o en la

cubierta de un barco. No era su hogar. Era un lugar donde se encontraba en aquel momento por casualidad.

Se quedó mirándome un segundo y luego, pegando un salto, vino a mi encuentro con la alegría y la sorpresa en su rostro. Me di cuenta entonces de que Gabriel no le había dicho nada de mi estancia en Zagrade. Me pregunté por qué.

Sus manos cogieron afectuosamente las mías. Levantó la cara y me besó.

—¡Hugh, qué agradable sorpresa!

No me preguntó por qué estaba yo en Zagrade. No hizo ningún comentario sobre el hecho de que ahora yo podía caminar. Todo lo que le interesaba era que su amigo había llegado y que se sentía contenta de verle. Era, en efecto, mi Isabella.

Buscó una silla para mí y otra para ella.

—Bien, Isabella —dije—, ¿qué es lo que has estado haciendo?

Su respuesta fue escueta. Me enseñó su bordado.

—Lo empecé hace tres semanas. ¿Le gusta?

Su voz estaba llena de ansiedad.

Tomé el bordado. Era un cuadrado de seda vieja de color ligeramente gris, muy suave al tacto. En él, Isabella estaba bordando un dibujo de rosas oscuras, alhelíes y flores color malva. Era un bello trabajo, exquisitamente delicado.

—Es precioso, Isabella —dije—, precioso.

Sentí como siempre la extraña sensación de cuento de hadas que siempre rodeaba a Isabella. Allí estaba la doncella cautiva, bordando en la torre del ogro.

—Es hermoso —dije devolviéndoselo—. Pero este lugar es horrible.

Ella miró a su alrededor con una expresión casi de sorpresa.

—Sí —dijo—, supongo que lo es.

Solo eso, nada más. Me desconcertó como siempre lo había hecho. Comprendí vagamente que le importaba muy poco el entorno donde vivía. No pensaba en él.

Le importaba lo mismo que la decoración de un tren a alguien que está empeñado en un importante viaje. Aquella habitación era donde ella vivía por casualidad en aquel momento. Cuando se le llamaba la atención sobre ello, estaba de acuerdo en que no se trataba de un lugar agradable, pero el hecho, en realidad, no le

interesaba.

Su bordado le interesaba mucho más.

Dije:

—Vi a John Gabriel ayer…

—¿De verdad? ¿Dónde? No me dijo nada.

Añadí:

—Por eso conseguí tu dirección. Me invitó a venir a verte.

—Estoy encantada de que lo hayas hecho. ¡Oh, muy contenta!

¡Qué maravillosa era su alegría ante mi presencia!

—Isabella, querida Isabella —dije—. ¿Estás bien? ¿Eres feliz?

Se me quedó mirando, como si dudara de lo que yo quería decir.

—Todo esto —dije— es tan diferente a lo que tú estabas acostumbrada… ¿No te gustaría volver conmigo? A Londres, si no quieres ir a St. Loo.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—John tiene que hacer algo aquí. No sé exactamente el qué.

—Lo que te estoy preguntando es si eres feliz con él. No creo que lo puedas ser… Si una vez cometiste un tremendo error, por favor, Isabella, no seas tan orgullosa como para no reconocerlo. ¡Déjalo!

Miró su bordado. Extrañamente una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Oh, no, no podría hacer eso.

—¿Es que tanto le quieres, Isabella? ¿Eres realmente feliz con él? Te lo pregunto porque tengo un gran interés por ti.

Me preguntó gravemente:

—¿Quieres decir feliz, feliz, como lo era en St. Loo?

—Sí.

—No, desde luego que no lo soy.

—Entonces mándalo todo al cuerno, vuelve conmigo y empieza de nuevo.

Volvió a sonreír ligeramente.

—¡Oh, no, no podría hacerlo!

—Después de todo —dije un poco confuso— no estás casada con él.

—No, no estoy casada.

—¿No crees…? —Me sentí torpe, confuso, todo lo contrario a como estaba Isabella. Sin embargo, tenía que saber exactamente

qué tipo de relación existía entre aquellas dos personas extrañas—. ¿Por qué no estáis casados? —pregunté descaradamente.

Ella no se ofendió. Incluso me dio la impresión de que era la primera vez que se le había planteado la pregunta. ¿Por qué razón no estaban casados ella y John Gabriel? Seguía sentada, muy tranquila, pensativa, preguntándose la razón.

Luego contestó vacilando, de manera sorprendente:

—No creo que John quiera casarse conmigo.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no reventar de ira.

—Ciertamente —dije—, no hay ninguna razón para que no estéis casados.

—No… —Su tono era dubitativo.

—Te lo debe. Es lo menos que puede hacer.

Movió la cabeza lentamente en sentido negativo.

—No —dijo—, no se trata de eso.

—¿Cómo que no se trata de eso?

Las palabras le salieron con lentitud, siguiendo los pensamientos de su mente:

—Cuando me fui de St. Loo… no fue para casarme con John en lugar de casarme con Rupert. Quise irme con él y me fui. No me habló de matrimonio. No creo que pensara en ello. Todo esto —movió las manos ligeramente y yo entendí que «por esto» se refería no tanto a su cuartucho actual, a los desolados alrededores, como al carácter transitorio de su vida juntos— no es matrimonio. El matrimonio es algo muy diferente.

—Rupert y tú… —comencé a decir. Me interrumpió revelando aparentemente que yo había entendido su punto de vista.

—Sí —dijo—. Eso habría sido matrimonio.

Entonces me pregunté qué era lo que ella consideraba que era su vida con John Gabriel. No me gustaba preguntárselo abiertamente.

—Dime, Isabella, ¿qué entiendes por matrimonio? ¿Qué es el matrimonio para ti, aparte de su significado legal?

Lo pensó detenidamente antes de responder.

—Creo que sería llegar a formar parte de la vida de alguien… Mutuo acoplamiento… Ocupar tu lugar… Un lugar que te corresponde, al que perteneces.

El matrimonio tenía para Isabella, me di cuenta, un significado estructural.

—¿Quieres decir —pregunté— que no te es posible compartir la vida de Gabriel?

—No. No sé cómo hacerlo. Ojalá pudiera. Compréndeme… —Y apretó sus estrechas y largas manos—. No sé nada de él.

La miré fascinado. De un modo instintivo pensé que tenía razón. Nunca supo nada de John Gabriel. Jamás sabría nada de él, por mucho que permaneciera a su lado. Pero me podía dar cuenta también de que eso no afectaba a sus sentimientos emocionales hacia él.

Pensé que Gabriel estaba en el mismo barco. Era como si hubiera comprado (o más bien robado) una cara y delicada pieza de artesanía y no tuviera idea de los principios científicos inherentes a su complicado mecanismo.

—Lo que me pregunto —dije despacio— es si no eres desgraciada.

Se volvió hacia mí, mirándome con ojos incapaces de ver. O eludió deliberadamente la respuesta a mi pregunta o no sabía la respuesta. Creo que era esto último. Estaba viviendo una experiencia punzante y vaga y no me la podía definir con términos precisos.

Pregunté amablemente:

—¿Doy recuerdos tuyos en St. Loo?

Se quedó inmóvil. En sus ojos aparecieron lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

No eran lágrimas de pena, sino de nostalgia.

—Si pudieras volver atrás en el tiempo, Isabella —dije—. Si pudieras elegir, ¿volverías otra vez a hacer lo mismo?

Quizá era cruel por mi parte, pero quería saberlo, estar seguro.

Isabella me miró sin comprender.

¿Se puede elegir realmente alguna vez? ¿En toda situación?

Bien, eso depende de las opiniones. La vida es más sencilla, quizá, para los realistas sin compromisos, como Isabella Charteris, que no pueden percibir ningún camino alternativo. Aunque, como creo ahora, hubo un momento en el que Isabella tuvo la oportunidad definitiva y escogió un camino, prefiriéndolo al otro, con completo conocimiento de que se trataba de una elección. Pero entonces no lo vi así.

Mientras estaba en pie contemplando a Isabella, oí pasos en la

escalera. John Gabriel abrió la ya entreabierta puerta de un empellón y entró con brusquedad en el cuarto. El verlo no me resultó particularmente agradable.

—Hola —saludó—. ¿Encontró la dirección sin dificultades?

—Sí —respondí lacónicamente.

Aunque lo intentaba con todas mis fuerzas, me era imposible decir algo más. Me dirigí a la puerta.

—Lo siento —murmuré—. Tengo que irme.

Gabriel se apartó ligeramente para dejarme pasar.

—Bien —dijo. Y hubo algo en su expresión que no comprendí—. No diga nunca que no le di su oportunidad.

No supe lo que quería decir.

Siguió hablando:

—Venga a cenar con nosotros mañana al Café Gris. Voy a organizar una especie de fiesta. A Isabella le encantaría que viniera, ¿verdad, Isabella?

—Sí, venga —dijo.

Su rostro estaba tranquilo e imperturbable. Entre las manos tenía su bordado y jugueteaba con él.

Sorprendí un repentino destello en la cara de Gabriel, cuyo significado no comprendí. Quizá fuese de desesperación.

Bajé aquellas horribles escaleras deprisa, todo lo rápidamente que un impedido podía hacerlo. Quería salir a la luz del sol. Alejarme de aquella extraña conjunción de Isabella y Gabriel. Éste había cambiado para empeorar; Isabella no había cambiado en absoluto.

En medio de mi confusión mental presentí que tenía que haber algún significado en ello, aunque me fuera imposible descubrirlo.

25

Hay muchos recuerdos horribles que por mucho que lo intentes jamás puedes llegar a olvidar. Uno de éstos, para mí, fue el de aquella noche de pesadilla en el Café Gris.

Estoy convencido de que aquella fiesta fue organizada con el único fin de satisfacer la mala intención albergada hacia mí. Fue, desde mi punto de vista, una fiesta deplorable. Allí me fueron presentados los amigos que John Gabriel tenía en Zagrade. En medio de ellos se sentó Isabella. Eran hombres y mujeres que a ella jamás le hubieran dejado frecuentar. Eran alcohólicos y pervertidos, rameras pintarrajeadas, drogadictos enfermos. Todo era mediocre, sórdido y depravado.

No les redimía, como muy bien pudiera haber sucedido, ninguna clase de talento artístico. Allí no había escritores, músicos, poetas o pintores. Ni siquiera ingeniosos conversadores. Eran la basura del mundo cosmopolita. Suponían la elección de Gabriel, como si este deseara deliberadamente mostrar lo bajo que había caído.

Yo estaba salvajemente resentido a causa de Isabella. ¿Cómo demonios se había avenido a mezclarse con una compañía como aquélla?

Entonces la miré y mi resentimiento se desvaneció. No daba muestras de estar molesta, ni disgustada, ni dejaba traslucir la más mínima ansiedad por encontrarse en una situación difícil. Estaba allí sentada, sonriendo tranquilamente, con la misma remota sonrisa de una virgen de la Acrópolis. Se mostraba gravemente amable y permanecía intocable a la compañía que la rodeaba. Los demás no le afectaban, me di cuenta, de la misma forma que no le afectaba la miserable vivienda en la que habitaba.

Desde hacía mucho tiempo, recordaba yo la respuesta que me había dado cuando le pregunté si le interesaba la política. Entonces había dicho, dejando vagar su mirada: «Es una de las cosas que

hacemos». Adiviné que aquella noche entraba en la misma categoría. Si le hubiese preguntado cómo se encontraba en la fiesta, me hubiera respondido en el mismo tono: «Así son las fiestas que tenemos». Lo aceptaba sin el menor resentimiento y sin ningún interés especial, como una de las cosas que había decidido hacer John Gabriel.

La miré a través de la mesa y me sonrió. Mi agonía y mi angustia por ella no hacían ninguna falta. Una flor también puede brotar en un estercolero, tan bien como en cualquier otro sitio. Quizá fuese mejor así, porque se notaba más que era una flor…

Salimos del Café Gris con dificultad. Casi todos estaban borrachos.

Cuando íbamos a cruzar la calle, un enorme coche surgió de la oscuridad silenciosamente. Casi atropella a Isabella, pero se dio cuenta del peligro a tiempo y pudo saltar a la acera. Pude comprobar la palidez de su cara y el terror pintado en sus ojos cuando el coche desapareció calle abajo.

En esto seguía siendo vulnerable. La vida, con todas sus vicisitudes, no tenía ningún poder para afectarla. Podía aguantar la vida, pero no la muerte. Aun mucho después, cuando ya había pasado el peligro, estaba blanca y temblorosa. Gabriel gritó:

—¡Dios mío, estuvo a punto de atropellarte! ¿Estás bien, Isabella?

Ella respondió:

—Oh, sí, estoy bien.

Pero todavía había miedo en su voz. Me miró y me dijo:

—Ya ves, sigo siendo una cobarde.

No hay mucho más que contar. Aquella noche del Café Gris era la última vez que iba a ver a Isabella.

La tragedia llegó como generalmente ocurre, sin avisar, de una manera imprevista.

Precisamente estaba yo dudando si volver a visitar a Isabella, o simplemente escribirle, o abandonar Zagrade sin verla, cuando apareció Gabriel.

No puedo decir que notase nada extraño en su aspecto. Una cierta excitación nerviosa, quizá; un ligero temblor. No sé.

Dijo con absoluta calma:

—Isabella ha muerto.

Me quedé mirándole. Al principio no le entendí. Simplemente, no creí que pudiera ser verdad. Él comprendió que no le creía.

—¡Oh, sí, es verdad! Le pegaron un tiro.

Se me trabó la lengua con una fría sensación de catástrofe que se extendió por todo mi cuerpo.

—¿Un tiro? —pregunté—. ¿Un tiro? ¿Cómo le pudieron disparar? ¿Cómo ocurrió?

Me lo contó. Estaban los dos sentados en el café donde yo lo encontré a él la primera vez.

Me preguntó:

—¿Ha visto retratos de Stolanov? ¿Le nota algún parecido conmigo?

Stolanov era por aquellos tiempos el virtual dictador de Eslovaquia. Miré cuidadosamente a Gabriel y me di cuenta de que el parecido era ciertamente sorprendente. Cuando el pelo de Gabriel caía sobre su rostro, lo que sucedía con frecuencia, ese ligero parecido se incrementaba.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Un maldito estudiante. Creyó que yo era Stolanov. Tenía un revólver. Cruzó corriendo el café, mientras gritaba: «¡Stolanov, Stolanov, al fin te tengo!». No hubo tiempo de hacer nada. Disparó. Pero no me dio a mí. Mató a Isabella.

Se detuvo. Luego añadió:

—Murió casi instantáneamente. La bala le atravesó el corazón.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Y no pudo hacer nada?

Me parecía increíble que Gabriel no hubiera podido hacer nada.

Se sonrojó.

—No —dijo—, no pude hacer nada. Estaba detrás de la mesa, al lado de la pared. No hubo tiempo de hacer nada.

Me quedé en silencio. Todavía estaba perplejo, conmocionado.

Gabriel se sentó sin dejar de mirarme. Seguía sin dar señal alguna de emoción.

—¿Así que a esto es a lo que la ha llevado? —dije por fin.

Se encogió de hombros.

—Sí, si es que quiere verlo así.

—Isabella estaba aquí por usted. En esa pobre casa, en esta condenada ciudad. De no ser por usted, habría sido…

Me detuve. Gabriel terminó la frase por mí:

—Hubiera sido *lady* St. Loo. Viviría en un castillo cerca del mar, en un castillo de pan de jengibre, con un marido de pan de jengibre, y quizá con un niño de pan de jengibre en las rodillas.

El cinismo de sus palabras me hizo enloquecer.

—¡Santo Dios, Gabriel!, ¡no creo que pueda perdonarle jamás!

—No puedo decir que me importe mucho, Norreys, que me perdone o no.

—¿Qué es lo que hace aquí, si se puede saber? —pregunté con enfado—. ¿Por qué ha venido a verme? ¿Qué es lo que quiere?

Contestó con tranquilidad:

—Quiero que se la lleve a St. Loo… Espero que lo pueda hacer. Debe ser enterrada allí, no aquí, que no es su tierra. No pertenece a este mundo.

—No —dije—, no pertenece a este mundo —Le miré. En medio del dolor yo empezaba a sentir una curiosidad creciente—. ¿Por qué se la llevó? ¿Qué pretendía? ¿La quería tanto? ¿Tanto como para echar a perder su carrera? ¿Todas las cosas que ansiaba tanto?

De nuevo se encogió de hombros. Grité irritado:

—¡No entiendo!

—¿Entender? Por supuesto que no lo entiende —Su voz me sorprendió; era agresiva e hiriente—. Nunca comprenderá nada. ¿Qué sabe usted del sufrimiento?

—Mucho —respondí airado.

—No, no sabe nada. No sabe lo que es el sufrimiento real. ¿No comprende que yo nunca he sabido, ni una sola vez, lo que ella pensaba? Nunca pude hablar con ella. Le aseguro, Norreys, que hice todo lo posible para abrir su espíritu, todo. La he arrastrado por el barro, por la basura. ¡Y no creo que nunca se diera cuenta de lo que yo estaba haciendo! «Ella no podía mancharse, ni podía turbarse». Así era Isabella. ¡Insoportable! Se lo aseguro, insoportable. Peleas, lágrimas, venganza, eso es lo que yo siempre había imaginado. ¡Y yo creía que vencía! Pero no vencí. No se puede vencer cuando se lucha contra alguien que no sabe que hay una lucha. Y no podía hablar con ella, nunca pude hablar con ella. Me emborraché hasta caerme por los suelos, me drogué, estuve con otras mujeres… Nada le afectaba. Seguía sentada, bordando sus flores de seda y de vez en cuando cantando algo para sí misma… Quizá se hallara en su castillo todavía, al lado del mar. Aún está en medio de su maldito

cuento de hadas. Lo lleva en su interior…

Había caído insensiblemente en el presente. Pero se detuvo de improviso. Se dejó caer en una silla.

—No me comprende —dijo—. ¿Cómo podría hacerlo? Bien, estoy atrapado. Tuve su cuerpo, pero no tuve nada más. Ahora se me fue su cuerpo… —Se levantó—. ¡Llévesela a St. Loo!

—Lo haré —dije—. Y que Dios le perdone, Gabriel, por todo lo que ha hecho.

Fijó su mirada en la mía.

—¿Por lo que yo hice? ¿Y qué ocurre con lo que ella me hizo a mí? ¿Todavía no ha entrado en su presumida mollera, Norreys, que desde el primer momento en que vi a esa muchacha sufrí torturas? Me es imposible explicarle lo que la simple contemplación de Isabella me producía. Ahora no lo puedo comprender. Era como si me frotaran chile, pimienta y pimentón contra una herida en carne viva. Todo lo que había deseado y me había interesado en la vida pareció cristalizarse en ella. Sabía que era burdo, obsceno, sensual, pero no me importó nada hasta que la vi a ella.

Continuó con su extraña explicación, que yo no podía entender fácilmente.

—Me hacía daño, Norreys, ¿me comprende? Me hacía daño como nada ni nadie me lo había hecho antes. Tenía que destruirla, bajarla a mi nivel. ¿No lo ve? No, ya sé que no. No comprende nada. Es incapaz de hacerlo. Usted estaba siempre en su sillón junto a la ventana, como si la vida fuera un libro que estaba leyendo. Yo estaba en el infierno, se lo aseguro, en el infierno.

Siguió hablando, introduciéndose en caminos cada vez más tortuosos.

—Una vez, solo una vez, creí tener la posibilidad de liberarme, de encontrar una vía de escape. Cuando aquella hermosa y estúpida mujercita entró en el St. Loo Arms y obstaculizó los planes. Significaba que las elecciones estaban amenazadas y yo también. Tendría a Milly Burt en mis manos. El bruto de su marido se hubiera divorciado y yo habría hecho algo muy decente casándome con ella. ¡Entonces habría estado a salvo! A salvo de aquella obsesión estúpida y angustiosa… Pero entonces intervino Isabella. No sabía lo que me estaba haciendo. ¡Yo tendría que continuar! No había salida. Sin embargo, no lo quise reconocer. Incluso le compré

un regalo de boda… Bien, fue inútil. No podía dudarlo. Habría de tenerla…

—Y ahora —dije yo— ella está muerta.

Aquella vez me dejó decir a mí la última palabra.

—Y ahora ella está muerta —repitió sordamente. Se dio la vuelta y salió de la habitación.

26

Aquélla fue la última vez que vi a John Gabriel. Nos separamos enfadados en Zagrade y no nos volvimos a ver.

Con alguna dificultad hice los preparativos que permitieron que el cuerpo de Isabella fuese llevado a Inglaterra.

Fue enterrada en un pequeño cementerio, cerca del mar, en St. Loo, donde estaban enterrados los demás miembros de la familia. Después del funeral volví con las tres ancianas a la pequeña casa victoriana y me dieron las gracias por haber traído a Isabella a su casa.

Habían envejecido terriblemente en los últimos dos años. *Lady* St. Loo se parecía más que nunca a un águila, con la carne completamente pegada a los huesos. Parecía tan frágil que pensé que podía morir en cualquier momento.

Aunque en realidad vivió mucho tiempo.

Lady Tressilian estaba más fuerte y muy asmática. Me contó suspirando que a todas les gustaba mucho la mujer de Rupert.

—Una muchacha muy práctica y muy brillante. Estoy segura de que serán felices. Desde luego, no es lo que un día soñamos…

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Murmuró:

—¿Oh, por qué, por qué tuvo que suceder esto?

Era un eco de lo que nunca había dejado de repetirse en mi propio cerebro.

—¡Ese malvado, ese malvado! —continuó diciendo, con gran desconsuelo.

Nos sentimos unidos, las tres ancianas y yo, en el mismo dolor por la joven muerta y en nuestro odio hacia John Gabriel.

La señora Bigham Charteris estaba más artrítica que nunca. Cuando ya me despedía de ella me preguntó:

—¿Recuerda a la señora Burt?

—Sí, por supuesto. ¿Qué ha sido de ella?

La señora Bigham Charteris movió la cabeza.

—Tengo miedo de que vaya a hacer alguna tontería. ¿No sabe lo que le ocurrió a Burt?

—No, no lo sé.

—Una noche se cayó en una zanja. Se golpeó la cabeza en una piedra. Se mató.

—Así que ahora es viuda.

—Sí, y he oído a alguno de mis amigos de Sussex que está saliendo con uno de los granjeros de allí. Va a casarse con él. El tipo tiene mala fama. Bebe. Y además es fanfarrón.

Así que Milly Burt, pensé, estaba repitiendo su propio patrón.

¿Sacó alguien alguna vez provecho de tener una segunda oportunidad?

Cavilaba más que nunca cuando al día siguiente fui a Londres. Había tomado el tren en Penzance y me hice con un billete para el primer turno del almuerzo. Cuando esperaba a que me sirvieran la sopa, pensé en Jennifer.

De vez en cuando había tenido noticias de ella por medio de Caro Strangeways. Jennifer, me había contado Caro, era muy desgraciada. Había complicado su vida de una manera increíble, pero estaba siendo muy valiente. Uno no podía, decía Caro, dejar de admirarla.

Me reí un poco entre dientes, pensando en Jennifer. Jennifer era un encanto. Pero no sentía la necesidad de verla.

A uno no le apetece escuchar el mismo disco demasiadas veces.

Así que, al final, fui a casa de Teresa, en Londres, y Teresa me dejó hablar.

Escuchó mis amargas diatribas contra John Gabriel. Le describí los sucesos de Zagrade y terminé con el relato del entierro de Isabella en St. Loo.

Después me quedé callado, creyendo escuchar el ruido de las olas estrellándose contra las rocas y viendo el castillo de St. Loo recortándose en el cielo.

—Supongo que tengo que sentir que la he dejado allí, descansando en paz, pero no es así, Teresa. Estoy lleno de rabia. Murió antes de tiempo. Una vez me dijo que pensaba vivir hasta que fuera una mujer muy vieja. Podía haber llegado a la

ancianidad. Era muy fuerte. Creo que eso es lo que encuentro inaguantable, que su vida fuera tan corta.

Teresa se agitó un poco contra el telón de fondo de un gran cuadro. Dijo:

—Estás preocupado por el Tiempo. Pero el Tiempo no significa nada en absoluto. Cinco minutos y mil años tienen el mismo significado. —Citó con lentitud—: «El momento de la rosa y el momento del tejo son de igual duración…».

(Una rosa oscura bordada en seda gris).

Teresa siguió hablando:

—Insistirás en hacerte tu propio plan de vida, Hugh, intentando introducir a otras personas en él. Pero ellos ya tienen su propio plan. Todo el mundo tiene su propio plan, eso es lo que hace la vida tan confusa. Porque los planes están entrelazados y superpuestos. Muy pocas personas han nacido con la claridad de visión suficiente para conocer sus propios planes. Creo que Isabella era una de éstas… Era difícil de entender, difícil para nosotros. No porque fuese compleja, sino porque era sencilla. Casi terriblemente sencilla. No reconocía más que lo indispensable. Continúas viendo la vida de Isabella como algo cortado, truncado antes de tiempo, destrozado… Pero tengo la firme sospecha de que ella fue algo completo en sí mismo.

—¿El momento de la rosa?

—Si quieres llamarlo así… —dijo tenuemente—. Eres muy afortunado, Hugh.

—¿Afortunado?

La miré fijamente.

—Sí, porque tú la amabas.

—Supongo que la amaba. Y aun así nunca pude hacer nada por ella… Ni siquiera intenté detenerla cuando se fue con John Gabriel.

—No —dijo Teresa—. Porque la amabas de verdad. La amabas lo bastante como para dejarla sola.

Casi involuntariamente acepté la definición que Teresa daba del amor. La compasión siempre había sido mi ruina. Había sido mi socorrida indulgencia. Por compasión, el fácil torrente de la compasión, había vivido y calentado mi corazón.

Pero al menos Isabella se había librado de mi compasión. Nunca había intentado ayudarla a hacerle encontrar el camino fácil. En su

breve vida fue completa y perfectamente ella misma. La compasión era una emoción que no necesitaba ni hubiera comprendido nunca.

Como Teresa decía, la había amado lo suficiente como para dejarla sola.

—Querido Hugh —dijo Teresa con dulzura—, claro que la amabas. Y has sido muy feliz amándola.

—Sí —exclamé un poco sorprendido—. Sí, he sido muy feliz.

Entonces me invadió la cólera.

Y dije:

—Pero sigo esperando que John Gabriel sufra las torturas de los condenados en esta vida y en la otra.

—No sé en la otra. Pero en esta vida me parece que se va a cumplir tu deseo. John Gabriel es el hombre más infeliz que jamás he conocido.

—Supongo que le tienes lástima —repliqué—, pero te puedo asegurar…

Teresa me interrumpió. Me dijo que no era eso exactamente. Me dijo que era algo más profundo que lástima.

—No sé lo que quieres decir. Pero si lo hubieras visto en Zagrade… Lo único que hacía era hablar de sí mismo, ni siquiera estaba afectado por la muerte de Isabella.

—Eso no puedes saberlo. Me parece que jamás le has mirado adecuadamente. Nunca miras a la gente.

Me impresionó cuando Teresa dijo que yo nunca miraba a la gente. Me pregunté si Teresa se había incluido a sí misma. Ni siquiera la he descrito en esta historia.

La miré y me pareció que la estaba viendo por primera vez… Viendo sus pómulos salientes y la mata de pelo negro que parecía necesitar una mantilla y una gran peineta españolas. Viendo que su cabeza se sostenía con orgullo sobre su nuca, como la de su tatarabuela castellana.

Mirándola me pareció, solo por un instante, adivinar con exactitud cómo había sido Teresa de muchacha. Impaciente, apasionada, adentrándose aventuradamente en la vida.

No tenía la menor idea de lo que había encontrado en ella.

—¿Por qué me miras, Hugh? —preguntó.

Dije despacio:

—Estaba pensando que nunca te había mirado adecuadamente.

—No, me parece que no —Sonrió alegremente—. Bueno, ¿qué es lo que ves?

En su sonrisa había ironía, al igual que en el tono de su voz. En sus ojos existía algo en lo que yo no podía penetrar.

—Siempre has sido muy buena conmigo, Teresa… Pero en realidad no sé nada de ti.

—No, Hugh, no sabes nada en absoluto.

Se levantó de golpe y corrió las cortinas, pues entraba demasiado sol.

—Tampoco de John Gabriel —dije.

Teresa habló con su voz profunda:

—Déjaselo a Dios, Hugh.

—Es un estupidez decir eso, Teresa.

—No, creo que es lo mejor que se puede decir. Siempre lo he pensado así —Y añadió—: Tal vez un día sepas lo que quiero decir.

27

Bien, ésta es la historia.

La historia del hombre que conocí en St. Loo, Cornualles, y a quien vi por última vez en la habitación de un hotel de Zagrade.

El hombre que ahora se moría en un dormitorio de París.

—Escuche, Norreys —Su voz era débil, pero clara—. Tiene que saber lo que de verdad ocurrió en Zagrade. No se lo dije entonces. Creo que no me había dado cuenta aún de su significado —Hizo una pausa para tomar aliento—. ¿Sabe que ella, Isabella, tenía miedo de morir? ¿Más miedo que nada, ni nadie en el mundo?

Afirmé con la cabeza. Sí, lo sabía. Recuerdo el ciego terror de sus ojos cuando vio un pájaro muerto en la terraza de St. Loo. Y recuerdo cómo había esquivado un coche en Zagrade y la angustia de su cara.

—Pues escuche, escuche, Norreys. El estudiante vino a por mí con el revólver. Solo estaba a unos pies de distancia. No podía fallar. Y yo estaba aprisionado tras la mesa. No podía moverme. Isabella vio lo que iba a ocurrir. Se puso delante de mí cuando el estudiante apretó el gatillo…

La voz de John Gabriel subió de tono. Preguntó enloquecido:

—¿Comprende, Norreys? Sabía lo que estaba haciendo. Sabía que aquello significaba la muerte para ella. Eligió la muerte para salvarme.

Su voz se llenó de calor. Continuó:

—No lo comprendí hasta aquel momento. Incluso entonces no me di cuenta de lo que significaba… Hasta que me puse a pensar en ello. Nunca llegué a saber, ya lo ve, que ella me amaba… Creía, estaba convencido de que la atraía sexualmente… Pero Isabella me amaba. Me amaba tanto que dio su vida por mí. A pesar de su horror a la muerte…

Mi mente retrocedió. Me vi en el café de Zagrade. Vi al joven

estudiante, fanático e histérico, vi la alarma de Isabella, dándose cuenta de lo que sucedía, su pánico, su horror. Y luego, su repentina elección. La vi echándose hacia delante y tapando a John Gabriel con su cuerpo…

—Y eso fue el fin —dije.

Pero Gabriel se incorporó sobre la almohada. Sus ojos, aquellos ojos que siempre habían sido hermosos, se abrieron desmesuradamente. Su voz sonó tenue y clara. Era una voz triunfante:

—¡Oh, no! —dijo—. ¡Ahí es donde está equivocado! No fue el final… Fue el comienzo.

AGATHA CHRISTIE. Escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de
23 000
representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max

Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos, Asesinato en el Orient Express, Tres ratones ciegos, Muerte en el Nilo, El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] *Victoria Cross*, «Cruz de la Victoria». (N. del T.) <<

[2] *Power House*, Casa de la Viuda. En Inglaterra la casa que por viudedad pertenece a la mujer, dentro de la propiedad familiar que pasa a los hijos u otros herederos. (N. del T.) <<